
HARLEQUIN


BIANCA

aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón

Unión peligrosa

Helen Bianchin

Unión peligrosa

Leanne se había casado con Dimitri para satisfacer la última voluntad de su madre. Pero lo que en principio era un matrimonio de conveniencia, se convirtió pronto en la puerta que la condujo a insondables abismos de pasión... pasión a la que Dimitri no parecía corresponder. ¿Cuánto tiempo podría participar Leanne en esa farsa sin que su corazón resultara gravemente herido?

Capítulo 1

SE oyó un golpe suave cuando las ruedas tocaron el suelo y luego el chirrido de los frenos mientras el avión disminuía de velocidad en la pista. El vuelo había sido bueno, sin contratiempos, uno cualquiera de los muchos que Leanne había realizado entre la Costa Dorada y Melbourne, en el transcurso de los últimos cinco años.

Con una excepción. Esa vez Paige no estaría esperándola y no habría una reunión feliz ni risas compartidas mientras la madre y la hija trataban de ponerse al corriente respecto a las noticias de cada una.

Sintió ganas de llorar y parpadeó para tratar de detener la amenaza de las lágrimas mientras miraba sin ver a través de la ventanilla.

No era justo que su madre hubiera sido víctima de un extraño tipo de cáncer, ni que éste se hubiera extendido hasta tal punto que los médicos sólo hubieran podido ofrecer un triste pronóstico. Al enterarse de la noticia. Leanne había tardado sólo veinticuatro horas en hacer la reserva para su vuelo y designar una ayudante para que se encargara de su clínica de belleza.

Al terminar el vuelo, Leanne se colocó en la fila de los pasajeros que iban a dejar el avión, pero no se dio cuenta de que la observaban con admiración. El pantalón y la camisa de seda de color azul vivo acentuaban sus esbeltas curvas y eran el marco perfecto para su pelo rubio ceniza, que le llegaba a los hombros.

A los pocos minutos se encontró en la sala de llegada y se acercó a la cinta trasportadora del equipaje en busca de su maleta.

-Leanne.

El sonido de esa voz con leve acento le quitó el aliento e hizo que su pulso pareciera detenerse unos instantes antes de desbocarse. Tardó sólo unos segundos en dominar su expresión antes de volverse para mirar al hombre de pie, a escasa distancia de ella.

-Dimitri.

Cinco años antes ella se habría arrojado a sus brazos y aceptado el roce afectuoso de sus labios en su mejilla, y riendo se habría permitido un juego inocente de coqueteo.

En ese momento se mantuvo quieta, con los ojos claros y serenos, ocultando el pesar en sus profundidades azules.

-Pensé que todavía estarías en Perth.

-Igual que tú, reorganicé mis asuntos de negocios y tomé el primer vuelo disponible hacia el este -alzó ligeramente una ceja y su expresión mostró un matiz de cinismo y reprobación silenciosa.

-No era necesario que vinieras a recibirme -respondió ella,

intentando ocultar sus emociones.

Él no dijo nada, no tuvo que hacerlo. Ella era la hija de Paige y el ángel de pelo plateado del padre de Dimitri. Como tal, él le brindaría todas las consideraciones y rechazaría concederle el deseo de ser independiente.

Leanne sintió que se estremecía ligeramente y se obligó a mantenerse rígida y controlada.

-¿Ya has visto a Paige? ¿Cómo está?

-Hace una hora -respondió, sosteniéndole la mirada durante unos segundos interminables, antes oe suavizar sus facciones-. Está lo más cómoda que puede estar en su situación.

Paige se había ganado el afecto de Dimitri hacía diez años cuando se casó con su padre viudo, su calidez y naturaleza generosa había convertido la casa de Yanis en un hogar. había suavizado los bordes rudos de un hombre cínico y cansado del mundo cuyo único objetivo en la vida parecía ser el de agrandar su imperio a proporciones monumentales mientras preparaba a su único hijo para que siguiera sus pasos. Los siguientes cinco años habían estado llenos de cariño y armonía, hasta que la tragedia los golpeó con un accidente que los privó de su marido, padre y padrastro. Dimitri quedó al mando del vasto imperio Kostakidas.

-¿Cuál es tu maleta?

-La marrón -respondió, señalándola. Él la levantó

con facilidad.

-¿Nos vamos?

En silencio y mientras caminaba al lado de él hacia un Jaguar de color marrón aparcado junto a la acera, frente a la entrada, la chica se amonestó por sentirse tan tontamente vulnerable.

En pocos minutos, Dimitri incorporó el poderoso vehículo al tráfico que salía de la terminal y Leanne se concentró en mirar por la ventanilla.

El aire acondicionado del coche les proporcionó alivio y las ventanas poralizadas disminuían la fuerte luz solar. El cielo era claro y en el horizonte sólo había una leve insinuación de nubes.

«Nada parecía haber cambiado», se dijo Leanne mientras el Jaguar cobraba más velocidad en la autopista. Las casas de ladrillos, gastadas por la intemperie y oscurecida por la contaminación, las calles antiguas y las estrechas vías de acero de los tranvías en las calles principales.

Respiró profundamente y luego soltó el aire despacio. Melbourne era una ciudad grande y bulliciosa habitada por gentes de múltiples nacionalidades, con una cultura amplia y variada. Ella había nacido,

crecido y estudiado allí.

Se quedaría allí el tiempo que Paige la necesitara y después regresaría a la Costa Dorada donde gracias a la generosidad de Yanis, ella era dueña de un apartamento y una próspera clínica de belleza. Eso no sólo le proporcionaba la independencia financiera sino también la seguridad que le permitiría cortar con el único eslabón que la ataba a la familia Kostakidas.

-¿No quieres que tengamos una conversación amable, Leanne?

La voz masculina parecía pensativa y divertida y

ella lo observó con recelo.

-Tu éxito en el campo de los negocios se refleja muy bien en las noticias financieras -mantuvo los ojos tranquilos e incluso logró esbozar una sonrisa-. Y tus actividades sociales se recogen en la prensa del corazón. Estoy segura de que podemos ahorrarnos el informe detallado de nuestras respectivas vidas sentimentales.

Durante un segundo los ojos de él parecieron hielo oscuro, pero de inmediato su garganta emitió una risa ronca, y a menos que ella estuviera equivocada, hubo un matiz de respeto en la mirada que él le dirigió.

-Has madurado -comentó, y durante un momento el pesar oscureció los ojos femeninos.

-Es bastante lógico, a los veinticinco años -respondió con voz dulce.

-Le prometí a Paige que te llevaría directamente al hospital -dijo Dimitri al cabo de unos instantes, sanendo de la autopista.

Diez minutos después, el Jaguar pasó por la reja abierta de hierro forjado y siguió por un caminito empedrado para detenerse en la parte posterior de uno de los hospitales privados más exclusivos de Melbourne.

Al pasar por recepción, la enfermera sonrió a Dimitri tratando de no revelar su envidia, pero la enfermera a cargo de la paciente fue muy abierta.

-La señora Kostakidas descansa cómodamente -sus ojos eran cálidos y mostraban una invitación silenciosa a que el hombre que acompañaba a Leanne mostrara un poco de interés por ella.

Leanne observó con resignación y se preguntó si su hermanastro querría hacer una conquista más. Él pasaba de los treinta y cinco años, era muy sensual, y su poder, riqueza y físico atraía a las mujeres irremisiblemente. Sin embargo, él tenía un grupo selecto de amigos con quienes cenaban o asistía a los acontecimientos sociales. Seguramente, había algunas con quienes compartía su cama, pero ella sospechaba que no lo hacía de manera indiscriminada. Una foto

publicada en la prensa, no hacía mucho, tomada en una función elegante, le vino a la mente; habían dicho que la mujer que lo acompañaba era Shanna Delahunty, la única hija de Reginald Delahunty, el magnate de los seguros.

-La suite de Paige está a la derecha.

Las palabras dichas en voz queda sirvieron de advertencia para Leanne, porque le proporcionaron unos segundos para controlarse antes de entrar a la lujosa suite.

A pesar de que conocía el pronóstico de los médicos. a Leanne le fue imposible relacionar a su madre con esa mujer demacrada y pálida, recostada sobre las almohadas.

No le fue fácil sonreír y tuvo que valerse de toda su voluntad para no llorar mientras se acercaba a la cama y abrazaba a su madre. Los huesos de Paige parecían muy frágiles, y su piel quebradiza. Era como si la esencia de su madre hubiera desaparecido, y Leanne quiso gritar contra la mano despiadada del destino.

-Hola, cariño -susurró Paige, y su sonrisa fue realmente bella, como si la llama mortecina de su interior hubiera recobrado un poco más de vida. Levantó una mano y con dedos levemente temblorosos acarició la mejilla de Leanne-. Me alegro mucho de que estés aquí.

El deseo de llorar fue casi irreprimible y Leanne se sobresaltó un poco cuando Dimitri le cubrió los hombros con un brazo. La silenciosa fuerza masculina fue como un manto protector, y ella permaneció muy quieta, sin cambiar de expresión, mientras Paige observaba con cariño a su hija antes de mirar al hombre que la acompañaba.

-Gracias -murmuró, y los ojos de Dimitri estaban oscuros, llenos de afecto, pero al mirar a Leanne se volvieron un poco duros, a manera de advertencia. Ella se puso tensa cuando él movió los dedos para iniciar un masaje sutil en su hombro.

-Saldremos para que descanses -dijo Dimitri a Paige, inclinándose para darle un beso en la mejilla-. Leanne regresará después de comer y los dos vendremos de nuevo esta noche.

-Sí.

La voz de Paige fue casi inaudible y Leanne logró contener las lágrimas hasta que llegaron al pasillo. Allí permitió que se deslizaran por sus mejillas.

El pasillo le pareció más largo de lo que lo recordaba, y para cuando se sentó en el coche estaba deshecha.

-¿Por qué no supe que ella estaba enferma? -exigió Leanne con una mezcla de rabia impotente y angustia profunda; pero al ocurrírsele algo, se volvió hacia el hombre que acababa de sentarse frente al volante-. ¿Por qué no me lo dijiste?

-Porque no lo sabia -aseguró Dimitri-. Paige y yo hablábamos por teléfono cada semana y yo ceno en su casa de vez en cuando.

-¿Paige no mostró señales de estar enferma? ¿Nada? -preguntó Leanne con incredulidad.

-La última vez que la vi fue hace cinco semanas, y aunque estaba pálida, ella me aseguró que se estaba recuperando de una gripe muy fuerte -tenía los ojos sombríos y parecía pensativo-. Me fui al día siguiente para asistir a una serie de juntas en los Estados Unidos, París, Roma y finalmente en Perth. Un fax del médico de Paige me esperaba en el hotel -dijo con tristeza-. Te llamé tan pronto como me enteré de todos los hechos.

-Ella debió de sospechar algo -insistió Leanne, acongojada.

-Los médicos me informaron de que desde hacía varios meses ella estaba enterada de lo serio de su estado. Pidió que se mantuviera en secreto hasta el momento en que necesitara hospitalizarse.

Leanne tenía la garganta dolorida y apenas podía contener las lágrimas. Maldición, ¿dónde estaba el paquete de pañuelos de papel que siempre llevaba consigo? La humedad se deslizó por sus mejillas y los dedos le temblaban al enjugarse las lágrimas con ellos.

Oyó que él mascullaba una maldición antes de darle un pañuelo suave y blanco y tirar de ella para acomodarla en la curva protectora de su hombro.

El instinto inicial de ella fue el de alejarse, pero no tuvo tuerzas para liberarse. Las lágrimas se deslizaban en silencio por sus mejillas y humedecieron la camisa de él.

No supo cuánto tiempo permaneció así antes de recobrar un poco el control.

-Lo siento -murmuró, tratando de soltarse.

-¿Qué sientes, Leanne? -preguntó con tono de cinismo-. ¿El haber bajado la guardia el tiempo suficiente para aceptar mi compasión?

-No quise...

-¿Mostrar emoción frente a mí?

-No -lo negó porque no quiso que él notara la menor debilidad en sus defensas. Permaneció sentada, quieta, con la vista fija en la ventanilla, y recordando de manera muy vívida las muchas ocasiones en que había deseado captar la atención de Dimitri. El había evitado esa atención sin herir su orgullo, hasta aquella noche fatal en que cumplió veintiún años.

Leanne cerró los ojos para borrar el recuerdo que revivía con todo lujo de detalles.

Paige le había preparado una fiesta para que invitara a muchos amigos y Leanne estaba muy contenta. Ningún invitado era más

importante para ella que Dimitri, y el deseo secreto que ella tenía parecía que iba a convertirse en realidad: él finalmente la consideraría como una mujer. Emocionada y nerviosa. Leanne coqueteó con sus amigos y bebió más champán de la cuenta. Al terminar la velada, cuando todos se habían ido y Paige había subido a acostarse, ella volvió a encender el equipo de música, eligió una cinta y con coquetería le rogó a Dimitri que bailara con ella.

Envalentonada, presionó su cuerpo contra el de él y le pasó la mano por detrás de la nuca. Su coronilla apenas llegaba a la barbilla de él, y ella arqueó el cuello, le sonrió de manera encantadora y bromeó diciéndole que él aún no le había dado el beso de cumpleaños.

Todo se inició como un juego, pero pronto se convirtió en algo muy sensual. Leanne olvidó cualquier inhibición y se dejó llevar por su instinto, sin pensar en lo que podría suceder.

No se dio cuenta del paso del tiempo hasta que él la alejó y le habló con tanta dureza que tuvo que Correr escalera arriba para llorar a lágrima viva en su alcoba hasta casi el amanecer.

Al día siguiente, Dimitri se fue a Sidney, y durante las siguientes semanas ella convenció a Paige de la necesidad que tenía de ejercer su recién adquirida independencia alejada del hogar. A pesar de las protestas de Paige, eligió como base la Costa Dorada de Queensland.

Paige la iba a ver con frecuencia y Leanne planeó pasar los fines de semana y días festivos en Melbourne siempre que Dimitri no estuviera, aunque le fue imposible evitarlo del todo. Si él iba a la Costa, la llamaba por teléfono y la invitaba a cenar, al teatro, o a las dos cosas... para mostrarle el afecto de un hermanastro. Las invitaciones se convirtieron en un reto que ella aceptaba con serenidad porque no quería darle la satisfacción de saber que seguía haciéndole perder la compostura.

-Paige es una joya rara que logró capturar el corazón de mi padre, y me permitió quererla porque no trató de usurpar la lealtad de Yanis para con su hijo -la voz de Dimitri interrumpió los pensamientos de Leanne y ella volvió la cabeza para mirarlo-. Tú fuiste una bonificación añadida -dijo con énfasis.

-Eres... -las palabras no la ayudaron en su furia-.Desgraciado -dijo por fin, angustiada.

El silencio en el coche fue ensordecedor, y ella presentía el enfado de él. Durante un segundo, cerró los ojos para no ver la dureza en las facciones masculinas.

Dimitri encendió el motor, metió marcha atrás para salir del aparcamiento y el chirriar de los neumáticos sonó más fuerte de lo normal mientras se dirigía a la salida señalada. -

Mientras Dimitri detenía el Jaguar frente a la impresionante verja de hierro forjado y activaba el control remoto para abrirla, Leanne pensó que en el elegante barrio de Toorak, se encontraban las casas de los ricos y famosos y que la lujosa residencia que Yanis había construido no era una excepción.

El coche se deslizó por un camino flanqueado de palmeras y se detuvo en el aparcamiento de una mansión magnifica, de estilo mediterráneo.

Leanne se deslizó del coche y siguió a Dimitri por una puerta doble hasta el vestíbulo que era una habitación elegante, con suelo de mármol, araña de cristal y una escalinata de caoba.

Aunque ése había sido su hogar durante los últimos diez años, Leanne nunca había dejado de sentirse sobrecogida por la magnificencia de todo ese lujo.

En ese momento, un escalofrío recorrió la espalda de Leanne, y ésta tuvo que dominar el repentino estremecimiento que amenazó con sacudir su esbelto cuerpo. Sabía que, aunque Yanis había legado esa bella mansión a Paige para que la usara durante su vida, al morir ella, inevitablemente pasaría a manos de su hijo.

Eso significaba que dentro de unas semanas Leanne ya no podría considerar esa casa como su hogar, ya que no podría tolerar a Dimitri allí con la mujer que él elegiría como esposa.

No debería ser muy difícil ir reduciendo el contacto hasta que éste se limitara a alguna ocasional llamada telefónica, alguna breve carta y una felicitación por Navidad.

-Leanne, qué alegría verte.

Una voz con acento marcado interrumpió sus pensamientos y Leanne se volvió para saludar a Eleni, la cocinera y ama de llaves, su marido George cuidaba del jardin y de los terrenos.

-George subirá tu maleta -declaró Eleni, dando un paso atrás-. La comida estará lista dentro de treinta minutos. -No debiste molestarte -protestó Leanne, porque sabía que apenas podría probar bocado.

-Tonterías -la amonestó Eleni, y añadió, observándola-: Has adelgazado. Para alguien tan menudo, eso no es bueno.

-Si comiera la mitad de lo que me sirves, regresaría a la Costa con varios kilos de más y con una talla más de ropa.

-Pero ahora te quedarás ¿no -preguntó perpleja.

-¿Hay algún mensaje, Eleni? -intervino Dimitri, y Leanne intuyó una advertencia en el tono de él.

-Tu secretaria ha llamado. Te enviará unos faxes.

Leanne lo miró con curiosidad después de que Eleni se fue y se encontró con la mirada penetrante de él.

-Paige me ha pedido que me aloje aquí temporalmente porque no quiere que estés sola -declaró Dimitri.

Leanne se estremeció al pensar que tendría que vivir, aunque fuera durante poco tiempo, tan cerca del hombre con quien no se sentía nada cómoda.

-No comprendo por qué ya que he vivido sola estos últimos cinco años -dijo, después de respirar profundamente-. Además, Eleni y George viven encima del garaje.

-Sube a sacar tu ropa de la maleta. Hablaremos mientras comemos.

¿De qué diablos iban a hablar?

La alcoba de Leanne era espaciosa, ventilada y tenía una vista estupenda de la piscina y los jardines. El colorido tenue de la decoración era relajante y los muebles eran el culmen de la elegancia.

Sin pensar más, Leanne se quitó la ropa y se metió en la ducha. Salió minutos después para escoger un pantalón y una camisa elegantes, de color verde. Se vistió, peinó y maquilló.

Era casi la una cuando entró en la cocina, donde Eleni le ofreció una cálida sonrisa.

-Llegas a tiempo. Todo está listo, menos el pan. -Yo lo llevaré -ofreció Leanne, acercándose al horno-. ¿Algo más?

-Sólo el cordero. Las ensaladas están sobre la mesa.

Aquello parecía un festín digno de un rey y era mucho más de lo que las dos personas podrían comer. Había una botella de vino dentro de una cubeta de plata, dos copas de cristal, cubiertos de plata y vajilla de la más fina.

Elení se enorgullecía mucho de la casa y siempre preparaba la comida y la presentaba con mucha elegancia. Paige pensaba que las posesiones eran inútiles si se guardaban en los muebles sólo para exhibirlas.

Dimitri entró a los pocos minutos, sonrió con indulgencia por el trabajo que se había tomado Eleni y se sentó frente a Leanne cuando la otra mujer se fue a la cocina.

-¿Vino?

-No, gracias -rechazó Leanne con mucha cortesía. -Las llaves del Mercedes de Paige están en el cajón superior del mueble del vestíbulo -le informó mientras llenaba su copa.

-Gracias.

-No eres una invitada, Leanne. El coche, o lo que necesites, está a tu disposición.

Iba a dar las gracias por tercera vez, pero decidió no hacerlo, y eligió tratar de hacerle justicia a la excelente ensalada griega que

Eleni había preparado.

Quizá si se concentraba en la comida, su nerviosismo desaparecería. Era una locura, pero sentía que se estaba tambaleando en el borde de un precipicio y nada podría hacerle olvidar el sentimiento de temor.

Estaba muy nerviosa, cansada y acongojada, lo cual era lógico ante el estado de salud de su madre. No consiguió tomar de la ensalada más que un trozo de queso y una aceituna.

El cordero delicadamente asado resultó un poco mejor, porque ella ingirió unos bocados antes de juguetear con la carne y vegetales que quedaban en su plato. No tardó en alejarlo.

-¿No tienes hambre?

-A Eleni no le agradará -murmuró tristemente.

-Tranquila, Leanne -Dimitri dejó su servilleta sobre la mesa y se apoyó en el respaldo de su silla. Tenía una expresión enigmática, pero en ella había algo de diversión.

-¿Qué tema sugieres para nuestra conversación? ¿La situación del país, el tiempo? ¿Tu adquisición de bienes raíces más reciente?

-Paige -susurró-. Sus deseos y lo que pensamos hacer respecto a ellos.

Dios santo, él no se andaba con rodeos, iba directamente al grano.

-No hay nada que no haría para darle gusto -aseguró Leanne sin titubear.

-¿Sin excepción?

-Por supuesto -no tuvo que pensar en la contestación.

En silencio, Dimitri la observó durante unos segundos.

-¿Incluso fingir una relación amorosa conmigo?

Capítulo 2

DURANTE un instante, Leanne se quedo sin habla, luego su rostro perdió color y se quedó pálido.

Esa sugerencia no me parece divertida -contestó pasado un momento.

-Lo digo muy en serio.

-¿Porqué?

-A Paige le preocupa tu futuro -explicó, después de notar la leve cautela en ella.

-He vivido independiente durante más de cuatro años. Mi futuro está asegurado, y después... -calló, pero se obligó a continuar-. Regresaré a la Costa.

-Donde serás una presa fácil para los cazadores de fortunas -sugirió Dimitri con indolencia.

-No seas ridículo -repuso de inmediato-. Esta casa, todo, será tuyo.

-La casa, sí. Pero existen cantidades anuales que heredarás de varias corporaciones afiliadas a la firma Kostakidas. También hay un apartamento en Atenas, una casa en Suiza, y una villa en Francia. Joyas, bonos, y acciones. Regalos que Yanis, en vida, le dio a Paige. Todo eso será tuyo -calló y la observó con detenimiento mientras las palabras causaban efecto en ella-. Sumado el valor llega a varios millones.

Era casi imposible comprenderlo, porque aunque sabía que su padrastro era millonario, no tenía la menor idea de a cuánto ascendía su fortuna. Paige y ella nunca habían hablado de eso.

-Yanis me regaló el apartamento en la Costa Dorada y 14 clínica de belleza -respondió de inmediato, tan perturbada que no pudo pensar con tranquilidad-. No quiero ni necesito nada más.

-Ésos no fueron los deseos de mi padre -en un susurro, agregó-: Ni son los míos.

-Impugnaré el testamento de Paige a tu favor -declaró con vehemencia.

-Imposible. Se pensó en esa eventualidad y se previno legalmente.

-Podrá acumularse y mantenerse en fideicomiso.

-Es una postura idealista, pero no es práctica -sonrió con gesto de cinismo-. Paige y Yanis tuvieron la esperanza de que nosotros dos llegaríamos a amarnos, y eso le daría a Paige la tranquilidad, porque

creería que el deseo más ferviente de ella y Yanis se ha cumplido. Tal como están las cosas, se preocupa mucho por los hombres que llamarán a tu puerta fingiendo amarte con locura para así poder vivir sin dar golpe en la vida.

Leanne abrió los ojos de par en par, y sus profundidades azules se ensombrecieron al luchar entre el deseo que tenía de complacer a su madre y el temor de que nunca saldría ilesa de esa farsa.

-Ya no tengo quince años y tengo bastante sentido común. No creo que necesite un protector -ay menos a ti», se dijo en silencio. «Dios mío, nunca tú».

-Hablamos de Paige -le recordó con voz suave.

-No quiero engañarla -respondió despacio.

-Sin embargo, la quieres mucho -insistió, y ella se estremeció por dentro-. Lo suficiente como para fingir algo que la alegre y tranquilice.

-¿Qué deseas, Dimitri? ¿Mi aceptación de que participaré en una mentira?

-¿Será muy difícil a pesar del poco tiempo que durará? -sus ojos se endurecieron y su boca esbozó una sonrisa.

-Sabes dar donde más duele ¿no? -dijo con amargura, y cerró los ojos para abrirlos de nuevo con lentitud.

-¿Quieres fruta o prefieres café?

¿Cómo podía él permanecer sentado ahí, tan tranquilo, y cambiar de algo tan personal a una elección respecto a la comida? Mientras pensaba en esa pregunta silenciosa, obtuvo la contestación. Dimitri era un hombre de negocios astuto, muy versado en el arte de convencer. Hacia tratos que valían millones, se enfrentaba a hombres muy duros y, sin duda, todos los días aniquilaba a sus subordinados. Contra una fuerza tan formidable ¿qué oportunidad tendría ella?

-Agua fría -respondió mientras lo miraba con cautela y veía que él levantaba la jarra y le volvía a llenar el vaso.

-Háblame de la clínica de belleza -la animó él con interés.

-Tiene éxito -respondió, encogiéndose de hombros-. A las mujeres les gusta tener buen aspecto, y la mayoría está dispuesta a gastar el dinero en aras de la belleza.

-¿Sólo para satisfacer sus propios deseos?

-Por supuesto, y para darle gusto a un hombre -recordó de inmediato las facciones de varias damas de sociedad que pasaban varias horas por las mañanas recibiendo uno u otro tratamiento de belleza. Aromaterapia, un tratamiento facial, pintura de cejas y pestañas, masaje, cera, manicura y pedicura, por mencionar sólo algunos. Cuando todo eso fracasaba en el intento de combatir el paso del tiempo, acudían a la cirugía estética.

Dimitri extendió un brazo y levantó un albaricoque de la fuente. Lo peló y le ofreció un pedazo que ella rechazó.

La necesidad de liberarse de la presencia perturbadora de ese hombre era sobrecogedora, y se disculpó antes de ponerse de pie.

-Estaré ocupado en la ciudad casi toda la tarde -dijo él-. Regresaré por ti a las seis, iremos a ver a Paige y luego cenaremos en algún restaurante.

-¿No se molestará Shanna? -preguntó sin poderlo evitar.

-Shanna no tiene nada que ver con que yo te lleve a cenar -respondió él sin inmutarse.

-Puedes dejarme en casa y luego reunirte con ella.

-Esta conversación no tiene sentido -dijo Dimitri.

-Entonces, ayudaré a Eleni a recoger la mesa, sacaré mi ropa de la maleta y luego visitaré a Paige --dijo con mucha cortesía, y la risa ronca de él le hizo desear desquitarse. Pero eso lo pondría de mal humor, y ella ya lo había insultado. Volver a hacerlo en el mismo día

sería el colmo de la locura.

Eran casi las dos y media cuando entró en la suite que ocupaba su madre y el corazón se le contrajo cuando Paige le habló.

-Cariño, estás muy guapa.

¿Qué podía contestar? Era difícil, más de lo que había imaginado, y se limitó a acercar un silla a la cama para sentarse y ceñir la mano de Paige.

-Dimitri te tiene mucho cariño -dijo Paige con voz ronca. Seguramente los calmantes habían disminuido su dolor, porque parecía más tranquila-. Él te aconsejará y guiará en lo que puedas necesitar. Me ha dado su palabra.

Quiso llorar y su visión se nubló a causa de las lágrimas.

-Yanis te quería mucho, casi tanto como yo. Le encantó tenerte como hija.

-Era un hombre maravilloso.

-Sí -aceptó Paige-. Su hijo también lo es.

«No». La negación fue un grito silencioso que pareció retumbar dentro de su cerebro. «No me hagas esto». Anhelaba decir que Dimitri había sido la encarnación de su héroe ideal, visto por los ojos de una chica adolescente. Su problema fue descubrir que él tenía pies de barro.

-Todo lo mío será tuyo. Propiedades, joyas... -continuó Paige después de una pausa larga-. Será una herencia importante, cariño.

Sintió que el pecho se le apretaba por el dolor y su garganta comenzó a cerrarse mientras trataba de controlar sus turbulentas emociones.

-No quiero hablar de eso, es muy doloroso -murmuró.

-No tengo miedo, es la verdad -aseguró Paige, y en sus ojos no había la menor señal de temor-. Me encontraré con mi querido Yanis. No quiero que estés triste -los ojos se le nublaron y esbozó una sonrisa temblorosa-. De poder obtener un deseo, ése sería verte feliz con un hombre que te quiera. Casada y con hijos -terminó sin dejar de acariciar la mano de Leanne con movimientos distraídos.

En silencio, Leanne se dijo que Paige no tendría la oportunidad de ver a sus nietos. No era justo. Paige habría sido una abuela estupenda.

-Estoy contenta -respondió demasiado rápido, sabiendo que se pondría a llorar en cualquier momento.

La enfermedad y los medicamentos no habían dismido la percepcion de su madre.

-¿De verdad, Leanne?

No encontró las palabras adecuadas, así que sonrió y refirió una anécdota divertida respecto a algo que había ocurrido en la clínica. Luego dejó a Paige para que descansara una hora y regresó con un ramo de las rosas favoritas de su madre y un poco de fruta fresca para abrirle el apetito.

Eran casi las cinco cuando llegó a la casa, y después de avisar a Eleni de que había regresado subió al primer piso, se quitó la ropa, se puso un bañador y bajó a la piscina.

Si nadaba durante un rato quizá olvidaría las facciones pálidas y la tristeza infinita detrás de la sonrisa de su madre.

No le dio resultado; tampoco lo logró al tratar de pensar en otra cosa. Por lo tanto, se sentía muy frágil cuando bajó la escalera a las seis menos unos minutos.

Dimitri estaba en la sala con un vaso de agua fría en una mano y la miró con fijeza cuando entró.

-¿Una bebida refrescante? -señaló la jarra de cristal con agua y cubos de hielo, decorada con una rodaja de limón y una ramita de menta.

-Por favor.

Él tomó un vaso, lo llenó y se lo entregó con expresión especuladora porque ella evitó tocarle los dedos.

-Nos iremos cuando hayas terminado.

Dentro del coche, él puso música y se concentró en el tráfico. Leanne barajó varios temas de conversación, pero los descartó, de modo que permaneció callada mientras el vehículo se tragaba la distancia.

Paige ya había cenado y se animó al ver que Leanne venía con Dimitri.

-Estás preciosa, cariño -dijo Paige-. Ese tono de azul hace resaltar tus ojos -dirigió la vista hacia el hombre que estaba al lado de su hija-. ¿Estás de acuerdo?

-Despampanante -aceptó Dimitri, acercándose a la cama para darle un beso a Paige en la sien-. ¿Cómo te sientes?

El cuerpo de Leanne se estremeció levemente al notar la preocupación cariñosa en la voz de Dimitri. Se dio cuenta de que había saludado a su madre con demasiada vivacidad y se desplomó sobre la silla que Dimitri había acercado a la cama.

Él permaneció a su espalda. Estaba demasiado cerca. Era consciente de su presencia con cada músculo del cuerpo, y le fue difícil no brincar cuando él apoyó una mano en su hombro.

-¿Dónde vais a cenar? -Paige notó la señal de intimidad y sonrió.

Él mencionó un restaurante que no sólo era muy caro, sino que tenía fama de servir platos excepcionalmente bien preparados.

-¿Celebráis algo? -preguntó Paige con ojos brillantes.

-No del todo -contestó Dimitri, y Leanne sintió que los dedos de él le ceñían con más fuerza el hombro-. Tengo la esperanza de que la combinación de un vino estupendo y una comida deliciosa convencerá a Leanne para aceptar mi propuesta.

La joven se quedó sin aliento. Las palabras se negaron a salir de su garganta cuando él le acarició ligeramente la nuca.

«Desgraciado», quiso gritarle. Quiso negar la situación, pero calló al ver la expresión de su madre.

Estaba tan feliz y tranquila que sus facciones se volvieron bellas. No pudo decirle la verdad.

Dimitri sabía de antemano que eso sucedería. También sabía que ella no se atrevería a no acercarse a los brazos extendidos de su madre para aceptar el abrazo cariñoso, compartir las lágrimas y ver, con incredulidad, que Dimitri sacaba una cajita. De ella extrajo un anillo con un diamante grande y lo deslizó en el dedo indicado de la mano izquierda de la joven.

-No dijiste nada esta tarde -dijo Paige con voz ronca.

-Fue porque no tenía la menor idea de las intenciones de Dimitri -comentó con una calma que no sentía. El anillo le pesaba y tuvo que resistirse a la tentación de quitárselo del dedo.

-Yanis estaría muy contento, igual que lo estoy yo -dijo Paige muy emocionada.

Leanne tuvo que valerse de su habilidad para representar el papel de una recién comprometida, y fue un milagro que lograra salir, casi cuarenta minutos después, de la suite de su madre sin haber dicho algo inconveniente.

Guardó silencio durante el trayecto al coche y no dijo nada cuando él salió del aparcamiento para incorporarse al tráfico. Pero su enfado finalmente estalló.

-¿Cómo te has atrevido?

-¿A adelantarme a tu decisión? Ha sido una conclusión lógica, dado el cariño que le tienes a Paige. -Eso no te da el derecho...

-Quiero mucho a Paige, lo suficiente como para tenerla contenta durante el poco tiempo que le queda. Seguramente podremos olvidar nuestras diferencias para no destruir la ilusión.

-¡No se trata de eso!

-¿De qué se trata? ¿Tu resentimiento, tu enfado?Tienes que comprender que lo más importante ahora es Paige.

-No quiero cenar contigo -estaba demasiado irritada para aceptar las palabras de él.

-He reservado mesa y los dos necesitamos comer. ¿Qué hay de malo en compartir una cena?

-¡Estoy tan enfadada que es posible que levante el plato de sopa para verter su contenido sobre tu cabeza!

-Estoy advertido.

-O la ensalada -murmuró cuando él entró en un aparcamiento junto a uno de los restaurantes más conocidos de Toorak.

El anillo era como un grillete extraño, y ella se lo quitó para dárselo tan pronto como él apagara el motor.

-Déjatelo puesto -ordenó Dimitri cuando ella quiso dárselo.

-¿Por qué?

-Quiero que lo lleves.

-No seas ridículo. Es muy valioso y muy... -iba a decir bonito, porque la joya era exquisita-. Todos lo verán.

-Precisamente -aceptó con cinismo. y ella, incrédula, abrió los ojos de par en par.

-¿Quieres que la noticia se divulgue?

-Paige tiene un teléfono junto a su cama -le explicó-. Su condición no le evita hacer ni recibir llamadas -ion cinismo observó cómo Leanne se horrorizaba-. Bastará que un amigo cuente la noticia para que en pocos días la conozca todo nuestro grupo social.

-¿Realmente piensas seguir abiertamente con esta farsa?

-Por supuesto. Así debe ser para que tenga éxito.

-Define la palabra éxito, Dimitri -insistió, consciente de que el asunto se le estaba yendo de las manos.

-Mañana haremos una declaración formal para la prensa.

-¿Quieres decir que llegarás tan lejos? -alzó la voz-. ¡Eres un desgraciado egoísta, y un mandón! -Cuida tu lengua -le advirtió en

tono suave. -Perdóname -dijo con desacostumbrado sarcasmo-. Ignoraba que no debía resistirme a un plan que no me agrada ni... -agregó con dolor-.., debía atreverme a reprocharte que te hicieras cargo del asunto sin mi consentimiento.

-Ven a cenar.

-No quiero comer, y sobre todo, no contigo. -Pero lo harás.

-Me niego a sentarme a la misma mesa y fingir. La comida me ahogaría.

-¿No crees que exageras?

-No seas condescendiente conmigo, Dimitri. -Eras una niña muy obediente -respondió, pen

sativo.

-No puedes saberlo, casi nunca estabas en casa-replicó.

-¿Deseabas que hubiera estado más?

Eso estaba demasiado cerca de la verdad para que ella se sintiera cómoda.

-Tenías trece años más que yo, era más maduro y estabas a mil años luz de mí. Además, una hermanastra adolescente habría entorpecido tu forma de vida.

-Pero hubo ocasiones en que te acompañé a algunos acontecimientos sociales a los cuales fueron Paige y Yanis -le recordó con una amabilidad engañosa.

Ella los recordaba muy bien porque los tenía grabados en la mente. Le molestó el hecho de que él cambiara de tema para desviarla de su enfado.

-Este restaurante es uno de tus preferidos -le recordó ella con estoicismo, y no pudo callar la siguiente pulla-: ¿Qué pasará si Shanna está aquí?

-Todos somos adultos civilizados -respondió Dimitri sin inmutarse.

-Esta... esta farsa... es sólo para complacer a Paige -dijo, molesta-. Si te atreves a representar el papel de novio cariñoso en otro lugar que no sea el hospital...

-Será difícil limitar el sitio donde actuaremos, ya que mañana la noticia aparecerá en varios periódicos.

-Jamás te perdonaré -prometió con vehemencia.

-Nuestra primera aparición como pareja es inevitable -le dijo a secas-. Además, ¿qué excusa le darás a Paige por el cambio de planes? ¿Que no pudimos esperar para estar a solas?

Ella casi no pudo dominarse para no golpearlo, pero su decisión le hizo extender la mano hacia el picaporte de la puerta.

-¿Siempre te vales de ese tipo de táctica para lograr tus objetivos?

No esperó la respuesta, se deslizó del asiento del pasajero y echó a

andar. Había dado sólo una media docena de pasos cuando él la alcanzó.

El maitre los saludó antes de conducirlos a una mesa reservada. De inmediato, Leanne supuso que era una mesa reservada para unos pocos favorecidos.

La luz era sutil, muy propia para cenar en un ambiente de intimidad, pero sentía como si ella y Dimitri fueran el centro de atención en ese salón. El diamante brillaba en su dedo, y ella bajó la mano a su regazo para ocultarla. Estaba muy consciente del significado de ese anillo.

Tardaron mucho en servir cada plato, y para cuando les llevaron el café, ella bullía de impaciencia por irse.

El intento de mantener una fachada cortés casi la mató, pero los buenos modales no permitieron que mostrara su enfado en público.

Él lo sabía, ya que no cesaba de mostrar diversión con una facilidad que ella realmente admiró. Se enfureció más cuando él trató de que ella probara un bocado del tenedor de él y volvió a llenar su copa con champán. El café era fuerte y aromático y ella le dio unos sorbos distraídamente» sólo deseaba que esa velada terminara. Estaba cansada, agotada emocionalmente, y empezaba a tener dolor de cabeza.

Percibió una oleada de perfume exótico, y de inmediato oyó el sonido de una voz femenina.

-Dimitri, ¿qué haces aquí? Tenía entendido que no regresarías de Perth hasta la próxima semana.

-Shanna -la saludó con calidez, aunque no de manera efusiva.

-Leanne -dijo la joven, sonriendo para no ser descortés-. ¿Cómo estás? ¿Has venido de la Costa para tus vacaciones?

-No exactamente -respondió con amabilidad. -¿Es ésta una reunión de familia privada o permitís que me siente con vosotros?

-Leanne y yo ya nos íbamos -explicó Dimitri. -Seguramente podréis quedaros -sugirió de manera persuasiva Shanna-. Somos un grupo de amigos y nos encantaría que nos acompañarais

-Gracias, pero esta noche, no.

El maitre esperaba con discreción mientras Dimitri firmaba la cuenta; luego se alejó.

-¿Celebras algún éxito reciente, cariño? –preguntó

Shanna al ver la botella de champán vacía.

-Podría decirse eso -respondió mientras le sonreía a Leanne--. Pero es personal, no de negocios.

-Has despertado mi curiosidad. ¿Es confidencial? -He convencido a Leanne de que se case conmigo. La sonrisa de Shanna desapareció

durante un segundo y Leanne la admiró por su control. Aunque las facciones de la joven mostraban placer y sorpresa, en sus ojos había algo que parecía desilusión y amargura.

-¿Nos disculpas, Shanna? -preguntó Dimitri poniéndose de pie y ofreciéndole la mano a Leanne.

No tuvo más remedio que seguirlo y sintió un poco de pena por la atractiva modelo. El rechazo era muy doloroso. ¿No lo había sufrido ella por parte de Dimitri hacía más de cuatro años? Se dijo que volvería a sufrirlo. ¿Cuánto tiempo pasaría después de la muerte de Paige antes de que él se retractara del compromiso? ¿Pocos días, una semana?

-Has quemado tus naves -comentó cuando el Jaguar cobró velocidad.

-No había naves que quemar -respondió sombríamente.

-Ella era tu... -no pudo decirlo.

-¿Amante? -sugirió.

-¡Sí!

-Fuimos juntos algunas veces a la ópera y al teatro, y asistimos a algunas fiestas y acontecimientos.

-No me importa lo que hayáis hecho juntos.

-¿No?

-Por lo que a mí respecta, bien puedes haberte acostado con cien mujeres.

-Soy muy exigente en cuanto a quién comparte mi cama.

-No es a mí a quien debes tratar de tranquilizar -no pudo resistir el deseo de soltarle la pulla.

Él no contestó y ella se sintió sorprendida por haber dicho la última palabra. Se dio ánimos para observar lo que la rodeaba.

El cielo oscuro con muchas estrellas fue oscurecido un momento por una fugaz llovizna de verano. Las luces de neón de las calles proporcionaban una iluminación intermitente.

Oyó un ligero pero definido sonido de neumáticos sobre el pavimento mojado; luego el coche disminuyó de velocidad mientras Dimitri accionaba el control remoto que abría la verja con un mecanismo electrónico.

A los pocos minutos, otro botón abrió la puerta del garaje, y el Jaguar se deslizó para detenerse entre el Mercedes de Paige y una elegante furgoneta.

Ya dentro, Leanne se dirigió hacia la escalera.

-¿Me acompañas a beber la última copa? -preguntó Dimitri.

-No -dijo tranquilamente-. Voy a acostarme, estoy cansada y tengo dolor de cabeza.

-Me decepcionas -dijo él con estudiada indolencia-. Imaginé que me soltarías toda tu rabia tan pronto como llegáramos a casa.

-Ganas no me faltan -respondió, irritada-. Pero por desgracia no tengo energía para emprender el ataque.

-Entonces, te veré en el desayuno -esbozó una sonrisa y hubo un brillo en su mirada sombría.

Las palabras que ella quiso arrojarle quedaron sin decirse y ella subió a su alcoba, donde se desnudó y se quitó el maquillaje antes de meterse entre las sábanas recién lavadas.

Pensó que se quedaría dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada, pero su mente estaba llena de imágenes; no dejaba de pensar en Paige ni en el hombre que por el momento dirigía su vida.

No supo cuánto tiempo estuvo mirando el techo mientras el dolor de cabeza aumentaba hasta hacerla sentirse muy mal. Comenzó a sudar, luego se enfrió y supo que no podría dormir si no tomaba algún analgésico.

Se levantó de la cama, fue al baño, donde buscó alguna pastilla, y maldijo en susurros porque no encontró lo que necesitaba.

Levantó una mano para apretarla contra su sien. Quizá encontraría algo en el botiquín del baño de Paige. De no encontrarlo, tendría que bajar a la planta baja.

A los pocos minutos descubrió que no había nada más fuerte que unas pastillas de paracetamol, y cerró los ojos para abrirlos poco después con exasperación controlada. Quizá si tomaba dos en ese momento, el dolor disminuiría un poco y podría dormir.

Había un vaso sobre el mueble con cubierta de mármol y lo llenó a medias con agua, pero se le deslizó de los dedos y cayó sobre el lavabo.

-Dios mío -murmuró, temblorosa, ante el sonido explosivo del cristal al romperse. Lo último que necesitaba era tener que enfrentarse con Dimitri a esa hora

de la noche.

Pero él apareció a los pocos segundos y sus facciones mostraban severidad.

-Siento haberte despertado -tenía los ojos pesados e irritados. Levantó una mano, pero la dejó caer a su costado-. Voy a recoger los cristales.

-Déjalos -dijo Dimitri con brusquedad-. Eleni lo hará por la mañana -dirigió la mirada a la tira de aluminio con las pastillas y luego al pálido rostro de ella-. ¿Ha empeorado tu dolor de cabeza?

-Sí -hizo una mueca y cerró los ojos para no ver la imagen poderosa de la que emanaba tanto magnetismo sexual. La bata que él

se había puesto marcaba su altura y anchura, y ella no estaba en un estado propicio para prepararse a una defensa mental contra él-. Voy a tomarme unas pastillas y a volver a la cama.

Sin hablar, él se inclinó hacia adelante, sacó otro vaso, lo llenó a medias con agua y se lo colocó en la mano.

Después de que ella se tragó las pastillas, dejó el vaso en su lugar y quiso pasar junto a él, pero contuvo el aliento porque él se inclinó hacia adelante para levantarla en brazos.

-Bájame -protestó con decisión, porque el camisón se le había subido hasta los muslos.

La fuerza masculina fue palpable, y así de cerca ella podía oler el leve olor de la piel masculina y de la loción para después de afeitar. Bastaría con que moviera levemente la cabeza para que sus labios hicieran contacto con el cuello de él.

-Puedo caminar. No tengo nada malo en las piernas.

-¿Por qué estás tan nerviosa? -preguntó Dimitri en tono perezoso mientras caminaba hacia la habitación de ella.

-Disfrutas haciendo esto ¿verdad? -lo acusó al mismo tiempo que cerraba un puño y le daba un golpe en el hombro.

-Tienes una imaginación demasiado activa.

-¡Bájame, maldición! -repitió después de golpearlo de nuevo, porque su tono de voz le indicó que él estaba divertido.

Llegaron a la habitación de ella, él se acercó a la cama y la acomodó con cuidado entre las sábanas.

-Voy a buscar las pastillas por si las necesitas durante la noche -cerró los ojos para no verlo y elevó una plegaria en la que pidió estar dormida cuando él regresara.

Fue una petición en vano, porque estaba muy consciente cuando él regresó a la habitación.

Abrió los ojos al sentir que los dedos de él le rozaban una mejilla.

-Que duermas bien –le deseó, divertido, antes de volverse para salir. Ella no tuvo tiempo para pensar una respuesta atinada.

Capítulo 3

LEANNE despertó sintiéndose descansada y sin ningún rastro del dolor de cabeza. Se quitó la sábana de encima con rapidez, caminó hacia la ventana grande y descorrió las cortinas.

Hacía un día precioso, el sol brillaba y el cielo estaba despejado. Sin detenerse a pensar sacó un bañador, fue al baño para ponérselo y salió cinco minutos después para ponerse encima unos pantalones cortos y una camiseta antes de bajar a la cocina.

-Buenos días, Eleni -saludó a la mujer, que estaba fregando un sartén.

Una sonrisa cariñosa apareció en las facciones de Eleni cuando se secó las manos y se volvió para prestarle toda su atención a Leanne.

-¿Cómo está tu dolor de cabeza esta mañana?

-Ha desaparecido, gracias al cielo -contestó Leanne, sonriente. Se dirigió al frigorífico, sacó zumo fresco de naranja, se sirvió un vaso y dio unos sorbos.

-Dimitri ya se ha ido a la ciudad.

En silencio, Leanne le agradeció al cielo por esa pequeña merced. Enfrentarse con Dimitri al inicio del día habría sido demasiado.

-El piensa ir al hospital esta mañana -continuó Eleni, y agregó el mensaje que le habían encargado que diera-: Regresará a casa a las seis para que los dos juntos vayáis a ver a Paige -sus ojos oscuros se llenaron de expresiva calidez-. Me alegré mucho al enterarme de la noticia de que vais a casaros.

Leanne estuvo a punto de confiar en Eleni al revelarle que el compromiso era un engaño para tranquilizar a Paige. Pero algo la hizo callar y aceptó el abrazo cariñoso de la mujer con igual calidez.

-Gracias, Eleni -era difícil mostrarse ilusionada, pero logró sonreír de manera adecuada.

-¿Qué te preparo para el desayuno? ¿Huevos? ¿Tostadas? -a Eleni le encantaba atenderla, pero Leanne rechazó todo sonriendo y frunciendo la nariz.

-Hacemos lo mismo cada vez que regreso a casa -contestó, pensativa-. Sólo quiero un plátano, pan tostado y café, y vendré por ello después de que haya nadado un poco.

Eran casi las diez cuando se sentó frente al volante del Mercedes y se dirigió al hospital. Las visitas cortas, pero frecuentes, eran menos cansadas para Paige, y Leanne se organizó el día en función de ello.

Su madre parecía estar un poco más animada, y aunque seguía pálida, sus facciones no estaban tan demacradas.

-Cariño, déjame que vea tu anillo -pidió Paige a los pocos minutos de que Leanne hubo entrado, y ésta extendió la mano-. Es precioso, y

el tamaño es perfecto.

Leanne logró contestar algo adecuado y trató de mostrar un poco de alegría.

-He visto la noticia en los periódicos de esta mañana -dijo Paige con expresión soñadora.

A Leanne no se le había ocurrido buscar la noticia en la prensa. Había pasado un buen rato en la piscina, luego había desayunado con calma y finalmente había subido para darse una ducha y vestirse.

-Una ceremonia pequeña y privada en casa la semana próxima -comentó su madre con añoranza-. En los jardines. ¿No es maravilloso?

-Sí, maravilloso -no podía hacer otra cosa más que estar de acuerdo.

-¿Ya has decidido qué te vas a poner?

-Aún no -su armario contenía bastantes vestidos elegantes y cualquiera de ellos sería adecuado para una fiesta de compromiso informal.

-Dimitri ya ha hablado con mi médico, y me han permitido ir a casa por unas horas acompañada por una enfermera. Un vestido de novia es algo especial y tú estarás despampanante de blanco.

Boda. ¿Quién había hablado de una boda? El pánico le quitó el aire durante un momento.

-Mamá...

-Ojalá pudiera ir de compras contigo -continuó su madre-. En Toorak hay una boutique estupenda, y debes llamar a Vivienne. Te atenderá con toda su atención.

Leanne se quedó paralizada... pero no fue por mucho tiempo. El enfado creció en su interior y le dio fuerzas.

-Mamá... -comenzó, tratando de mantenerse controlada-. Dimitri y yo...

-Os conocéis desde hace años. Diez, para ser exactos -los ojos azules de Paige brillaron de alegría-. La boda será algo muy especial. Siempre anhelé ver el día en que te casarías, y estoy feliz de que hayáis adelantado la fecha por mí -levantó una mano y cubrió los dedos de Leanne-. Le pediré a Vivienne que me traiga algunos vestidos para que pueda elegir algo que sea adecuado para mí en calidad de madre de la novia.

Dios santo. Lo que se había iniciado como una conspiración inofensiva se salía de control. ¿Por qué?

Debía mantenerse calmada. Por muy enfadada que estuviera no podía permitir que Paige sospechara que las cosas no eran como parecían.

-¿Ha venido Dimitri a verte esta mañana? -preguntó amablemente,

y su madre asintió con un leve movimiento de cabeza.

-Temprano, cariño, camino de su oficina.

Dimitri nunca se dejaría manipular, ni siquiera por la enfermedad de Paige. Eso significaba que era un participante dispuesto.

-Le regañaré por haberte revelado la noticia tedió tener que sonreír, pero lo hizo, y la diversión en su voz ocultó la amenaza real. Pensaba matarlo. Además, tendría que irse de esa habitación antes de que su animosidad fuera visible-. Te dejaré para que- descanses -agregó con ligereza-. Tengo que llamar a Vivienne y comenzar a hacer unas compras. Regresaré después de comer -se inclinó hacia adelante para darle un beso en la mejilla a su madre.

Tan pronto como salió le dio rienda suelta al enfado, y para cuando llegó al coche estaba tan furiosa que fue un milagro que llegara a la ciudad sin ningún contratiempo.

Las oficinas de la corporación Kostakidas estaban en un piso alto de una torre muy moderna de acero y cristal, y estaban amuebladas con lujo.

Hacía años que Leanne no iba allí, y caminó con calma premeditada hacia recepción.

-Dimitri Kostakidas -declaró Leanne con aplomo.

-El señor Kostakidas está en una junta –contestó la recepcionista con amabilidad-. ¿Tiene usted cita con él?

-Haga el favor de decirle a la secretaria de Dimitri que su prometida desea verlo -respondió con la misma cortesía, e hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa-.Estoy segura de que no pondrá objeciones a la interrupción.

-Por supuesto -repuso la mujer. Descolgó el teléfono y transmitió la información, escuchó con atención y colgó-. Annita saldrá de inmediato para llevarla a la sala privada del señor Kostakidas.

Casi al instante, una mujer inmaculadamente vestida salió al vestíbulo.

-¿Señorita Foorde? Es un placer conocerla. ¿Puedo ofrecerle mis felicitaciones? -su sonrisa parecía sincera, y Leanne pudo devolvérsela-. ¿Hace el favor de acompañarme?

La sala privada de Dimitri era suntuosa; tenía sillones mullidos, forrados de cuero, junto a unas mesas. Un mueble doble cubría una de las paredes, y el cristal, desde el suelo al techo, en otra de ellas, proporcionaba una vista espectacular de la ciudad.

-Dimitri no tardará -le informó Annita-. ¿Le traigo una bebida? ¿Café? ¿Algo fresco? ¿Quizá un vino blanco?

-Me agradaría un vaso de agua fría -contestó, aunque le habría agradado más verterle a Dimitri aceite hirviente sobre la cabeza. Eso

era desear algo imposible. El agua al menos la calmaría, y le agradeció a la secretaria el vaso con agua y hielo que le llevó antes de salir de la habitación.

Pasaron cinco minutos, luego otros cinco, y Leanne comenzó a pensar si realmente Dimitri no podía ausentarse de la junta o sólo le daba tiempo para que olvidara el enfado.

«Pues se equivoca», se dijo ella en silencio, sin poder evitar la tensión en el cuerpo cuando la puerta se abrió y el causante de su furia apareció.

-Leanne -la voz de Dimitri fue engañosamente blanda-. Éste es un placer inesperado.

Con los ojos llenos de furia reprimida, Leanne lo miró. No estaba en condiciones de contenerse para mostrar cautela.

-Sabes muy bien por qué he venido -dijo, irritada.

La mirada sombría, levemente divertida, sólo echó leña al fuego, y ella se puso de pie, dispuesta a pelear.

-¿Comemos juntos? -preguntó él tranquilamente, con un poco de diversión, y los ojos de ella parecían intensos zafiros azules que emitían un fuego furioso.

-¿Cómo puedes estar tan tranquilo y sugerir que comamos? -preguntó, dominando un poco su enfado.

-Seguramente puedes perdonar a Paige por mostrar un poco de sentimentalismo -alzó una ceja- Es normal que una pareja se case después de anunciar su compromiso.

-Precisamente. ¡Pero este compromiso no es verdadero, y nunca habrá boda! -Leanne se irguió cuanto pudo, pero siguió sintiéndose pequeña, ya que a pesar de los tacones altos, no le llegaba más arriba de los hombros-. No habría sido difícil frenar el entusiasmo de Paige ofreciéndole alguna explicación factible sin herir sus sentimientos. ¿Por qué no lo hiciste?

Dimitri se acercó a ella y su cercanía la hizo estremecer.

-¿Podrías desilusionarla? -preguntó en tono suave.

-No insultes mi inteligencia -respondió con vehemencia. Respiró profundamente para calmarse antes

de renovar el ataque-. Nadie, ni siquiera Paige, podría hacerte aceptar cualquier situación que te pareciera insoportable.

-¿Tan desagradable te parece la idea de casarteconmigo? -preguntó con cinismo.

-¿Qué tratas de decir? -murmuró, sorprendida.

-Nos conocemos desde hace años, compartimos un afecto mutuo, sabemos que el otro no quiere casarse con el fin de adquirir una fortuna importante.

-Eso es una locura -murmuró con voz ronca y con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

-¿Eso crees? -preguntó Dimitri, mirándola con fijeza-. No hay ninguna mujer entre las que conozco que no huiría deprisa en el caso de que mi fortuna sufriera un revés -sus labios formaron una sonrisa amarga-. Es infinitamente preferible un arreglo honesto.

-No puedo creer esto -dijo. La desesperación le nubló la vista; era una desesperación tan real que casi la dejó sin aire-. ¿Qué me dices de lo que deseo de la vida?

-La felicidad, la seguridad de tener a tu lado a un hombre en quien puedes confiar -extendió una mano y le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos-. ¿No son cosas importantes?

-¿Qué me dices del amor?

-¿Cómo defines el amor, Leanne? -preguntó Dimitri después de unos largos segundos de silencio.

Ella pensó que era la emoción existente entre dos personas muy afines en lo físico y mental, hasta el punto de que sobrepasaba a cualquier otra cosa.

-Sé lo que quiero que sea -contestó en un susurro, y la boca de él se curvó en una sonrisa.

-¿El idealismo contra la realidad?

-Todavía no he adquirido tu nivel de cinismo.

-De haberlo hecho, yo estaría decepcionado.

-Leanne pensó desesperadamente en algún sistema para hacer que Dimitri desistiera de su propósito.

Quizá él ya no insistiría en casarse con ella si él llegaba a pensar que ella ya había tenido experiencia sexual con otros hombres. Un futuro marido podría comprender una relación sentimental larga, pero ella dudaba de que Dimitri aceptara la promiscuidad. Quizá si ella le hacía creer que llevaba una vida sexual activa, él estaría más que dispuesto a aceptar la anulación...

-Te llevaré a comer.

Los ojos de Leanne volaron hacia los de él y ella vislumbró la profundidad sin fondo en la mirada de él.

-No -rechazó, sonriendo. Le fue intolerable pensar en estar sentada frente a él en un restaurante, esforzándose para comer-. Le prometí a Paige que regresaría al hospital esta tarde, y logré que me dieran una cita en la peluquería para las cinco -lo último no era cierto, pero haría las llamadas necesarias hasta conseguir una cita para esa hora-. Me será más fácil encontrarte en el hospital, después de las seis -sólo deseaba alejarse de él, y se tranquilizó abiertamente cuando él se volvió hacia la puerta.

-Entonces, te acompañaré hasta el ascensor.

-Estoy segura de que sabré llegar a él sola -replicó, pero Dimitri la tomó por el codo y ella trató de no mostrar su impaciencia cuando pasaron por recepción.

Se tranquilizó al ver que el ascensor llegaba a los pocos segundos de haber pulsado el botón, y entró deprisa en él. Se alegró cuando las puertas se cerraron y el ascensor inició su descenso hasta el aparcamiento subterráneo.

Moviéndose como un autómata, se deslizó en el asiento para quedar frente al volante y se dirigió a Toorak, donde logró convencer al peluquero de Paige de que le diera hora para las cinco. Era casi la una, y se dirigió deprisa hacia la boutique que frecuentaba Paige. Unas muestras bastarían, quizá vería alguna que otra revista para novias; cualquier cosa para tranquilizar a su madre y para distraerse una hora. Por fortuna, Vivienne la esperaba y tenía varios diseños entre los cuales elegir.

Paige deseaba que Leanne se pusiera una prenda larga de seda y encaje con un velo en capas, y un ramo de orquídeas de color crema. El hecho de que Vivienne estuviera de acuerdo fue una ventaja, porque su experiencia demostró ser invalorable mientras sugería, aconsejaba y planeaba con entusiasmo lo que Leanne había creído que sería una boda pequeña e íntima. Por lo visto, sería el acontecimiento social del año.

-La cantidad de invitados no significa nada -comentó la vendedora-. El apellido Kostakidas basta para que aparezcan fotos en varios periódicos, y por lo menos, en una de las revistas más importantes del país. Dimitri seguramente preferirá un fotógrafo personal en vez de todo un equipo de fotógrafos, y permitirá que publiquen una o quizá dos fotos -una uña pintada de rojo abrió con fervor una revista para novias-. Todo estará perfectamente organizado. ¿Estamos de acuerdo?

Leanne llegó al hospital después de las tres, y ella y Paige hablaban contentas cuando Dimitri entró unos diez minutos después.

El pulso de Leanne se aceleró al verlo, y durante un breve segundo sus ojos se encontraron con los de él. Luego los bajó a un punto cerca del hombro izquierdo masculino.

La siguiente media hora fue la más larga en la vida de Leanne. Conversó con facilidad, pero más tarde no recordó ninguna de las palabras que había dicho. Una vez, se atrevió a mirar a Dimitri y vislumbró cierta diversión en las profundidades sombrías de sus ojos; luego evitó encontrarse con la mirada de él

Pasada la media hora, Paige dio señales de estar cansada. Dimitri

se puso de pie con agilidad, dando a entender que debían dejarla sola para que descansara.

Minutos después, pasaron por recepción y llegaron al aparcamiento, donde el Jaguar de él estaba aparcado junto al Mercedes de Paige.

-¿Vas directamente a casa?

Leanne quiso mostrarse rebelde ante la pregunta, pero sonrió mientras metía la llave en la cerradura de la puerta.

-No, todavía tengo varias cosas que hacer antes de que cierren las tiendas -abrió la puerta y se sentó frente al volante, pero se acongojó al ver que él se mantenía de pie, frente a la puerta abierta, con una mano sobre el techo e inclinado hacia ella.

-Eleni ha preparado una cena para celebrar nuestro compromiso -dijo Dimitri, y Leanne se horrorizó ante la idea de cenar a solas con él. Se tranquilizó al ver que Dimitri, se enderezaba y cerraba la puerta.

Metió marcha atrás y salió. Vio que él entraba en su coche, y al detenerse en un semáforo vio que el Jaguar la seguía.

Maldición. ¿Adónde iría durante dos horas? Deseaba irse a casa, ponerse un bañador y descansar junto a la piscina con alguna bebida fresca. Además, comería algo. Recordó que no había probado bocado después del desayuno.

La ciudad no le ofrecía ningún aliciente, de modo que se dirigió hacia Toorak, encontró un sitio donde aparcar y entró en la boutique para ver a Vivienne.

Después compró algunas revistas y entró en un café, donde pidió un sandwich vegetal, agua y café.

Necesitaba tiempo para relajarse y fue fácil mantenerse sentada y pasar las páginas de una revista durante media hora. No le pareció prudente quedarse allí más tiempo porque era evidente que habían notado su presencia solitaria y que dos hombres jóvenes deseaban hacerle compañía.

Había una tienda de ropa interior a pocos pasos de allí y Leanne entró. Se compró un camisón de seda de color crema y unas prendas más antes de ir a la peluquería, donde le cortaron las puntas y la peinaron con un moño, en vez de dejarle el pelo suelto.

El peinado al menos era fresco, pensó cuando salió de la peluquería, a eso de las seis. A cada kilómetro que recorría tomaba más conciencia de que se acercaba al hospital y a Dimitri.

Pero el Jaguar no estaba en el aparcamiento del hospital, y Leanne suspiró de alivio mientras cerraba el Mercedes.

La recepción estaba tranquila, y caminó por el pasillo hacia la suite de Paige, pero se paró en seco al ver que Dimitri estaba cómodamente

sentado en el borde de la cama de ésta.

Él se puso de pie al verla entrar y le sonrió con calidez, aunque sus ojos estaban sombríos.

-Le pedí a George que me trajera -dijo a Leanne, que trataba de ocultar su sorpresa.

Ella se acercó para saludar a su madre, y luego se sentó en la silla que Dimitri le acercó. Para su irritación, él decidió mantenerse de pie a espaldas de ella, y Leanne estaba consciente del aroma de la loción para después de afeitar, que se mezclaba con el olor limpio de su ropa.

De vez en cuando sentía que él apoyaba las manos un rato sobre sus hombros, y todas las veces su corazón se aceleraba. La siguiente hora se convirtió en una farsa, en la que ella trataba de imprimir entusiasmo a su voz y mostrar interés en los arreglos para su próxima boda.

-A media tarde, dentro de una semana –reveló Dimitri-. Ya he hablado con el cura y he encargado la comida, las flores y las invitaciones para pocos invitados.

Era como viajar en una montaña rusa, que no iba a detenerse.

-Para la luna de mil tendremos que conformarnos con un fin de semana en uno de los hoteles de la ciudad -agregó con tristeza.

Los dos sabían que era una excusa a causa de lo frágil que era la salud de Paige, pero Paige tenía otra idea.

-Tenéis que ir a Grecia erijo, entusiasmada, con los ojos nublados por el recuerdo-. Las islas son preciosas. Santorini. Rodas.

-Lo haremos -aseguró Dimitri con amabilidad-. Lo prometo -se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la sien-. Estás cansada. ¿Quieres que te dejemos sola para que descanses?

Leanne lo imitó y caminó a su lado hasta el coche. Le entregó sus llaves y se sentó en el asiento del pasajero.

La distancia entre el hospital y la casa nunca le pareció tan corta, y a cada kilómetro que recorrían se le hacía más difícil no sentir que una trampa se cerraba alrededor de su cuello.

El Mercedes disminuyó de velocidad frente a la verja, y luego recorrió el camino privado para terminar deteniéndose dentro del garaje.

-¿Una bebida antes de la cena?

Leanne se detuvo en silencio para pensar. Había comido muy poco en el desayuno y sólo un sandwich después... El sentido común le indicó que tomar cualquier bebida alcohólica teniendo el estómago vacío sería una tontería muy grande. Sin embargo, si bebía un poco quizá obtendría el valor necesario para tolerar la cena que Eleni había preparado.

-Sí -contestó, dirigiéndose a la sala-. Un vino blanco.

Minutos después le daba sorbos al vino fresco, disfrutaba de la leve calidez que le recorría las venas y disminuía su tensión nerviosa.

-¿Quieres hablar de algún asunto conmigo? -preguntó Leanne.

-¿Sugieres que cedamos al arte de la conversación cortés?

-¿Por qué no? -respondió a la pregunta hecha con un poco de diversión y se encogió de hombros.

-Imagino que cualquier tema será adecuado -agregó él en tono cínico y con las comisuras de la boca en un gesto de especulación-. Siempre y cuando no hablemos de la boda.

El estómago de Leanne dio un tumbo y no se calmó. Pero quizá fuera el efecto del vino.

-Ni de la habilidad que pueda yo tener para proporcionarte placer sexual -añadió él con mala intención-. Sólo por curiosidad ¿cómo piensas medir mi... -calló con premeditación antes de agregar con una calma peligrosa-: mi actuación?

Leanne se tomó su tiempo para contestar, sintiendo una repentina necesidad de escandalizarlo.

-No te preocupes: tengo con quién comparar. He tenido algunas experiencias... y me parece que es un asunto sobrevalorado.

Lo había hecho una vez. Con alguien a quien había llegado a querer, pero fue un desastre. En el momento final, ella fue presa del pánico y se detuvo antes de que

sucediera nada. El hombre la dejó después de maldecirla y ella recordó sus palabras durante semanas. Sin embargo, no pensaba esclarecerle ese punto a Dimitri.

-¿De verdad? -su voz sonó engañosamente suave-. Quizá yo pueda hacerte cambiar de opinión.

Leanne fingió que pensaba en el asunto.

-Quizá -dijo, encogiéndose de hombros, consciente de que participaba en un juego peligroso-. Pero debo decirte que no me atraes -seguramente estaba loca. Permitirse ese juego verbal con un hombre del calibre de Dimitri era algo realmente arriesgado-. ¿Va

mos a cenar? -¿era ella quién había que por Su voz había sonado tranquila, a pesar temblaba debido a una tremenda tensión nerviosa.

-Eleni ha preparado tu musaka favorita -le informó él-. Se molestará si comienza a estropearse.

A Leanne le bastó una mirada hacia la elegante mesa para darse cuenta de que el ama de llaves había recurrido al damasco más fino, la mejor vajilla, plata y cristal, y había adornado la mesa con velas y un centro de flores. Una botella de champán yacía dentro de una cubeta con hielo y una rosa roja adornaba un lado de cada cubierto.

-No me sirvas mucho -le dijo a Dimitri cuando él tomó el plato de ella para servirle.

La comida estaba deliciosa, y Leanne se lo esperaba

porque Eleni era una cocinera envidiable. Sin embargo, después de los primeros bocados, se dedicó a jugar con la comida que quedaba en su plato principal y mordisqueó un pastelillo antes de

tomar unas pocas uvas.

-Parece que tu apetito casi ha desaparecido -comentó Dimitri, y ella se encogió de hombros.

-He comido tarde.

-¿Más champán? -No, gracias.

Habían sostenido una conversación durante la cena... una charla banal acerca de la situación del país, el imperio Kostakidas y los viajes de su ilustre director: Sidney, Roma, Atenas, Zurich, Lucerna y Londres en el lapso de siete meses. ¡Todo un récord!

-Voy a llevar todo a la cocina y a recoger lo que ha quedado -dijo Leanne, porque Eleni ya se habría ido al apartamento que compartía con George, encima del garaje-. Luego prepararé el café.

-Tengo que poner una conferencia y enviar algunos faxes -declaró Dimitri, poniéndose de pie con tranquilidad-. ¿Te molestaría llevarme el café al despacho?

Ella contestó afirmativamente y de manera sistemática colocó todo sobre el carrito de servicio antes de llevarlo a la cocina, donde guardó la comida en el frigorífico y llenó el lavavajillas.

Diez minutos después el café estaba listo, y ella llenó una taza y un termo y colocó ambos, con la leche y el azúcar, sobre una bandeja que llevaría al despacho. Eso era algo que le agradaba y lo había hecho a menudo y con gusto para Yanis. La mesita junto a la puerta del despacho seguía en su lugar, de modo que colocó la bandeja sobre ella para llamar a la puerta antes de abrirla.

Dimitri estaba apoyado en un lado del escritorio y tenía el auricular en una mano mientras hablaba en griego con alguien al otro lado del hilo.

Los ojos de Leanne se dirigieron al cuerpo alto y musculoso, y notó que él se había quitado la chaqueta y la corbata y que tenía desabrochados unos botones de la camisa.

Leanne no deseaba escuchar la conversación, a pesar de no comprender ni una palabra. Se acercó en silencio al escritorio, dejó la bandeja y se volvió, pero tuvo que detenerse porque él le ciñó la muñeca para evitar que ella huyera.

Ella lo miró sorprendida; luego abrió la boca para protestar, pero

volvió a cerrarla porque él terminó de hablar y colgó el auricular.

Los ojos de Dimitri eran inescrutables, y miró la bandeja antes de alzar una ceja con gesto interrogante después de ver sólo una taza.

-¿No me vas a acompañar?

-No, está demasiado fuerte para mi gusto -trató de mantener la voz calmada-. Además, no quiero molestarte.

Lo único que quería era subir a su habitación, y se preguntó si sería sensato fingir una jaqueca, o cualquier cosa que le sirviera de excusa para poder escapar.

-Tú nunca molestas -comentó él poniéndose de pie. Levantó una mano al cuello de ella y deslizó los dedos hacia la nuca para atraerla hacia él.

Ella levantó las dos manos al pecho masculino, en un movimiento instintivo para evitar más contacto, pero su acción resultó inútil cuando él le rodeó la espalda para acercarla a su cuerpo.

Dimitri iba a besarla. Ella lo veía en el brillo reflejado en las profundidades de los ojos masculinos mientras él bajaba la cabeza.

Quiso gritar, pero no emitió palabra alguna, porque él presionó su boca contra la de ella y comenzó a acariciársela con una lentitud erótica mientras le deslizaba la lengua sobre los labios, antes de introducirla en la caverna húmeda para incitarla y exigir una reacción que a ella le fue difícil negarle.

Era como estar a la deriva en un mar desconocido. y Leanne tenía mucho miedo porque existía el peligre real de no llegar nunca a la playa.

Todos sus sentidos estaban a flor de piel, y se sentía dolorosamente viva. Correspondió con generosidad a Dimitri mientras éste la transportaba a un sitio que hasta ese momento ella sólo había visitado en muchos sueños caprichosos.

Un leve cambio en el abrazo cuando Dimitri la acercó a su cadera le hizo tomar conciencia de la excitación de él, y Leanne comenzó a luchar, asustada por la fuerza de él y su propia vulnerabilidad.

Trató de apoyarse en el pecho masculino y alejó la boca de él. Se estremeció al darse cuenta que lo había logrado sólo porque él así lo había querido.

Leanne quiso volverse y correr, pero parecía que sus piernas estaban congeladas e inmóviles. Tenía los ojos bien abiertos y no parpadeaba, y sus profundidades estaban dilatados al máximo cuando lo miró a los ojos.

Él deslizó las manos por los brazos de ella. Los pulgares rozaron los lados de los senos y notaron la reacción inmediata de los pezones, que se endurecieron mientras él se los acariciaba con una lentitud

agonizante.

Eso era aberrante, pero ella no podía hacer nada para ocultar su reacción. La boca le tembló y se mantuvo quieta mientras él levantaba una mano y le acariciaba los labios levemente doloridos.

-Creo que debemos borrar cualquier duda que tenga en cuanto a que no te atraigo -dijo Dimitri. Deslizó la mano por su pelo y acomodó un mechón detrás de una oreja-. Vete a la cama -le ciñó la barbilla entre el pulgar y el indice y le inclinó la cabeza para que lo mirara-. Y duerme si puedes -agregó en un susurro.

Ella no necesitó que le repitieran la invitación, pero su orgullo evitó que huyera de la habitación y del hombre hostil que la ocupaba.

En vez de eso, se obligó a volverse y caminar despacio a la puerta. La cerró suavemente antes de subir la escalera hacia su habitación, donde se desnudó, guardó su ropa, se quitó el maquillaje, se puso un camisón de algodón y se metió en la cama. Allí fijó la vista, sin ver, en el techo en sombras, hasta que finalmente el sueño le proporciono el anhelado olvido.

Capítulo 4

LOS días que faltaban para la boda transcurrieron dentro de una bruma de actividad, en la que se alternaban las pruebas con la modista y las compras con las visitas que Leanne le hacía a su madre en el hospital. También fue necesario que Eleni se pusiera de acuerdo con los chefs encargados de la

comida, hubo innumerables llamadas telefónicas. Eso sin mencionar la necesidad que Leanne tuvo de volar a la Costa Dorada para asegurarse de que la encargada de la clínica de belleza estuviera preparada para seguir con el trabajo de forma permanente, hacer los arreglos necesarios para alquilar su apartamento, almacenar sus preciadas pertenencias y llevarse toda su ropa.

Cuando regresó a Melbourne, Dimitri, ya fuera por casualidad o por meditación, estaba tan ocupado como lo estaba ella. Salía de casa antes de que Leanne bajara a desayunar y regresaba a tiempo para visitar a Paige.

Ella trató de decirse que no le importaba, que no deseaba sus atenciones ni su cariño.

Pero en el fondo sabía que mentía. Cada día estaba más sensible a cada mirada y movimiento. Y, por desgracia, él lo sabía. Era un experto en cualquier juego en el que decidiera participar. En cambio, ella era sólo una novata. El hecho de que él lo sabía era evidente en el ligero brillo en sus ojos, en la leve sonrisa torcida, y eso la irritaba de manera intolerable.

El viernes amaneció brillante y despejado y Leanne tuvo que recibir a un montón de personas que se presentaron para realizar la tarea que se les había encomendado.

Para mediodía, el sitio protegido con una lona el día anterior ya estaba lleno de mesas preparadas con manteles, cubiertos y cristalería, y decoradas con orquídeas. Los encargados de la comida trabajaban bajo la estricta supervisión de Eleni.

A la una, Leanne corrió al primer piso para bañarse y cambiarse mientras Dimitri iba al hospital por Paige y la enfermera que la acompañaría.

Vivienne llegó a las dos, para ayudar a Paige a vestirse y a Leanne con su traje y velo. Cuarenta y cinco minutos más tarde, el fotógrafo bajó, seguido de cerca por el sacerdote.

Paige parecía extremadamente frágil, aunque mostraba una fuerza especial, casi como si hubiera reunido sus reservas para poder tolerar las siguientes horas.

Quizá fuera una suerte el que no hubiera habido tiempo para pensar. De lo contrario, Leanne estaba segura de que no habría tenido

el valor de llevar el plan a buen término.

En vez de eso, caminó al lado de Dimitri hacia la pérgola engalanada con flores, en el extremo del jardín, consciente de la presencia de Paige sentada en una silla de ruedas y de la voz del sacerdote que entonaba las palabras de la ceremonia breve con que legalizaba la alianza entre Leanne Paige Foorde y Dimitri Yanis Kostakidas.

Intercambiaron los anillos y el novio besó a la novia. Se hicieron más fotos y se ofreció champán a los invitados. Sirvieron canapés y más bebida.

La cena se ofreció a las cinco y media, y fue una delicia compuesta por varios platos europeos, una tentación para los paladares exigentes.

En total había cuarenta invitados, y el único motivo por el cual Leanne sabía el número era porque se lo había preguntado a Eleni. Conocía a casi todos; algunos eran amigos suyos, los demás eran gente de negocios con quienes trabajó Yanis y ahora trabajaba Dimitri. No faltaban los amigos más queridos de Paige.

A las ocho, los invitados, preparados de antemano, comenzaron a irse, y cuando no quedó ninguno, Leanne entró en la casa para quitarse el vestido de novia y ponerse otro.

George ya había llevado su maleta y la de Dimitri al portaequipajes del Jaguar, y eran casi las nueve cuando Dimitri detuvo el coche frente a la entrada principal del hospital.

Paige parecía muy cansada y tenía la piel casi cenicienta y translúcida. Pero sus ojos tenían vida y estaban tan brillantes y azules como los de su hija.

-Nos quedaremos hasta que estés bien instalada --declaró Leanne amablemente, pero Paige lo negó con un movimiento de cabeza.

-No. Insisto; además, estoy muy cansada -sonrió con gesto de felicidad-. Venid a verme mañana, por la tarde -hubo un matiz de buen humor en su voz-. No vengáis antes.

Desvalida. Leanne observó a Dimitri, que levantaba a Paige del coche y la sentaba en la silla de ruedas, y sólo hubo tiempo para un abrazo breve y cariñoso antes de que un equipo de enfermeras se llevara a Paige.

Leanne quiso irse a casa, a su propia habitación, para olvidar la locura de ese día y todo lo que significaba. Pero eso no era posible.

Leanne se volvió, regresó al coche y se sentó en el asiento del pasajero mientras Dimitri ocupaba el asiento frente al volante.

-¿Te agradaría ir a un centro nocturno?

Su mente imaginó una habitación poco iluminada. brumosa por el humo de los cigarrillos y estruendosa por la música. Había la

posibilidad de que se encontraran con Shanna si él elegía uno de los elegantes clubs que frecuentaba. Pensar en que tendría que representar el papel de la novia encantada fue algo que ella no pudo tolerar. Pero la opción de estar a solas con él en una suite de hotel tampoco era preferible.

Leanne movió la cabeza a manera de rechazo silencioso, y él agregó en un susurro:

-¿O a algún sitio donde podamos tomar café?

Más que nada deseaba quitarse el vestido y el maquillaje y acurrucarse en una cama cómoda para dormir.

-No, gracias -rechazó con cortesía. Inclinó la cabeza para apoyarla en el mullido respaldo y cerró los párpados mientras él encendía el motor e iniciaba la marcha.

Diez minutos después, el vehículo se detuvo frente a la entrada de un elegante hotel y el conserje salió para saludarlos. Sacaron las maletas y Dimitri se encargó de registrarse.

La suite que les dieron estaba en un piso alto, dominando la ciudad; era grande, lujosa y decorada de manera muy elegante.

El portero dejó las maletas y salió sin hacer ruido, después de su perorata en cuanto a todo lo que el hotel ofrecía a sus huéspedes.

-Hay champán en el frigorífico -comentó Dimitri mientras abría su maleta y llevaba su ropa al armario.

-¿Champán? ¿Por qué no? contestó, encogiéndo- se de hombros. Quizá eso le quitara un poco de tensión nerviosa.

Él se acercó al bar, sacó y abrió la botella de champán y le ofreció una copa.

Leanne sintió que esa habitación y esa cama de matrimonio la ahogaban. Eso, sin mencionar al hombre que parecía dominar la habitación. Quizá, después de todo, no había sido buena idea rechazar ir a un centro nocturno.

-Debimos haber regresado a casa -murmuró Leanne, y él la miró con gesto pensativo. -¿Para qué destruir la ilusión?

-Paige...

-El hospital tiene este número de teléfono y el de mi teléfono portátil.

Leanne no pudo evitar la mirada de angustia que apareció en sus ojos, pero le dio varios sorbos al champán en su desesperación por recobrar un poco de control.

-Sacaré mis cosas de la maleta -logró decir con fingida calma, y dejó la copa sobre una mesita cercana. Sacó su ropa, colgó los vestidos y guardó lo demás en cajones: luego, con neceser y ropa de dormir, se dirigió al baño contiguo.

Se sentía terriblemente tensa, y sin pensarlo se quitó la ropa y se metió en la ducha.

El agua tibia cayó sobre sus hombros y por su espalda, y durante varios minutos pareció quieta, disfrutando de la caída del agua; luego se enjabonó y se enjuagó.

Se secó bien y se puso el camisón. La seda resbaló sobre sus curvas y el dobladillo descansó a medio muslo. Al verse en el espejo se dijo que no llevaba una prenda excesivamente favorecedora. Sin embargo, por nada del mundo se habría puesto un camisón transparente por respeto a su papel de recién casada.

Todavía tenía recogido el pelo en la coronilla, y de manera automática, sus dedos se acercaron a las horquillas que lo sujetaban para retirarlas. Entrelazó los dedos en el pelo ya suelto.

Una criatura pálida, de ojos solemnes demasiado grandes para su delicado rostro, apareció en el espejo. ¡Maldición, parecía tener diecisiete años!

Una cosa era hacerse ilusiones respecto a Dimitri en el papel de amante, pero la realidad era infinitamente distinta.

Nunca podría llevar a término el engaño. Enroscó las manos sobre los blanco brazos mientras tratabade reunir el valor suficiente para salir del baño.

Sin darse tiempo para pensar, se volvió y salió de la habitación, pero se detuvo en seco al ver la cama grande, con la colcha quitada, y la luz tenue de la lámpara de noche. Le bastó mirar a Dimitri para notar que se habia quitado la chaqueta y la corbata y tenia desobrachada la camisa, que quedaba colgada fuera de su pantalon.

Él levantó la cabeza y la miró. Tenia una mirada inescrutable mientras observaba el camisón de seda color crema, con escote redondo y mangas.

-No tardaré- dijo de repente Dimitri, dirigiendose al baño.

-No hay prisa -se encogió de hombros. «Tarda toda la noche, o mejor tarda una eternidad», se dijo en silencio.

Segundos después oyó el ruido de la ducha y deambuló por la suite con inquietud.

Por un momento pensó en vestirse y bajar corriendo para pedir un taxi, pero no lograría nada con eso. sólo daría muestras de inseguridad, lo cual divertiría a Dimitri

A los pocos minutos la ducha cesó y ella cerró los ojos con fuerza para luego volver a abrirlos con lentitud. Una voz interior le aconsejó que le dijera la verdad a Dimitri. Sólo había un problema. Después de

sus propias insinuaciones provocadoras, ¿creería él que ella no tenía nada de experiencia?

Un movimiento captó su atención y se volvió levemente, con lo que vio que Dimitri entraba en la alcoba y que su cuerpo alto y musculoso estaba desnudo excepto por una toalla que se había enrollado alrededor de la cintura.

Su aspecto era magnífico: amplios hombros, piel bronceada sobre una musculatura estupenda, una mata de vello rizado y oscuro en el pecho que se estrechaba hacia la firme cintura. Los muslos también eran muy musculosos.

Leanne, sin darse cuenta, se mordió el labio inferior y trató de deshacerse de un sentimiento de desvalimiento mientras una ola de calidez le cubría el cuerpo.

Maldición, ella lo había visto menos cubierto cuando nadaba en la piscina de casa. ¿Por qué le causaba tanta inquietud verlo envuelto con una toalla?

El corazón se le detuvo antes de latir con rapidez, y el pulso se hizo evidente en todo su cuerpo. Los ojos de él no revelaron nada mientras observaban las diferentes emociones reflejadas en las expresivas facciones de ella.

El estómago de Leanne se contrajo de manera dolorosa; sabía que era posible que a él no le importara si ella se acostaba o no con él. La enfadó mucho comprender que ella sería la perdedora, eligiera quedarse o irse; no tenía nada que ganar.

Sin embargo, a pesar de anhelar volverse para irse, un diablillo perverso dentro de ella la mimó a que siguiera con la farsa hasta la amarga conclusión. Si ella se mantenía indiferente en los brazos de él, la pérdida no sería sólo de ella. Una forma sutil de venganza, pero que sería muy dulce.

Levantó la barbilla en un gesto orgulloso mientras le sostenía la mirada sin inmutarse.

-¿Terminamos con esto de una vez? -se preguntó si a él también su voz le habría sonado estrangulada.

El escrutinio minucioso al cual la sometió Dimitri fue irritante, y los ojos de él brillaron durante un instante. y luego se nublaron cuando levantó las dos manos para moldearle el rostro.

Bajó la cabeza hacia la de ella y su boca saboreó los labios suaves y temblorosos antes de comenzar una tentadora exploración del interior de la boca femenina.

Todo el fino vello del cuerpo de ella se erizó a manera de defensa contra ese erotismo premeditado, y Leanne, desesperada, gimió en silencio al sentir que una calidez líquida fluía por sus venas.

Cerró los ojos y obligó a su cuerpo a no reaccionar; odiaba la manera en que él le llegaba hasta el alma y encendía el deseo con tanta delicadeza. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no levantar los brazos y rodearle el cuello con ellos.

Un sentimiento de alarma la invadió cuando las manos de Dimitri se deslizaron despacio hacia abajo para luego introducirse bajo el dobladillo del camisón y moldearle el trasero. Luego se deslizaron sobre su cadera para explorar la esbelta cintura, antes de subir para acariciarle los senos.

Finalmente, Dimitri le quitó el camisón y Leanne no pudo evitar contener el aliento cuando notó que la seda se deslizaba sobre su cuerpo.

Tuvo que reunir mucho valor para mantenerse quieta y no segar el impulso de cubrirse; sus ojos mostraron una dolorosa vulnerabilidad cuando él le acarició cada seno antes de bajar las manos al fino vello en la cúspide de sus muslos.

Sin hablar, Dimitri bajó la cabeza hacia la de Leanne, que respiró profundamente cuando la boca de él comenzó a besarla en la base del cuello. No tuvo fuerzas para calmar la emoción intensa que surgió dentro de su cuerpo.

Quiso gritar cuando él le pasó un brazo por debajo de las rodillas y se sintió muy desvalida cuando él se dejó caer en la cama, la depositó a su lado y se acercó a ella.

Despacio y con infinita facilidad, él levantó una mano para delinear el suave contorno de cada seno, haciendo una pausa para acariciar primero un pezón y luego el otro, antes de deslizarla hacia abajo con una intimidad perturbadora.

Leanne sintió que se quemaba y se arqueó para alejarse de él, conteniendo el aliento porque no pudo escapar de la invasión de que era objeto, y su corazón comenzó a latir aceleradamente mientras él le besaba el hueco vulnerable en la base del cuello. Con una habilidad sensual incitó más el pulso rápido de ella antes de bajar la boca al promontorio de un seno para saborear la suave piel femenina.

El contacto masculino se convirtió en un tormento físico, y ella no se dio cuenta de los sonidos suaves y guturales que emergían de su garganta mientras él deslizaba la boca hacia abajo para iniciar la exploración más íntima de todas.

Ella perdió lo poco que le quedaba de cordura. Sentía una necesidad tan intensa que dominaba cualquier reserva, de modo que le tendió los brazos y de manera instintiva le rogó que calmara el deseo que atenazaba su cuerpo.

Pero el no tenía prisa por darle gusto, y ella se movió inquieta

debajo de las caricias mientras las sensaciones exquisitas giraban en su cuerpo, que estaba consumido por tanta dulzura que Leanne comenzó a sollozar en su estado de desesperación.

Entonces, él se movió, movió todo el cuerpo a manera de una invasión primitiva, y ella contuvo el aliento audiblemente cuando él comenzó a alejarse, pero sólo para repetir la acción varias veces y para torturarla de manera exquisita. Ella se levantó un poco y presionó la boca contra el hombro de él, sin darse cuenta de que le estaba dando pequeños mordiscos a la carne masculina hasta que probó la sal de su sangre.

Él la penetró con un movimiento lento y ella gimió suavemente porque él expandía los tejidos delicados que no estaban acostumbrados a una rigidez tan evidente.

Por instinto, sus manos empujaron los hombros masculinos en un deseo desesperado de liberarse de él.

-Basta -rogó con desesperación, pero él no le permitió ese escape, y la súplica de ella se perdió en la boca de él, que presionó la de ella para calmarla e incitarla sin que ella se diera cuenta del movimiento del cuerpo masculino hasta que ya fue tarde. No sintió dolor; sólo una intensa sensación de plenitud mientras ella lo envolvía dentro de su seda viviente y cálida.

Él permaneció quieto varios minutos interminables; observaba las emociones fugaces que aparecían en las facciones de ella mientras los músculos, no usados hasta ese momento, se contraían y relajaban en un ritmo que parecía estar casi fuera del control de Leanne.

La joven contuvo el aliento cuando él comenzó a moverse y a acariciarla con lentitud. Era muy emocionante, de modo que se aferró a Dimitri mientras éste la llevaba a un estado de satisfacción tal que Leanne tuvo que contenerse para no gritar.

Más tarde, él le rozó la boca con sus labios en una caricia tan ligera y tentadora que la hizo estremecerse.

Despacio, con infinito cuidado, él la abrazó y se rodó para quedar de espaldas con ella apoyada en su pecho. Con una mano le ciñó la nuca y deslizó la otra hasta la base de la espalda femenina.

Ella sentía el fuerte palpitar del corazón de Dimitri, muy cerca del de ella, y percibía el olor levemente acre de su piel. Por algún motivo extraño quiso sacar la lengua para probarla y casi no pudo tolerar el deseo de desperezarse como un gato satisfecho.

-Jugaste a algo muy peligroso, gatita -bromeó Dimitri con dulzura-. Un amante muestra más finura con una inocente sin experiencia que con una compañera bien versada en el arte del amor físico -deslizó los dedos por la columna de ella y luego le enmarcó el rostro, que levantó

para que ella tuviera que mirarlo.

La tenue luz les daba varios ángulos y planos a las fuertes facciones, y los ojos de él estaban sombríos y somnolientos. Por más que Leanne lo intentó no pudo alejar la vista de la boca de él. El labio inferior, levemente más lleno, y la sensual curva de la boca la fascinaban.

Al recordar lo erótico que había sido el saqueo de él en su cuerpo se ruborizó, y bajó la vista en un esfuerzo por ocultar la intensidad de sus emociones.

-Por favor, suéltame -murmuró, y en vano trató de soltarse para alejarse de él: Dimitri la apretaba muy fuerte.

-¿Estás incómoda?

No físicamente, pero en el aspecto emocional y mental ella se sentía muy incómoda.

-Debo de pesar mucho -protestó, titubeante, y presintió que él esbozaba una sonrisa.

-Eres un peso ligero -aseguró, y en tono pensativo agregó-: Sigue moviéndote así y no podré ser responsable de las consecuencias.

-Sigues... -no pudo hallar las palabras correctas y se ruborizó cuando él terminó por ella.

-¿Poseyéndote?

-Sí -de pronto se sintió muy joven y sin experiencia.

La risa contenida de Dimitri la hizo sentirse ridícula, pero él se movió con cuidado y la colocó asflado.

El cuerpo le dolía a Leanne, por dentro y por y no protestó cuando él se deslizó de la cama. Segundos

después oyó el chorro de agua en el baño y a los pocos minutos él regresó para levantarla en brazos

Era ridículo que ella se sintiera tan tímida ya que habían compartido la máxima intimidad, pero sintió vergüenza cuando él la colocó en la amplia bañera antes de meterse él para sentarse a su lado.

Fue fácil cerrar los ojos y permitir que el agua burbujeante le proporcionara su magia relajante, y des

pués ella permaneció quieta y silenciosa mientras Dimitri la secaba antes de conducirla de regreso a la

cama. -Dimitri...

Cualquier cosa que pudo haber dicho murió en su garganta cuando él tiró de ella para acostarla a su lado, y antes de conciliar el sueño lo último que ella recordó fue el deslizamiento de los dedos de él por su piel y el roce de los labios masculinos en su pelo.

Capítulo 5

LEANNE despertó lentamente, y en los pocos segundos antes de estar totalmente consciente se dio cuenta de que algo era distinto. El sol de la mañana siempre daba sobre las cortinas corridas desde otra dirección y ella nunca dormía desnuda.

Luego recordó.

Con cautela volvió la cabeza y descubrió que estaba sola. Las sábanas arrugadas y las almohadas en desorden fueron buenos recordatorios de cómo había pasado la noche y con quién.

Leanne cerró los ojos ante los innumerables recuerdos caóticos, pero volvió a abrirlos.

Dirigió la vista al despertador y lanzó un gemido al descubrir que eran más de las ocho.

-¿Desayuno?

Al oír la voz de Dimitri, levantó la cabeza y se pasó una mano por el pelo. Después de lo ocurrido la noche anterior no deseaba verlo.

Dimitri se acercó a la cama y, con indulgencia, observó la apariencia desaliñada de ella.

-¿Zumo de naranja, cereales, pan tostado, café?

-Comienza sin mí -respondió Leanne con voz un poco ronca, y se sintió muy aliviada cuando él se volvió y regresó a la mesa.

El suculento aroma del bacon y los huevos llegó hasta ella, junto con el olor a café caliente y fuerte. Eso le hizo comprender que estaba muy hambrienta, y sin titubear, se cubrió con la sábana y se levantó de la cama.

Tomó ropa interior limpia, eligió un vestido ceñido de algodón y entró en el baño, de donde salió casi diez minutos después, dispuesta a enfrentarse con el día.

-Ya he llamado al hospital -le dijo Dimitri cuando ella se sentó frente a él a la mesa-. Paige ha pasado una noche bastante tranquila.

Leanne pudo darle una respuesta cortés y se concentró en beberse el zumo de naranja antes de abrir la caja individual de cereales. Vertió éstos en su plato, les agregó leche y comenzó a comer.

Estaba muy consciente de cada movimiento y respiración que hacía en sus esfuerzos por aparentar normalidad. Sentía todo el cuerpo como si fuera un alambre tenso, y notaba que sus emociones estaban casi fuera de control. No se sentía cómoda con ese sentimiento ni con el hombre que lo provocaba.

-¿Qué te gustaría hacer esta mañana?

Leanne dejó con cuidado su taza sobre el plato y trató de mirarlo a los ojos.

-No es indispensable que estemos juntos, si tienes algo

importante... -calló después de hablar con mucha cortesía.

-¿Por qué supones que iba a hacer planes para algo más importante que estar contigo este fin de semana?

Era una locura sentirse tan frágil.

-Dimitri... -titubeó, porque quería gritar que le era imposible aceptar de buena gana la intimidad que habían compartido y su propia reacción apasionada.

-No te ocultes de mí -le advirtió en un susurro, y le levantó un poco la barbilla para que ella lo mirara-No trates de fingir que no tenemos afinidades en lo físico.

-Cállate -musitó, molesta-. No estoy lista para ese tipo de franqueza.

-Quizá no, pero no te permitiré la ilusión de un engaño psicológico.

-Saldré a dar un paseo -masculló Leanne-. Necesito aire fresco.

-Termina tu café -sugirió, y le soltó la barbilla-. Iremos en el coche a Frankston, comeremos temprano y luego visitaremos a Paige.

-¿Y si prefiero quedarme en la ciudad?

-¿Piensas llevarme de tiendas a manera de venganza sutil? -repuso Dimitri antes de agregar, pensativo-: Te advierto de que insistiré en que te pruebes delante de mí cada posible compra -su leve sonrisa parecía divertida ante la expresiva reacción de ella-. ¿Has cambiado de opinión?

Ella quiso arrojarle cualquier cosa porque le irritó mucho el hecho de que él lo supiera.

-Frankston me parece bien -dijo con voz dulce, y se puso de pie para ir al baño y maquillarse un poco, antes de ir a buscar su bolso y acercarse a la puerta.

El Jaguar estaba aparcado frente a la entrada, el motor estaba encendido y el portero uniformado los esperaba cuando salieron por la puerta principal. Leanne se deslizó en el asiento del pasajero y Dimitri rodeó el coche para sentarse frente al volante.

Era un día precioso, y un sol radiante brillaba en el cielo despejado. Era ideal para un paseo en coche a lo largo de la península Mornington.

Frankston era un sitio muy pintoresco; sus magnificas casas se encontraban en la zona antigua de la carretera de Mornington y el monte Eliza, y era una comunidad elegante que Leanne había visitado con Paige en varias ocasiones.

Dimitri aparcó cerca del mar y caminaron a lo largo de la arenosa orilla de la playa. El aire salado olía fresco y limpio, y la leve brisa, cálida por el calor del verano, agitaba uno mechones del pelo de

Leanne. La arena suave y pálida contrastaba con la bahía azul, que brillaba bajo los rayos del sol, y Leanne sintió que su tensión disminuía mientras caminaba en silencio al lado de Dimitri.

Había un sentimiento de compañerismo que no había sido evidente durante mucho tiempo... durante casi cinco años. Por algún motivo extraño, ella quiso extender la mano para ceñir la de él, quiso que él la abrazara y la obligara a levantar la cabeza para besarla. Sonreír y reír un poco, compartir algunos de sus pensamientos más personales y hablar de los de él.

Pero no hizo nada de eso y se preguntó por qué. Quizá era el temor al rechazo, temor de que él interpretara mal sus acciones y le diera una connotación sexual a su necesidad inocente de un compañerismo amistoso.

-¿Comemos?

Ella se detuvo al lado de Dimitri y lo miró. Luego sonrió, y sus ojos estaban muy azules y claros.

-Sí -el aire marino había renovado su apetito y sintió la necesidad de una bebida fresca.

Él eligió un pequeño café que no estaba atestado con turistas de fin de semana y pidió pollo frío acompañado de una ensalada y fruta fresca.

Dejaron el lugar después de las dos, y eran casi las tres cuando se detuvieron en el aparcamiento del hospital.

Cuando entraron en la habitación de Paige, ésta dormía; sus facciones estaban muy pálidas, con una transparencia que preocupó a Leanne. La joven se acercó para tocar levemente un hombro de su madre.

Paige despertó y abrió los ojos. luego mostró alegría mientras se acomodaba mejor.

-Leanne, Dimitri -saludó en un susurro-. ¿Ya es por la tarde? -fijó la vista en su hija en busca de alguna señal, algo indefinido, y Leanne quiso gritar que el amor no aparecía de pronto por la noche y que el conocimiento de la sexualidad era otra cosa totalmente diferente-. Fue una boda preciosa -dijo Paige sonriendo, y sus ojos brillaban por el recuerdo mientras miraba a Dimitri y luego a su hija-. Estabas muy guapa, cariño -se volvió hacia su yerno-. ¿Verdad?

Dimitri extendió el brazo y ciñó la mano de Leanne para llevársela a los labios y darle un beso en los nudillos. No cesó de mirarla, y durante un momento ella pensó que se ahogaría en las profundidades de los ojos de él.

-Muy guapa -aceptó él.

Leanne no pudo respirar, y unos segundos después desvió la

mirada, pero se encontró con el brillo de satisfacción en los ojos de su madre.

Pensó que dentro de un minuto ella se ahogaría o se ruborizaría. Quizá las dos cosas.

-¿Qué habéis planeado hacer durante el resto del día? -preguntó Paige, y Dimitri sonrió.

-Pasaremos una tarde tranquila. Esta mañana hemos ido a Frankston -se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la sien a Paige-. Vendremos a verte antes de que vayamos a cenar.

Leanne guardó silencio en el coche, y en la suite que compartían se dirigió al baño para ponerse un bañador negro debajo de una camiseta de algodón. Tomó una toalla y un tubo de crema con filtro solar antes de regresar a la alcoba.

-Iré a nadar -declaró. Y vio la diversión de él cuando levantó la vista del periódico que leía.

-¿Te apetece un poco de ejercicio o necesitas estar sola?

-Las dos cosas -respondió a secas.

-No te expongas al sol demasiado tiempo -le advirtió amablemente.

Sin contestar, ella se dirigió a la puerta, la abrió y la cerró con cuidado antes de caminar hacia los ascensores.

El hotel era muy lujoso, y la piscina estaba en la azotea. Era inmensa, forrada de mosaicos, llena de agua cristalina. Había muchos sofás para tomar el sol, sombrillas, un bar pequeño y camars. dio un poco Leanne estaba algo bronceada, pero de crema, se puso las gafas de sol y se acostó boca abajo en una tumbona. Se prometió que estaría en esa postura treinta minutos y luego cambiaría de posición. Cerró los ojos y se rindió a la calidez tranquilizadora del sol.

Debió de quedarse dormida, porque se sobresaltó al sentir el contacto de una mano en su hombro. Se volvió y vio que Dimitri estaba acostado en la tumbona de al lado.

¿Cuánto tiempo llevaría él ahí?

-Estás poniéndote colorada -comentó él con indolencia, y ella se volvió para tumbarse de espaldas.

-Me he echado mucha crema -se defendió, y cerró los ojos con la esperanza de poder ignorar la presencia de él.

No tuvo éxito. Después de cinco minutos cesó de intentarlo y se puso de pie. Segundos después se zambulló dentro del agua y nadó un poco antes de descansar un rato en el borde de la piscina. Luego se subió al borde, levantó su toalla y notó que Dimitri observaba sus movimientos.

Él se lanzó al agua y comenzó a nadar con brazadas fuertes y precisas, cuyo ritmo natural hacía que Leanne recordara algún ágil

animal de la jungla. Ella se estremeció un poco y se culpó por tener una imaginación caprichosa.

Se secó, se escurrió el pelo y se envolvió con la toalla, mientras Dimitri salía de la piscina con un movimiento ágil.

Minutos después subían en el ascensor a su suite. -,Podrás estar lista dentro de una hora?

-Por supuesto -respondió Leanne-. ¿Quieres ser el primero en usar la ducha o lo hago yo?

-Podríamos ducharnos juntos -sugirió él con burla y cinismo, y los ojos femeninos parecieron brillar más.

-No lo creo -declaró tranquilamente, volviéndose para alejarse de él e ignorar su risa contenida.

Leanne estaba lista a las seis, estaba muy elegante con un vestido de noche de terciopelo negro con bordado de cuentas doradas. No tenía tirantes, la falda le llegaba por encima de las rodillas y llevaba una capa a juego. Lo había comprado recientemente en la Costa Dorada, y la prenda hacía un marcado contraste con su pelo rubio plateado.

Dimitri la estaba esperando cuando entró en la sala. y los ojos de él brillaron de admiración, antes de observar la curva de los labios femeninos y el promontorio que formaban los senos.

Un rubor tiñó las mejillas de Leanne porque su cuerpo reaccionó como si fuera de fuego líquido. Durante un breve segundo su expresión reveló vulnerabilidad, pero de inmediato ella inclinó un poco la cabeza y se obligó a sonreír.

-¿Nos vamos?

Paige estaba cansada. y en el transcurso de pocas horas desde que la vieron por última vez, parecía haberse debilitado mucho. Leanne presintió algo terrible mientras se dirigían a la ciudad. Había palabras que deseaba pronunciar y preguntas cuyas contestaciones quizá la tranquilizarían. Pero guardó silencio porque sabía que no podrían tranquilizarla.

Le habría gustado irse a casa. A casa, no a la suite en el hotel donde tenía reserva para una noche más. Deseaba estar sola con la infinita tristeza que le llenaba el corazón. Esa mujer maravillosa no sólo era su madre sino también su amiga. Más que nada, deseaba desahogar su rabia contra el destino por robarle antes de tiempo a alguien tan bueno y bondadoso.

El restaurante era elegante y caro, y ofrecía platos exquisitos.

Dimitri eligió un excelente vino blanco y ella le dio un sorbo a su

copa antes de dejarla sobre la mesa.

Después de lo ocurrido la noche anterior se sentía mal en compañía de él, y comenzó a hablar de banalidades, de diferentes temas, sin centrarse en ninguno en especial.

Eran casi las diez cuando él le indicó que deberían irse y Leanne caminó a su lado al coche. Decidió

guardar silencio durante el corto trayecto al hotel.

-¿Café? -preguntó Dimitri dentro de la suite.

-No, me quita el sueño y no... -titubeó, sin saber cómo terminar.

-¿No dormiste mucho anoche?

Parecía divertido, y eso la irritó de manera insoportable.

-No me has mirado a los ojos en casi toda la velada

-comentó Dimitri-. ¿Por qué tanta timidez?

-¡Quizá porque soy tímida! -repuso Leanne, pero se odió por estar a la defensiva.

-¿La experiencia de anoche... -calló un instante y continuó con cinismo-, te ha conmocionado tanto?

El rubor tiñó sus mejillas y en silencio cerró lospuños por el enfado.

-Creo que tú... -titubeó, tomo aire y continuó-: hiciste cuanto pudiste para conmocionarme.

-¿No para darte placer? -alzó una ceja y esbozó una sonrisa burlona.

Ella no estaba dispuesta a aceptar, ni siquiera para sí, que él lo había logrado.

Desvió la vista, porque estaba muy consciente del brillo latente en las profundidades de los ojos masculinos y del cinismo que aparecía en ellos.

-Tienes la injusta ventaja de una experiencia muy amplia -dijo con amargura, obligándose a mirarlo.

-Y prefieres evitar una repetición esta noche -sus ojos brillaron con burla.

-Realmente estoy muy cansada.

-Entonces ve a acostarte -murmuró amablemente.

-¿Sola?. -sintió que tenía los ojos muy abiertos y no pudo evitar que la punta de su lengua se deslizara por el labio inferior en un movimiento nervioso.

-No -respondió Dimitri al ver que ella volvía a ruborizarse.

Leanne se quedó hipnotizada por la mirada sombría, y los labios de Dimitri se acercaron a los suyos hasta apoyarse suavemente en ellos.

Luego él levantó la cabeza y ella se sintió extrañamente desprovista mientras él la empujaba con el brazo.

Durante un momento ella titubeó, insegura, pero Finalmente se volvió y se dirigió al baño, donde se quitó la ropa y el maquillaje y se puso un camisón de seda.

El ya estaba en la cama cuando ella salió del baño y se deslizó con cuidado entre las sábanas.

Leanne permaneció quieta y cerró los ojos, pero se sobresaltó cuando él extendió el brazo para apagar la lámpara de noche.

-Buenas noches, Leanne.

Sin decir nada, Leanne se volvió de lado, pero contuvo el aliento al sentir que él le ceñía la cintura y la acomodaba a la cálida curva de su cuerpo.

La mano de él descansaba en la cadera de ella y la otra mano se apoderó de un seno, que acarició con familiaridad.

Ella cerró los ojos al sentir que él le besaba el pelo y que dejaba los labios un rato en la sien.

-No -rogó, segura de que ya nunca podría estar inmune. Además, no estaba segura de desear estarlo.

Con poco esfuerzo, él la volvió hacia sí y las manos de ella, por instinto, se apoyaron en los hombros masculinos cuando él le dio un beso tierno, incitante, que luego se tornó apasionado mientras bebía de la caverna húmeda y dulce y libaba cuanto ella estaba preparada para darle.

Atontada, Leanne decidió que no era suficiente y protestó cuando él se alejó de su boca y comenzó un sendero tortuoso y lento hacia sus senos.

Casi no se dio cuenta del tirón que la dejó sin camisón y gimió suavemente cuando él se apoderó de un pezón.

Una flecha de deseo le recorrió el cuerpo hasta que cada poro y terminal nerviosa quedaron sensibles a la sensualidad. La posesión se volvió total, y arrasó cualquier pensamiento lógico, menos la necesidad de que él calmara el deseo que crecía dentro de ella.

No fue consciente de las súplicas guturales que se le usuaparon de los labios, ni de su gemido de desesperación mientras él delineaba un sendero incitante y lento hacia el vientre y hacia la caverna más íntima de todas.

Finalmente, él se movió y ella se arqueó de manera instintiva cuando él la penetró despacio a través del túnel sedoso y apretado que se distendió para darle cabida.

La cálida turbulencia se convirtió en un ritmo frenético que la llevó a las cimas de la pasión mientras llegaba al orgasmo total. Éste fue lo más intenso que ella había sentido en su vida y quedó agotada, consumida por una dulzura agonizante, y no deseó moverse más.

Lo último que notó antes de conciliar el sueño fue que la sábana le cubría los hombros y que los brazos masculinos la abrazaban.

Leanne y Dimitri salieron del hotel bien entrada la mañana para dirigirse a la mansión Toorak.

Eleni había preparado una verdadera fiesta, y aunque Leanne trató de hacerle justicia a la comida, no pudo porque no tenía apetito.

Quizá se debiera a un presentimiento, porque tan pronto como salieron del comedor, Dimitri recibió una llamada del hospital. Le informaron de que Paige había empeorado.

Cuando llegaron, descubrieron que la habían pasado a cuidados intensivos y que estaba muy sedada.

Nadie podía hacer más, sólo podían estar presentes mientras Paige perdía y recobraba el conocimiento.

La vigilia duró dos largos días y noches más; fue una vigilia que compartieron por turnos hasta la madrugada del miércoles. En ese momento, Dimitri llevó a Leanne a casa.

Capítulo 6

LOS días siguientes al entierro de Paige transcurrieron, cada uno menos doloroso que el anterior, mientras Leanne se ocupaba en ter

minar innumerables tareas, y cuando ya no quedaba ninguna ayudaba a Eleni en la cocina, hacía una limpieza general de verano innecesaria y prestaba atención a los jardines. Sus movimientos eran automáticos, decididos, y revelaban su necesidad de no pensar.

Había momentos en que le era muy fácil recordar las facciones sonrientes de Paige, imaginar su sonrisa y oír su agradable voz.

Los recuerdos que habían compartido fueron especiales. y el lazo que las unió fue más fuerte que el de la mayoría. Era algo que ella valoraría mucho durante el resto de su vida.

Pero en los pensamientos de Paige se iba filtrando la idea de que era inevitable que Dimitri se convirtiera en el pivote central de su existencia y del matrimonio de los dos.

Con la muerte de Paige cesó de existir la necesidad del fingimiento. A pesar de cualquier decisión que Leanne tomara, le era imposible detener las intensas sensaciones que Dimitri despertaba en ella, y comenzó a odiarse por sus propias reacciones ante el contacto de la mano de él sobre su piel y la presión de la boca masculina sobre la de ella.

Existía en ella una necesidad de perderse en las caricias de Dimitri, de dejarse llevar por el surgimiento alocado de las emociones que la hacían olvidar todo menos la magia del momento. Después se dormía, pero despertaba y se enfrentaba con la realidad de cada nuevo día.

Una mañana, apenas media hora después de que Dimitri se hubo ido a la ciudad, ella tomó su bolso, le informó a Eleni de que regresaría entrada la tarde, fue al garaje y se sentó frente al volante del Mercedes.

El día era hermoso y había pocas nubes en el cielo azul pálido. El sol emitía mucho calor, y de manera automática Leanne encendió el aire acondicionado del coche.

Sin saber adónde iría, dirigió el coche hacia el sur y condujo después de elegir de manera instintiva la carretera de Nepean y la península Mornington.

Hubo mucho tráfico hasta que salió de la ciudad, pero la densidad de los vehículos disminuyó mientras se acercaba a Frankston.

Había varias playas en el camino a Portsea, en la parte más saliente de la península, y Leanne detuvo el coche en el pueblo costero de Rosebud, en un lugar con vistas de toda la bahía Port Phillip.

Durante lo que le pareció una eternidad, ella observó el punto del horizonte donde el mar se unía con el cielo, perdida en sus

pensamientos.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, salió del coche, lo cerró con llave y caminó por la arenosa orilla de la playa.

Una brisa leve le movía el dobladillo de la falda y agitaba su pelo mientras caminaba. A lo lejos, unas gaviotas emprendieron el vuelo después de buscar alimento.

De vez en cuando, el silencio se interrumpía por un graznido de gaviota, y pasado un rato, Leanne se volvió para regresar y se sorprendió de lo lejos que estaba.

Inevitablemente pensó en Dimitri y en su matrimonio... una alianza que se concibió por la lealtad que le tuvieron a una mujer a quien los dos adoraban.

Leanne aceptó que era una alianza peligrosa, porque era consciente de sus propias emociones. Casi no dudaba de que Dimitri considerara el matrimonio como una fusión provechosa, ya que ataba muy bien varios cabos sueltos. Ya controlaba la herencia que su padre le había dejado a Paige. Tenía una mujer por quien sentía un poco de cariño y en quien podía confiar para que representara el papel de anfitriona.

¿Era eso suficiente? ¿Toleraría ella que el afecto dejara de ser suficiente y él comenzara a buscar atenciones por otro lado? ¿Con alguien como Shanna?

Un frío repentino recorrió su cuerpo. Si él se alejaba de ella, sabía que se marchitaría y moriría.

Era rica y tenía propiedades que valían millones.

Podía comprar lo que deseara y viajar a cualquier parte del mundo. Pero lo que deseaba no tenía precio.

Era una locura que ella ya llevara su apellido, ocupara su casa y su cama. ¿Podría ocupar el corazón de Dimitri? ¿Se atrevería a intentarlo?

Estaba loca por quererlo todo. Lo sensato sería enfrentarse a él, ofrecerle la liberación del matrimonio y volver a su antigua vida en la Costa Dorada.

Al menos, si ella sugería esa propuesta, le sería menos doloroso que seguir adelante como estaban para luego descubrir que en algún momento él se había agenciado una amante.

Eran las once cuando llegó al punto de partida y caminó los pocos pasos que faltaban hasta el coche.Con movimientos ágiles metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y se deslizó en el asiento para quedar frente al volante. Luego salió marcha atrás y se dirigió al siguiente pueblo. Era muy temprano para comer, pero sintió la necesidad de beber algo fresco.

Después de explorar el pueblo de Rosebud condujo hasta Portsea,

donde comió un sandwich vegetal en un café, antes de emprender el camino a casa.

-Ha llamado Dimitri -le informó Eleni cuando entró en la cocina-. Me ha pedido que te recuerde la pena de esta noche.

-Maldición -exclamó Leanne al recordar las obras benéficas que Paige patrocinaba y la reunión de esa celada para reunir fondos. Se celebraría en el salón de banquetes de un hotel selecto de la ciudad, y era seguro lue muchos ricos asistirían.

Ella recordaba vagamente que Dimitri le había diho que saldrían para llegar al vestíbulo del hotel a las seis, donde tomarían una copa. Eso significaba que unía dos horas y media para buscar el vestido indicado n su armario, bañarse, arreglarse las uñas de las maos y de los pies, maquillarse y peinarse.

Lo logró y le sobraron cinco minutos. Su aspecto era sereno y mundano; llevaba un vestido de seda azul électrico con una chaqueta bordada de pedrería. El olor hacía resaltar la textura de su tez y realzaba su pelo rubio plateado, que llevaba recogido en un moño to. Se limitó en la joyería porque sólo se puso un ilgante, unos pendientes a juego y una pulsera estreia de oro en la muñeca.

Dimitri estaba impresionante con un traje de etiquenegro, camisa de seda blanca y corbata negra.

-¿Estás lista?

-¿Para ir al combate?

-¿No quieres ir? -preguntó él, mirándola con fi:a.

-No me entusiasma saber que seré objeto del escrutinio de todos -dijo, después de tomar aire y soltarlo con lentitud.

-Creo que estás demasiado sensible -entornó un poco los ojos mientras observaba sus pálidas facciones. -Quizá -se encogió de hombros. esfuerzo a esta -Paige dedicaba mucho tiempo y

organización en especial -le recordó Dimitri, mirándola de frente y de manera vagamente analítica-. Estoy seguro de que habría querido que la representáramos esta noche.

Leanne no pudo dominar el leve aceleramiento de su pulso a causa de la cercanía de Dimitri.

-Supongo que tienes razón -logró sostenerle la mirada mientras esbozaba una sonrisa.

El trayecto a la ciudad les llevó más tiempo del previsto porque el tráfico era intenso y tardaron mucho en aparcar el coche porque había una larga fila que deseaba hacer lo mismo. Por lo tanto, llegaron después de las seis al inmenso salón, adyacente al salón de banquetes.

Leanne permaneció quieta al lado de Dimitri y sa ludó a varios conocidos que se detuvieron para felicitarlos y ofrecerles su pésame.

Varios camareros circulaban con copas de champán, zumo de naranja y agua mineral y Dimitri la imitó al tomar un vaso de lo último.

-Queridos. ¿cómo estáis?

Leanne volvió la cabeza un poco al oír la voz conocida y no pudo reprimir una sonrisa de alegría al ver a una mujer regordeta, cuyo vestido en capas y sombrero de ala grande se había convertido en sus características personales. También era miembro del comité, y una benefactora cuyos incansables esfuerzos habían logrado reunir cientos de miles de dólares en el transcurso de los años. Leanne lo sabía porque, años atrás, Paige se lo había dicho en un acontecimiento parecido al presente.

-Alethea -la saludó Leanne con sincera alegría.

-Me encantó enterarme de que os habéis casado, pero me dio tristeza de lo de la pobre y querida Paige -pareció al borde de las lágrimas antes de animarse-. Hay mucho público esta noche. Con suerte, el hospital infantil podrá comprar otra furgoneta -extendió un brazo y le dio una palmadita al brazo de Leanne-. Eres una chica muy dulce.

Con movimientos sorprendentemente ágiles se volvió y se abrió camino entre la concurrencia para conversar con otro grupo de personas.

Leanne se dijo que era un acontecimiento en el que mucha gente participaba porque deseaba que la vieran, y notó que había varias personalidades, algunas de ellas con suficientes joyas para causarles una pesadilla a las compañías aseguradoras.

A las siete abrieron las puertas del salón de banquetes y los invitados comenzaron a entrar para sentarse en los sitios que les habían adjudicado.

-¿Con quién nos han sentado? -le preguntó a Dimitri cuando él la tomó del codo.

-¿Tiene importancia?

Sólo un organizador insensible habría colocado a Shanna en la misma mesa que a ellos, y Leanne suspiró de alivio al ver que la muchacha no estaba presente.

Pero su alivio se convirtió en congoja cuando la despampanante modelo hizo una entrada espectacular a la mitad del primer plato. Llevaba un vestido de terciopelo negro sin hombros, tirantes ni espalda, y captó la atención de todos mientras se deslizaba a su lugar, a varios metros de distancia.

Lo bastante alejada como para que no hubiera un contacto inmediato, se dijo Leanne con desacostumbrada malicia, pero lo

bastante cerca como estar accesible tan pronto como terminara de cenar y despejaran las mesas.

Leanne terminó su entremés y le hizo justicia a la pechuga de pollo delicadamente rellena, acompañada de verduras. Rechazó el postre y no se dejó tentar por la tabla de quesos. Prefirió una copa de champán en vez de agua mineral porque deseó que esa bebida le calmara el creciente sentimiento de inquietud.

El entretenimiento de esa noche fue un desfile de modas de treinta mujeres en el cual modelos masculinos y femeninos lucieron creaciones de los diseñadores australianos. Al terminar, desmontaron la estrecha pasarela mientras servían el café. Así podrían bailar quieneslo desearan.

Eso les dio la oportunidad a los amigos a ir de mesa en mesa, y Leanne se preguntó cuánto tardaría Shanna en favorecerles con su presencia.

-Dimitri. Leanne.

La bella modelo sonrió demasiado abiertamente mientras se deslizaba en el asiento vacío junto a Dimitri, y Leanne trató de imitarla porque era consciente de que los presentes estaban atentos a sus acciones.

-Shanna -contestó con cortesía, pero por dentro maldecía al hombre sentado a su lado por el saludo cálido con que había recibido a la mujer.

¿Cómo se toleraba la presencia de la que había sido amante del marido de una?

Una voz interior le contestó que con mucho aplomo y buenos modales y tratando de actuar de manera natural.

-Pobrecita Leanne -dijo Shanna con fingida conmiseración, levantando una mano para luego descansar los dedos sobre el brazo de Dimitas-. Debes de sentirte perdida sin Paige.

En silencio, Leanne se dijo que debía mostrarse tranquila, pero para seguir la corriente, contestó:

-Además de ser mi madre, era mi mejor amiga -declaró con franqueza, y vislumbró una expresión de envidia en los bellos ojos de la modelo.

-¡Qué curioso! -exclamó Shanna antes de dirigir su atención a Dimitri-. Mañana por la noche ofreceré una fiesta -calló y sonrió con sensualidad-. En mi apartamento, a cualquier hora después de las ocho.

Sin darse cuenta, Leanne contuvo el aliento mientras esperaba a que Dimitri contestara.

-No creo que podamos asistir -respondió Dimitri. Sólo Leanne, y

quizá Shanna, notaron que la sonrisa no le llegó a los ojos-. ¿Quizá en otra ocasión?

-Por supuesto, cariño -respondió Shanna, reponiéndose de inmediato.

Leanne notó que el maquillaje de la otra era perfecto: desde la pintura que le cubría los labios hasta la hábil aplicación de la sombra de ojos, pero no pudo dejar de preguntarse qué aspecto tendría la modelo al despertar por la mañana.

Era un cambio de pensamiento peligroso, porque inevitablemente le hizo pensar en cuántas veces habría despertado Dimitri en la cama de Shanna y en la evidente experiencia que la otra tenía para complacer sexualmente a un hombre. Seguramente estaba a años luz de ella.

Leanne quiso huir, pero todos considerarían que era totalmente inmadura. Así que se quedó, fingiendo estar tranquila, hablando cuando era necesario... aunque no fue frecuente, porque Shanna dio a entender que Dimitri era el foco de su atención.

Pasado un rato, la modelo se puso de pie, le ofreció una leve sonrisa a Leanne. presionó las uñas pintadas de rojo sobre el brazo de Dimitri y se alejó, dejando un rastro de fuerte olor a perfume.

-Baila conmigo.

Leanne se obligó a mirar de frente a Dimitri, mantuvo los ojos bien abiertos e inmutables mientras la profundidad en los ojos de él observaban sus facciones al detalle.

Él le ciñó una mano, entrelazó sus dedos en los de ella, y Leanne sintió que él los apretaba mientras ella intentaba liberarse de manera sutil.

No había mucho que ella pudiera hacer más que aceptar; al menos, no en público, y sonriendo cortésmente se puso de pie y permitió que él la condujera a la pista de baile.

Ella era una compañera competente y tenía gracia natural de modo que se movió en brazos de Dimitri con facilidad, pero sintió el conocido brote de calidez ante el contacto del cuerpo masculino.

Él la abrazaba con fuerza y ella tuvo el extraño presentimiento de que no le permitiría soltarse en caso de que ella lo intentara.

Cuando la música cambió, él la llevó de regreso a la mesa, apoyándola con firmeza en la parte baja de la espalda.

-¿Quieres irte ya?

Leanne se volvió un poco y lo miró con cuidado. No deseaba quedarse, pero no estaba segura de que pudiera tolerar estar a solas con él. Sabía que no deseaba compartir la cama con el, al menos, no esa noche.

-¿Tienes que levantarte temprano mañana? -preguntó cortésmente.

-No más temprano que de costumbre.

-Siendo así, haremos lo que tú quieras.

-Creo que ya hemos cumplido con nuestro deber.

No tardaremos mucho en llegar a la puerta.

Tardaron un poco más porque se detuvieron en una y otra mesa, para charlar con gente de negocios y conocidos.

El imperio Kostakidas era muy respetable, igual que el hombre que era su director. Su presencia en cualquier acontecimiento social se consideraba un logro, y Leanne tuvo que admirar el aplomo con que él desviaba las invitaciones que le hacían para el futuro próximo.

Se sorprendió al ver que era casi medianoche cuando Dimitri sacó el coche del aparcamiento subterráneo, y apoyó la cabeza en el asiento.

Hubo poco tráfico después de que dejaron el centro de la ciudad, y ella se alegró de que Dimitri hubiera puesto música, porque eso evitaba la necesidad de conversar.

Las calles en el lujoso barrio de Toorak estaban tranquilas, y Dimitri no tardó en detener el coche dentro del garaje.

-¿Quieres una bebida? -preguntó él al entrar y caminar hacia la sala.

Ella titubeó antes de encogerse de hombros a manera de aceptación. ¿Por qué no? Quizá la ayudaría a dormir bien.

Él se quitó la corbata y luego desabrochó los dos ojales superiores de su camisa. Eso cambió su apariencia radicalmente, porque se había quitado las señales exteriores de la formalidad mundana.

Minutos después le tendió un vaso a Leanne y ella le dio unos sorbos con lentitud. Sintió que la calidez le invadía el cuerpo mientras el alcohol comenzaba a hacer efecto.

Sin querer. Leanne comenzó a desear a Dimitri, y ese deseo se extendió por todas las venas de su cuerpo.

En silencio se dijo que era reprochable e incomprensible, y lo odió más en ese preciso momento de lo que había odiado a nadie en toda su vida.

-¿Cansada?

-Tu pregunta es capciosa -respondió Leanne con indiferencia fingida-. ¿Qué contestación esperas'?

-¿Por qué no respondes con franqueza? -preguntó después de entornar los ojos y mirarla con diversión.

-No quiero dormir contigo -murmuró con labios temblorosos y mirada dolorida y triste.

Él levantó la mano para tocarle la mejilla y ella se sobresaltó y

alejó de los dedos que se deslizaron por su barbilla antes de llegar al pulso que se marcaba en su cuello.

Se quedó sin aliento y fijó su mirada vulnerable en él.

-¿No?

La amable pregunta perturbó a Leanne, que dio un paso atrás y se puso tensa para poder controlar sus emociones.

-No seré una sustituta -dijo con enfado reprimido, pero por dentro temblaba porque estaba atrapada en una red complicada que amenazaba con envolver sus frágiles sentidos.

-¿Sustituta de Shanna? -insistió en tono suave, y ella dominó el estremecimiento repentino que apareció en la superficie de su piel.

-No tengo la misma...

-¿Habilidad sexual?

Los ojos comenzaron a dolerle, igual que todo el cuerpo, pero se resistió a la tentación de contestar con una impertinencia.

-No se me ocurre una mejor manera de decirlo-aceptó por fin.

-Hay gran diferencia entre una compañera que comparte el acto sexual como una muñeca mecánica a quien sólo le preocupan las recompensas que ganará con esa relación -murmuró-, y una mujer maravillosamente cálida que se pierde al compartir la alegría mutua con su compañero.

-Eso es... deplorable -murmuró, horrorizada ante la insinuación

-Es la verdad -se burló con un cinismo odioso.

Sin decir una palabra más, ella se terminó su bebida y después de dejar el vaso sobre una mesita cercana, se volvió y salió de la habitación, sin importarle si él la seguía o no.

Arriba, entró en el dormitorio que compartían. Se desnudó se quitó el maquillaje, se soltó el pelo y se puso un camisón antes de dirigirse al pasillo para llegar a la habitación que ella ocupaba cuando dormía sola.

No quiso pensar en compartir la misma cama; le habría sido imposible mantenerse acostada en espera de que él se acomodara a su lado.

Se dijo que no le importaban las consecuencias de su proceder mientras se metía entre las sábanas.

Durante un buen rato se mantuvo con la vista fija en el techo, sin ver, sintiéndose dividida entre un montón de emociones complejas.

«¿Cómo es posible odiar a alguien a quien se ama?», se preguntó, agonizando. Los celos eran como estar pensando en el infierno. Se había casado sin ilusiones, así que, ¿qué derecho tenía a estar celosa?

Leanne estaba a punto de dormirse cuando oyó el

leve sonido de la puerta al abrirse, y le pareció que el corazón se le

subía a la garganta cuando él caminó hacia la cama.

Sin hablar, él quitó las mantas y la levantó en brazos.

-¡Déjame en paz!

-Es tu prerrogativa no querer hacerme el amor, pero compartimos la misma cama -murmuró mientras salía de la habitación.

-¿No importa si yo no quiero hacerlo? -gritó, muy irritada por la fuerza de él y por su voluntad indomable.

-En absoluto -declaró antes de llegar al dormitorio.

-Maldición --musitó tratando de soltarse, pero fue en vano--. ¡Maldición, vete al infierno!

En silencio, él la dejó en la cama y se acostó a su lado. Ella se volvió para quedar de lado y se hizo un ovillo; estaba demasiado tensa como para pensar en dormir.

Permaneció quieta durante lo que le pareció una eternidad, casi temerosa de moverse, consciente de que el cuerpo de él estaba a pocos centímetros de distancia.

Más que nada le habría gustado volverse para asestarle varios puñetazos, atacarlo verbalmente por su comportamiento dominador y tiránico. Pero si lo hacía sólo habría un final, y la victoria de ella no sería victoria.

Capítulo 7

LEANNE debió de quedarse dormida, porque al abrir los ojos descubrió que la cama estaba vacía. Miró el reloj en la mesilla de noche y vio que pasaban de las ocho; gimiendo se puso de pie.

Después de darse una ducha rápida se puso un pantalón corto y una camiseta y bajó corriendo la escalera hasta la cocina.

-Ya se ha ido a la ciudad -le informó Eleni sonriendo, y Leanne ocultó su alivio mientras sacaba el zumo de naranja del frigorífico antes de ir a la despensa por los cereales.

No tenía ningún plan para ese día, pero después de desayunar regresó arriba, donde se cambió de ropa. Se puso un pantalón y una camisa blanca. Luego se maquilló, se puso unas sandalias blancas de tacón alto y tomó las llaves del Mercedes.

Había atravesado la verja y estaba de camino hacia las tiendas y boutiques de Toorak, cuando decidió que lo que necesitaba era tener algo constructivo que hacer con su tiempo.

Paige se había conformado con dedicarse a diferentes labores benéficas y formar parte de varios comités. Pero Leanne sabía que a ella no le agradaría lo mismo ni podría quedarse en casa sin hacer nada. Tampoco podría dedicar las horas a ir de compras.

Además, echaba de menos la clínica de belleza, a sus clientas, a su amable personal y el contacto con la

gente.

Leanne vislumbró un espacio para aparcar el coche y lo ocupó. Minutos después entró en una boutique de moda y se entretuvo viendo la mercancía. Luego salió a la calle.

Había una clínica de belleza no lejos y por impulso fue a ella y le pidió una cita a la recepcionista, que tenía el teléfono en una mano y un lápiz en la otra.

-¿Aromaterapia? Lo lamento -contestó la recepcionista.

-¿Para mañana? -insistió Leanne. No le importaba para qué día le dieran hora.

-Anoche tuvieron que llevar a nuestra aromaterapista al hospital para una intervención quirúrgica de emergencia metro teléfono sonó y la recepcionista lo miró con exasperación-. Estoy tratando de localizar a alguien que la sustituya para que atienda a las personas que tienen cita.

-Yo soy una aromaterapista con experiencia -dijo antes de pensárselo-. Yo podría ocupar ese puesto. Tengo mi propia clínica en la Costa Dorada -agregó, y sólo en ese momento se dio cuenta de lo mucho que deseaba tener esa oportunidad de trabajar.

-¿Habla en serio? -preguntó la otra mujer con incredulidad y sin querer ilusionarse mucho--. ¿Tiene alguna recomendación que pueda mostrarle a la gente?

-Aquí no, pero puedo traérselas dentro de una hora.

-La llamaré. ¿Una hora?

-Regresaré a las diez y media.

Y logró regresar unos minutos antes; un cuarto de hora después no sólo le habían dado el trabajo sino que le preguntaron si podría comenzar de inmediato.

El día fue agradablemente movido, con un breve descanso a mediodía, descanso que aprovechó para llamar a Eleni para asegurarle de que llegaría a casa a tiempo para la cena.

Eran casi las seis cuando se sentó frente al volante del Mercedes y se incorporó al tráfico. Hacía tiempo que no estaba tan contenta porque sentía que había logrado algo y estaba satisfecha de trabajar en lo que realmente le gustaba.

Veinte minutos después se detuvo detrás del Jaguar de Dimitri y apagó el motor. Una vez dentro, fue a avisar a Eleni de que estaba de regreso y subió para bañarse y cambiarse de ropa.

Estaba a punto de quitarse la chaqueta cuando Dimitri entró en la alcoba y ella le sonrió con cautela.

-Hola -levantó una mano para quitarse las horquillas que le sostenían el pelo y éste cayó libre. Ella entrelazó los dedos en él y se acomodó unos mechones detrás de cada oreja.

-¿Cómo te ha ido hoy? -él se aflojó la corbata y comenzó a desabrocharse la camisa.

Él lo sabía. Eleni debía de habérselo dicho. Pero Leanne no pudo averiguar nada por la expresión de él.

-Muy diferente de lo que esperaba -contestó con una sonrisa triste, y le refirió cómo había llegado a colocarse en la clínica-. ¿Te molesta?

Él se sacó la camisa del pantalón y ella contuvo el aliento al quedar hipnotizada por la fascinación que los hombros poderosos y el pecho musculoso causaron en ella.

-¿Cuánto tiempo durará tu empleo?

-No estoy segura -contestó Leanne despacio-. Una semana, quizá dos -levantó la vista y le sostuvo la mirada.

-¿Te aburre la vida de una mujer rica de sociedad? -Nunca he sido una mujer de sociedad -respondió tranquilamente-. Yo no he pedido ser rica.

Él le sostuvo la mirada varios segundos y luego valoró las facciones femeninas antes de detenerse en la generosa curva de la boca.

-Hay ocasiones en que necesito atender a algunos hombres de

negocios. En calidad de esposa mía, se espera que estés a mi lado.

-¿Y que sea una amable anfitriona?

Él disminuyó la distancia que los separaba y le hizo levantar la barbilla para que lo mirara a los ojos.

-No me opongo a que trabajes unas semanas, o incluso más, si eso es importante para ti. Pero no trabajarás por las noches. ¿Comprendes?

-¿Qué me dices de los viernes, cuando las tiendas están abiertas más tarde?

-No permitiré cualquier situación en la que tengas que caminar a tu coche después de que oscurezca -declaró con severidad.

-Yo podría...

-Esto no puede negociarse, Leanne.

-No tienes derecho -discutió, pero contuvo el aliento porque él deslizó una mano detrás de su pelo y le ciñó la nuca.

-Díselo a la gerente -insistió en tono suave-. De lo contrario se lo diré yo.

Leanne torció la cabeza e hizo una mueca porque él se negó a soltarla.

-Pareces un tirano dictador -lo acusó, y sus ojos brillaron de ira.

-Di que soy alguien que no quiere verte atemorizada o lastimada de alguna manera -la corrigió.

-¡Vete al infierno! -exclamó con vehemencia, y no pudo evitar que él bajara la cabeza para infligirle la fuerza castigadora de su beso.

Cerró los puños y lo golpeó donde pudo con puñetazos que fueron inútiles contra la fuerte musculatura de él.

Con una facilidad desquiciante, él le ciñó primero una mano y luego la otra para sujetarlas sin esfuerzo a la espalda de ella, y Leanne gimió cuando él volvió a abrazarla.

No tenía escape de la presión despiadada de la boca masculina ni de la fuerza saqueadora de un beso tan intenso que anuló todas sus defensas.

Cuando él la soltó por fin, Leanne guardó silencio, pero sus ojos echaban chispas.

-¿Quieres darte una ducha conmigo? -preguntó él en un susurro, y cuando ella negó con un movimiento de cabeza él alzó una ceja a manera de burla-. ¡Qué lástima!

Sin decir nada más abrió la cremallera de su pantalón para quitárselo y lo arrojó sobre el perchero antes de dirigirse al baño contiguo.

Leanne esperó hasta que él cerró la puerta, luego sacó ropa interior limpia y un camisón y se dirigió a la habitación que había sido suya

durante los últimos diez años.

Allí se bañó y vistió con rapidez, y sin molestarse en maquillarse, bajó deprisa al comedor para ayudar a Eleni a llevar los platos a la mesa.

La cena fue incómoda, al menos para Leanne. Jugueteó con su comida, probó unos bocados de los rollitos de hojas de lechuga rellenos de carne picada y arroz, comió un poco de la deliciosa ternera y rechazó el postre.

-¿No tienes apetito? -preguntó Dimitri.

-No mucho -respondió en un susurro. La conversación entre los dos había sido esporádica y ella había contestado con mucha cortesía.

-No estés enfurruñada Leanne.

-No me gusta que me dominen -respondió con cautela, y él alzó una ceja a manera de pregunta silenciosa.

-Especifica -el tono suave de su voz hizo que Leanne sintiera un escalofrío. Retarlo sería la mayor de las locuras, pero de ninguna manera aceptaría hacer el papel de una mujer dócil y servil.

-No tienes derecho de imponerme restricciones ni de modificar mi comportamiento -declaró, y lo observó mientras él levantaba la servilleta a su boca antes de volver a dejarla sobre la mesa. Parecía que premeditaba cada movimiento y no cesó de mirarla.

-No luches contra mí -le advirtió con calma-. No permitiré que ganes.

-¿Valiéndote de tu fuerza masculina? -preguntó, furiosa.

Los ojos de él parecían de hielo, y ella se estremeció ante la furia latente enterrada bajo el control que él mostraba.

-¿Fuerza, Leanne? -la pregunta parecía entrañar tal peligro bajo su aparente severidad que un escalofrío recorrió su espalda.

De pronto sintió que ya no toleraría más, y con mucho cuidado se puso de pie y empujó su silla.

-¿Una retirada táctica?

-Si me quedo aquí es posible que te arroje algo –lo miró casi odiándolo. Su boca temblaba por la furia que le daba su desvalimiento y los ojos le dolían. Sin decir nada más, se volvió y salió de la habitación.

Era muy temprano para irse a la cama y no deseaba ver la televisión ni leer un libro. Sin pensar se dirigió al fondo de la casa y salió al jardín.

Prince, el perro guardián alsaciano, se reunió con ella a los pocos minutos y ella permitió que le acariciara la mano con el hocico antes de deslizar los dedos para acariciarle también las orejas. El perro levantó la cabeza y de manera juguetona movió las patas sobre la

tierra antes de seguirla por los jardines.

«Macizos bien delineados, flores perfectas, ninguna hierba a la vista», se dijo mientras caminaba por el sendero empedrado. Incluso la hierba era frondosa y verde, la regaba un sistema automático y estaba bien cortada con los cuidados de George.

La piscina parecía fresca e invitadora, los sillones plegables que la rodeaban estaban cubiertos y las sombrillas seguían abiertas sobre dos mesas. La luz desaparecía mientras el sol se ocultaba en el horizonte y el cielo tenía franjas rosadas en sus bordes, con lo cual presagiaba otro día estupendo.

Sin pensarlo, Leanne eligió un sillón y se dejó caer en él, consciente de que Prince prefería descansar sobre sus patas, al lado de ella.

Su esbelto cuerpo se estremeció. Tenía un perro guardián a sus pies, un hogar que parecía una fortaleza y un marido que la consideraba como una valiosa posesión.

Tener esa relación con Kostakidas era un paso terrible, emocional y mental. En ese preciso momento ella no sabía si quería liberarse o no de él.

Vivir con él se convertía en una batalla de voluntades. Pero pensar en existir sin él casi la llevaba al borde de la desesperación.

Leanne presintió que Prince se movía un instante antes de oír un gemido de alegría. Levantó la vista y vio que Dimitri había salido de la casa y se acercaba a la piscina.

Caminaba con la agilidad despreocupada de quien está en buenas condiciones físicas y Leanne vio que Prince se ponía de pie para ir a saludarlo.

-¿Estás admirando la puesta del sol? ¿O es una forma de escapar?

Habló con curiosidad y lentitud y ella lo miró con expresión seria.

-Las dos cosas -aceptó.

Él sonrió.

-He venido para sugerirte un partido de tenis -notó la chispa de interés en los ojos femeninos, rápidamente controlada-. ¿Recuerdas que solíamos hacerlo?

¿Cómo podía olvidarlo? La había entrenado por las tardes durante los fines de semana, la había animado a practicar para que su pericia superara el nivel aceptable socialmente hasta convertirse casi en una habilidad digna de competición. Ella había sido su compañera contra Paige y Yanis, y siempre había tratado de jugar lo mejor que podía porque se enorgullecía cuando la felicitaba.

-¿Realmente quieres jugar al tenis o es un intento velado de hacer las paces? -preguntó Leanne con solemnidad, y notó que los ojos de él

brillaban de diversión.

-¿Qué mejor medio hay que una raqueta de tenis para arrojarme algo, como una pelota?

-¿Tres juegos completos? -preguntó, y vio que él alzaba una ceja a manera de pregunta.

-No terminaremos hasta por lo menos las diez.

-Pienso agotarte.

La risa de él fue sonora y ella aceptó la mano que él le ofrecía para ayudarla a ponerse de pie.

Leanne entró en la casa y se puso un pantalón corto y una camiseta mientras él iba por las raquetas y las pelotas y encendía las luces en la cancha.

Hacía tiempo que ella no jugaba y le pareció que habían transcurrido varias semanas desde la última vez que había hecho ejercicio.

Dimitri, en cambio, estaba en estupenda forma física y se notaba. El juego no fue parejo, pero él no trató de valerse de su fuerza superior y se limitó a contestar cada bola con facilidad.

Él ganó la primera tanda por tres juegos y permitió que la segunda tanda llegara a seis antes de ganar después del empate.

-Necesito beber algo fresco y remojarme un buen rato en la bañera -declaró Leanne, aceptando la toalla que él le ofrecía y secándose el sudor de la frente y cuello.

Eran más de las diez y ella estaba agradablemente cansada. Le apetecía darse un baño, y en la cocina llenó un vaso con hielos, le agregó zumo de naranja y lo subió al primer piso.

Cinco minutos después se quitó la ropa, abrió los grifos y se metió en la bañera.

No se dio cuenta del transcurso del tiempo, y cuando finalmente terminó de beberse el zumo de naranja, cerró los ojos para descansar totalmente.

-¿Piensas quedarte ahí toda la noche? -preguntó una voz grave. Ella abrió los ojos con lentitud y lo observó en silencio varios segundos.

Dimitri iba envuelto en una toalla oscura, sujeta alrededor de la cintura. Leanne se dijo que él era peligroso e indomable, y se maldijo por haberse entretenido tanto en la bañera.

-Si no quieres compartir, te sugiero que aproveches la oportunidad de salir de la bañera... de inmediato -declaró él con una suavidad engañosa.

El pulso de Leanne se aceleró y su corazón latió con más rapidez por lo que sugerían las palabras de él. No pudo hacer nada para evitar

la inmediata reacción de su cuerpo.

-¿Haces el favor de darme una toalla? -¿era la voz de ella? Había sonado muy ronca. Leanne vio que él tomaba una y se la ofrecía.

-¿Quieres que cierre los ojos en consideración a tu pudor? -preguntó él, y con mucho esfuerzo ella se obligó a sostenerle la mirada.

-¿Lo harías?

-Tienes un cuerpo precioso -murmuró Dimitri, y su expresión se volvió levemente divertida-. ¿Por qué te molesta que yo quiera admirarlo?

-¿Qué sentirías si estuvieras en mi lugar? -preguntó Leanne, con un brillo de desafío en la mirada.

-¿Me invitas a que deje caer mi toalla, Leanne?

Con lentitud premeditada, él llevó las manos al nudo en su cintura y ese movimiento la impulsó a moverse. En pocos segundos se puso de pie, con la toalla junto a ella, y no le importó que una punta cayera dentro del agua.

-No me gusta mirar ni me agradan los juegos de provocación que inevitablemente te permites -declaró ella, casi estremeciéndose de furia al salir de la bañera y envolver sus esbeltas curvas con la toalla.

Quiso pasar frente a él, pero tuvo que detenerse porque él le ciñó los hombros.

-Suéltame --exigió con fiereza.

Él no obedeció y ella comenzó a forcejear mientras él la empujaba, deslizando las manos sobre la tersa piel de su espalda y quitándole la toalla sin esfuerzo.

-No... -cualquier frase que ella hubiera querido proferir para insultarlo se perdió porque él le cubrió la boca con la suya, para besarla de manera tan apasionada que ella tuvo que obligarse a no corresponderle.

Luego, él levantó la cabeza para observar las diferentes emociones que mostraban las facciones femeninas: el leve temblor en los labios un tanto lastimados y la oscuridad evidente en sus ojos.

-¿Te he molestado? -preguntó Dimitri, y como ella no contestó, añadió suavemente-: ¿No decías que no te gustaban mis juegos?

Ella trató en vano de soltarse.

-¿Quieres saber qué me molesta? -murmuró con furia velada-. Tú me molestas -estaba tan enfadada que la furia casi la quemaba-. Todo respecto a ti.

Él observó la turbulenta expresión de ella, antes de bajar la vista al suave promontorio de los senos. --¿Alguna vez te has preguntado por qué?

-Maldición, sí -aceptó. temblorosa.

-Pero no estás dispuesta a aceptar tus propias conclusiones ¿verdad?

-Cierto.

-Te sugiero que te vayas a la cama -sonrió con cierta dulzura y bajó la cabeza para rozar con los labios la frente de Leanne-. Con suerte, estarás dormida antes de que yo llegue. Así te ahorrarás mis indeseadas atenciones -tomó los bordes de la toalla de ella y los ató antes de alejarla con el brazo.

Incluso en ese momento y enfadada, su cuerpo traidor añoraba que él la tocara. Era como si su mente estuviera divorciada de los dictados de su carne, y movió la cabeza porque no podía creerlo. Pasó frente a él y entró en la alcoba.

Se quitó la toalla, se puso un camisón de seda por la cabeza y se metió entre las sábanas de la cama grande.

«¿Cómo puedo regocijarme cuando él me posee y perderme tanto en el acto sexual? ¿Cómo puede hacerme eso él?», se preguntó en silencio.

Era lujuria. Un bajo apetito físico sin ningun compromiso emocional.

«Mientes», le dijo una traviesa vocecita interna. «Lo amas y siempre lo has amado. Y tu enfado es doble: lo diriges hacia él por haberse valido del chantaje emocional para lograr este matrimonio y lo diriges hacia ti por haber permitido que eso sucediera».

Leanne estaba casi dormida cuando él entró en la habitación. y notó que él encendía la lámpara de noche y que el colchón se hundía cuando él se acostó a su lado.

Era una locura, pero parecía que todo su cuerpo despertaba y le dolía. Era como si en silencio reconociera a la otra mitad que lo hacía todo.

Se obligó a respirar a un ritmo parejo, aunque no pudo controlar los acelerados latidos de su corazón.

El deseo de extender el brazo para tocarlo fue casi imposible de ignorar, y en silencio encogió los dedos en un esfuerzo por controlarse.

Agonizó al preguntarse qué haría él si ella deslizara levemente los dedos sobre su caja torácica y acariciara el vello de su pecho. Si los bajaba al ombligo y explorara el vello rizado en la cúspide de sus muslos. ¿Se excitaría ante sus caricias y se pondría rígida por la necesidad?

Cerró con fuerza los ojos para ahuyentar la fantasía erótica, tan vívida que su cuerpo parecía arder.

Quizá debiera volverse un poco fingiendo estar dormida, y por accidente tocarle la pierna con un pie.

Quizá pudiera tocarle el brazo con la mano. Lo ensayómentalmente y repitió cada movimiento con la precisión de un director de cine antes de descartar cada maniobra por parecerle exagerada. Además, si él dormía, no se daría cuenta de nada. Y de ninguna manera poseía el valor para iniciar una seducción franca.

Con lentitud obligó a su cuerpo a relajarse y convenció a su mente para que se quedara tranquila. Concilió el sueño y soñó con el hombre que ocupaba su mente consciente. Quizá fuera autosugestión pero yacían en la cama y él la incitaba con suavidad a despertarse. En el sueño ella sonrió y se desperezó como un gatito juguetón, invitándolo abiertamente a acariciarla mientras anhelaba el placer que seguiría…

Pero los velos de la inconsciencia comenzaron a desaparecer y ella descubrió que el sueño se había convertido en realidad.

Permaneció quieta un momento, no queriendo mover tan siquiera un músculo: se quedó sin aliento mientras él deslizaba los dedos por sus senos, acariciaba uno y luego el otro, antes de bajar a la cintura de ella.

Leanne se puso tensa cuando Dimitri llegó a su muslo, y gimió casi de manera inaudible cuando la mano de él se deslizó debajo del dobladillo de su camisón.

No pensó en rechazarlo, se volvió hacia él, ofreciéndole los labios cálidos y generosos. Se amaron despacio, mucho tiempo y con infinita dulzura.

Después, él la abrazó con fuerza y ella descansó la cabeza en la curva del hombro masculino. Deseaba capturar ese momento preciso para guardarlo en su corazón.

Capítulo 8

LEANNE aparcó el Mercedes y camino animadamente hacia la clínica de belleza. Era un bello día de verano, cl cielo azul estaba despejado y la calidez del sol se sentía en la leve brisa. Estaba ilusionada con el día que se iniciaba, y al entrar en la clínica, saludó a la recepcionista con una sonrisa amistosa.

-Hay una cita temprana que comenzará dentro de cinco minutos, Leanne. Estamos completas por la mañana y por la tarde -la recepcionista verificó su libro de citas-. Georgina Fyfe-Smith. Su expediente está en el salón de tratamiento.

Leanne se apresuró y se puso la bata rosa de manga corta que era el uniforme antes de revisar el expediente para saber qué aceites aromáticos prefería la clienta.

Las citas de la mañana dieron paso a las de la tarde, pero una clienta llamó para decir que llegaría un poco tarde, por lo que el descanso para comer de Leanne quedó reducido a sólo diez minutos, con sólo el tiempo justo para tomar con rapidez un sandwich y una bebida fresca.

Sin embargo, quedó un poco compensada cuando la persona que tenía cita a las tres y media no llegó a tiempo. Fue a consultar con la recepcionista a las cuatro menos diez.

-La señorita Delahunty no ha llamado. Es posible que se haya retrasado por el tráfico.

¿Shanna? Su apellido era bastante extraño, de modo que a Leanne se le hizo un nudo en el estómago.

A las cuatro en punto, unos treinta minutos tarde, una mujer alta entró en recepción rodeada de un perfume exótico. Su traje rojo de diseñador era un despampanante complemento para su belleza.

-¡Leanne! -exclamó la modelo con sorpresa fingida-. ¿Trabajas aquí?

-La aromaterapista de la clínica tuvo que ser hospitalizada para una operación -explicó tranquilamente-. Yo sólo la sustituyo hasta que encuentren a alguien que la reemplace.

-¡Qué noble por tu parte, Leanne! -murmuró.

Leanne decidió que la otra era una gata con las garras afiladas listas para atacar y causar dolor. Pero su disciplina profesional hizo que le respondiera con una cálida sonrisa.

-Entra, por favor -la condujo hacia una habitación privada en el fondo del salón principal-. Hay una bata detrás de la puerta. Te daré unos minutos para que te cambies y te pongas cómoda.

Sin la menor duda, la modelo tenía un cuerpo bello, flexible, con buen tono muscular y estupenda piel. Leanne comenzó a trabajar y se

dijo que la única manera de seguir adelante era olvidarse de quién era la clienta y limitarse a hacer bien su trabajo.

Si tenía suerte, Shanna se mantendría acostada y quieta y disfrutaría de las cualidades terapéuticas sin sentir la necesidad de sugerir algún tipo de conversación.

-Una pregunta, ¿por qué trabajas? -comenzó Shanna-. Tienes una importante fortuna propia. Seguramente a Dimitri no le agrada.

-No veo por qué no habría de estar de acuerdo dado que es un puesto temporal -dijo Leanne con cuidado.

-¿Igual que tu matrimonio?

-¿Qué te ha hecho pensar eso? -preguntó después de que una vocecita interna le aconsejó que fuera cautelosa.

-Digamos que lo conozco lo bastante bien como para saber que no podrás satisfacerlo durante mucho tiempo -se burló.

-¿De verdad?

-Ah, sí, cariño. Le agrada que sus mujeres sean provocativas --dijo con dulzura.

Leanne tuvo que controlarse para no hacer daño a Shanna mientras le daba el masaje.

-¿Para igualar su apetito carnal?

-Es un amante excitante -comentó Shanna, riendo con voz ronca-. Primitivo, con los pies sobre la tierra. pero muestra una ternura increíble. Es una combinación magnífica, ¿no te parece?

Leanne no hizo ningún comentario mientras elegía un aceite aromático y comenzaba el movimiento suave y rítmico, concentrando toda su atención en la terapia, sin permitir que la desequilibrara.

-Es sorprendente la cantidad de matrimonios que los ricos arreglan -comentó la modelo con cinismo-. Un marido consolida su posición y fortuna al tomar a una mujer que tiene tanto dinero como él, ya que la riqueza es poder y es necesaria para ser miembro de los altos grupos sociales. En tu caso, quiso recobrar el control de la herencia de Paige.

Eso tenía sentido, aunque en parte no era verdad. Se sintió mal al pensar que Shanna era sólo una de los muchos que seguramente pensaban lo mismo de la alianza entre Dimitri y ella.

Por fin terminaron la sesión y Leanne salió de la habitación para que se vistiera; luego se obligó a sonreír cuando la mujer salió a recepción.

-Imagino que te veré esta noche -declaró, y Leanne la miró intrigada-. La ópera -le informó, y la incredulidad la hizo alzar una ceja-. Tiene entradas. ¿No te lo ha dicho?

-Por supuesto que sí -lo había hecho durante el desayuno. A Leanne le encantaba la ópera, y La Bohéme contaba con un elenco de

lo mejor. Esa noche sería un gran acontecimiento social, y gran parte de la flor y nata de la sociedad seguramente asistiría a la representación.

-Entonces, es indudable que te veré allí -la sonrisa de Shanna fue amplia y letal, y Leanne tuvo que hacer un gran esfuerzo para fingir una calma que no tenía.

«No si yo te veo primero», se dijo Leanne en silencio.

-¿Es amiga tuya? -preguntó la recepcionista después de que la modelo salió a través de las puertas de cristal.

-Una conocida -la corrigió Leanne-. No sabía que era clienta vuestra.

-Desde luego, sé quién es, pero nunca antes la había visto aquí -declaró la recepcionista.

No había duda de que la presencia de Shanna en la clínica se había debido a que quiso hacer tambalear la compostura de Leanne, que, después de averiguarlo, no pudo tranquilizarse mientras conducía la corta distancia que la separaba de su casa.

Hacía calor, y el aire permanecía en una curiosa calma. Entró deprisa porque deseaba nadar un poco en la piscina antes de que fuera la hora de arreglarse y vestirse para la cena.

-Eleni, ya he llegado -gritó, dirigiéndose a la cocina. Hasta ella llegó un aroma delicioso, y sintio que se metía dentro de su estómago y que le estimulaba el apetito. Felicitó a la mujer. que era más amiga que empleada, y agregó-: ¿Tengo tiempo para nadar un poco?

-Por supuesto -contestó Eleni, sonriendo-. Pero no más de media hora. Dimitri ha llamado y ha dicho que llegaría un poco tarde. ¿Has tenido un buen día?

Leanne quiso decir que lo había tenido hasta hacía una hora, pero eso provocaría preguntas y no estaba segura de desear contestarlas.

-Estupendo -tomó un plátano, lo peló y lo mordió con evidente gusto.

-¿Estás comiendo ahora? -la amonestó Eleni-. He preparado cordero al horno con muchas verduras y tu postre favorito, pastel de manzana.

-Estoy muerta de hambre -le aseguró Leanne, sonriendo con desparpajo-. He estado tan ocupada que no he podido comer.

-Ve a nadar -le dijo el ama de llaves-. ¿Quieres que te llame a la hora indicada?

Leanne negó con un movimiento de cabeza, corrió escalera arriba y bajó cinco minutos después vestida con un bikini floreado y con una toalla colgada al hombro.

Se zambulló en la parte más profunda de la piscina y emergió a la

superficie para nadar varios tramos y disfrutar del esfuerzo físico.

Le habría apetecido quedarse mucho tiempo más, pero necesitaba darse una ducha y lavarse el pelo antes de la cena, y a regañadientes nadó hacia el borde de la piscina para salir.

Cinco minutos después estaba en la ducha, y des pués de terminar con su aseo, se puso ropa interior limpia, se secó el pelo con el secador y entró en la alcoba con la intención de elegir algo adecuado para ponerse, pero se detuvo en seco al ver que Dimitri estaba allí quitándose la chaqueta.

-¿Has terminado en el baño?

Movió los dedos para aflojarse la corbata antes de desabrocharse la camisa, y ella contestó que sí al mismo tiempo que entraba en el inmenso armario, donde descolgó lo más cercano.

-Eleni dice que la cena estará lista dentro de cinco minutos -le informó él, y ella se deslizó el vestido por la cabeza. Luego se lo alisó en la cadera y cerró la cremallera.

-Voy a ayudarla -era una manera de escapar y suspiró de alivio al bajar la escalera.

Leanne se mostró tan decididamente cortés durante la cena que eso llamó la atención de Dimitri.

-Si algo te tiene molesta, ¿por qué no me lo dices?

Leanne dejó de cortar un trozo del delicioso postre de manzana y lo miró con cuidado.

-¿Qué te hace pensar tal cosa?

-¿Estás decidida a convertir esto en un juego de adivinanzas? -una leve sonrisa torció las comisuras de su boca y el cinismo fue patente en su mirada.

Ella dejó la cucharilla y trató de dominar su enfado.

-No me había dado cuenta de que estábamos jugando -respondió, molesta por la habilidad de Dimitri para darse cuenta de sus estados de ánimo. Arqueó una ceja y lo miró con seriedad-. Además, sólo te parecería divertido.

-¿Por qué piensas que me divertiría cualquier cosa que te afecte? -entornó los ojos y la sometió a un escrutinio detallado.

Un sentimiento de vacío se instaló en la región del corazón de Leanne. Nunca ganaría con Dimitri. Él era demasiado astuto y perceptivo y no podría engañarlo con ninguna cortina de humo que ella tratara de crear

-No se trata de algo que yo no pueda solucionar –contesto Leanne

-No dudo de que puedas- dijo Dimitri pensativo

-Qué fe tienes -se burló, y los ojos de él brillaron de diversión.

-Eres una mujer maravillosa -susurró-. Tienes un alma generosa. Y

si alguien se atreve a hacerte daño con premeditación, esa persona se las verá conmigo. Ella se esforzó en mostrarse intrascendente y en no demostrar de qué forma la habían afectado esas palabras.

-¿Significa que debo hacer una lista?

-Hablo muy en serio.

Ella se preguntó cuál habría sido la reacción de él si le revelaba que su ex-amante era la causa, pero decidió no hacerlo.

-Si has terminado, voy a llevarme los platos a la cocina -se puso de pie y comenzó a apilar platos y a levantar cubiertos.

-Deja eso. No tenemos tiempo -declaró, y ella se encogió de hombros, desvalida, justo cuando Eleni entró en el comedor.

Arriba, Leanne se retocó el maquillaje, se recogió el pelo en un moño y se puso un vestido rojo de corte clásico que hacía resaltar la textura de su piel y la esbeltez de sus delicadas curvas. Se puso unos zapatos que hacían juego con el traje, tomó un bolso de noche y se volvió hacia Dimitri.

Verlo vestido con un traje negro de etiqueta. Camisa de seda blanca y corbata negra la hizo contener el aliento.

Era un hombre de rudo atractivo, cuyas facciones eran un testimonio visual de una envidiable mezcla de genes heredados. Pero había mucho más que su belleza física, porque de él emanaba un aura de poder y fuerza, junto con un grado importante de sexualidad latente. Esa cualidad la reconocían de inmediato las mujeres, que en su mayoría planeaban captar su atención... aunque sólo fuera para demostrar su femineidad.

Decidió que él era peligroso, sin poder acallar la sensación de placer que se filtró en su cuerpo mientras lo precedía para salir y sentarse en el coche.

Yanis poseía cualidades excepcionalmente similares, se dijo Leanne mientras Dimitri encendía el potente motor e iniciaba la marcha por el caminito privado. Sin embargo, su padrastro sólo tuvo ojos para Paige.

Desear ese tipo de amor para sí era como desear la luna.

«Maldición», pensó, nerviosa. Pensar en eso era dañino. Le iría mejor si se concentraba en el paisaje y pensaba en el placer de asistir a una representación de La Bohéme.

El teatro tenía tres pisos en una sala parecida en diseño y decoración a los teatros de ópera del siglo dieciocho en Europa. Leanne no se movió mientras escuchaba el dúo de amor entre Rodolfo y Mimi al final del primer acto.

-¿Te está gustando? -le preguntó Dimitri cuando las luces se encendieron, y ella lo miró sonriendo con calidez.

-Los cantantes son extraordinarios, y la música... -sus ojos tenían

un azul brillante e irradiaban un placer intenso-. Me encanta -dijo sin reservas, y sus ojos se abrieron por la sorpresa cuando él le ciñó una mano y se la llevó a los labios para acariciarle los dedos, uno a uno.

Había algo muy sensual en esa caricia, y la boca Femenina se estremeció cuando ella se enfrentó con la mirada de él y notó la pasión latente en los ojos masculinos.

-¿Quieres beber algo?

No habían tenido tiempo para el café después de la cena y ella estaba sedienta.

-Por favor.

-Por lo visto, muchos asistentes habían tenido la misma idea y el vestíbulo estaba atestado, de modo que abrirse camino hasta el bar sería una prueba de paciencia.

-¡Dimitri! Qué alegría verte -gritó una voz femenina, y Leanne vio que una mujer se acercaba a ellos.

Krissie Van Hahme era una extraordinaria anfitriona, sin rival en su círculo social. Era una trabajadora infatigable en obras benéficas y había sido muy amiga de Paige.

-Leanne, querida -saludó, y se inclinó hacia adelante para darle un beso en cada mejilla mientras Dimitri se disculpaba por ausentarse para ir por las bebidas-. Sentí mucho lo de tu madre. Era una persona muy útil y nos ayudó a todas -ciñó la mano de Leanne-. Me enteré de tu matrimonio y me alegré mucho.

Efusiva, sociable, pero muy sincera, la viuda tenía más dinero del que podía gastar y consideraba que su fortuna era inmoral, por lo cual había elegido compensar la avaricia de su finado marido con donaciones de grandes cantidades a diferentes obras benéficas. Además, empleaba su tiempo sirviendo sin descanso en varios comités.

-Gracias, Krissie -respondió Leanne-. ¿Cómo estás tú?

-Ocupada, cariño, pero así lo elegí. Y tú estás muy bien... estás despampanante. El amor te sienta de maravilla. Me figuro que no tardarás en llenar esa bonita casa de criaturas. Paige habría adorado a sus nietos-se animó y le ofreció una cálida sonrisa a Leanne-. Habrá varias actividades previas a la Navidad, te enviaré las invitaciones acostumbradas. ¿Me disculpas?

Leanne logró contestar algo adecuado mientras les daba vueltas a las implicaciones de las palabras de Krissie.

Criaturas. No había pensado en esa posibilidad. «¿Por qué?», se preguntó conmocionada, porque si tenía un hijo de Dimitri, éste nunca la dejaría ir y menos al niño. Quedaría atrapada en un matrimonio sin amor donde su marido hostil tenía las mejores cartas. ¿Era ella sólo un peón en el juego manipulador que controlaba un hombre que deseaba

continuar la dinastía? ¿Fue ése uno de sus motivos para planear primero el compromiso y luego la boda?

-Tu bebida.

-Gracias -dijo, después de oír la voz conocida y devolverse para aceptar el vaso.

-Tenemos pocos minutos antes de que se inicie el segundo acto -comentó Dimitri, y se volvió un poco porque alguien lo saludó.

Leanne se alegró de esa distracción porque le permitió darle unos sorbos a su agua mineral sin que él estuviera observándola, y fue un alivio cuando el timire sonó para anunciar que el intermedio estaba a punto de concluir.

En vez de concederle toda su atención a los cantants principales, se concentró en la relación sentimental ntre los personajes secundarios. Se identificó con la presentación de la pasión y el enfado, porque en alguna medida se parecía al tumulto de su propio corazón.

El vestíbulo pareció estar menos atestado durante el itermedio entre los actos segundo y tercero. v fue un placer ver a los padres de una de sus amigas y saber que ésta estaba de viaje por Europa.

La aparición de Shanna al lado de Dimitri no fue tan agradable, y Leanne sintió que deberían felicitarla por su habilidad histriónica al saludar a la modelo con cortesía.

Había varias palabras adecuadas para describir a la bella modelo, pero a Leanne sólo se le ocurrió una: Despampanante. Desde la cabeza hasta la punta de los pies era un ejemplo de una belleza sin igual. Todo estaba perfectamente coordinado: su vestido de gala de diseñador y los zapatos hechos a mano para el vestido, la joyería y el maquillaje.

De pie, al lado de Dimitri, parecía ser su complemento perfecto, porque su estatura, con zapatos de tacón alto, le permitía mirarla a los ojos al mismo nivel.

En silencio, Leanne se dijo que la otra no tenía ni un defecto. Tenía fama, fortuna y todas las gracias que la naturaleza puede conceder.

Pero no tenía a Dimitri. ¿O sí? ¿Estaba satisfecha con esperar en la barrera, dispuesta a aceptar cualquier atención que él le ofreciera en algún momento oportuno, hasta que pasara un lapso de tiempo razonable para que pidiera el divorcio? Quizá el matrimonio no fuera muy importante para ella.

No, decidió Leanne, acongojada, lo querría todo.

Ella era solamente un estorbo temporal en los planes de Shanna.

-No lo creo -oyó que decía Dimitri en voz grave, y eso la hizo volver al presente-. Los dos tenemos que levantarnos temprano mañana.

La mano de Dimitri descansaba ligeramente en la base de la columna de Leanne, y ella sintió el movimiento tranquilizador mientras él deslizaba los dedos a su cintura.

-Eso antes nunca te detenía, porque solías ir a tomar algo después del teatro -entornó un poco los párpados e hizo una mueca imperceptible.

-Prefiero dedicar mi tiempo a hacerle el amor a mi mujer.

No hubo muestras del enfado de Shanna, porque ésta permitió que una risa cristalina emergiera de sus

-Todos los gatos son iguales en la oscuridad.

-¿Eso crees? -preguntó él a la ligera-. ¿Aplicarías eso a tus amantes?

-¿Quieres que declare que eres el mejor, cariño? -preguntó Shanna después de colocar una uña perfectamente pintada sobre la solapa de la chaqueta de él-. ¿En presencia de tu mujer?

Sin inmutarse, Dimitri alejó la mano de Shanna y la soltó. Su expresión era una fachada cortés que no engañó a nadie, menos a Leanne, que se sentía enferma por la conversación.

-Un retiro digno es lo correcto ¿de acuerdo? -comentó la modelo con una suavidad peligrosa. Sonrió abiertamente, se disculpó y se incorporó al numeroso público.

Leanne se sobresaltó un poco cuando sonó el timbre que anunciaba el fin del intermedio y se obligó a caminar al lado de Dimitri, que la condujo de regreso a su butaca.

A los pocos minutos de haberse sentado, el telón se levantó y Leanne miró sin ver el escenario. La música le parecía discordante y la escena que se desarrollaba ante sus ojos le parecía la que acababa de ocurrir entre Shanna y Dimitri.

Se mantuvo muy quieta, deseando con todo el corazón poder ponerse de pie para salir de ahí con dignidad. «Maldito, malditos los dos», rugió para sus adentros.

Estaba tan enfadada que enroscó los dedos de una mano de tal manera que hizo una mueca cuando las uñas le hirieron la carne.

Sin previa advertencia, Dimitri le cubrió una mano con la suya y ella de inmediato trató de soltarse. Pero él la ceñía con fuerza de acero que impedía el escape.

Leanne tuvo que permanecer sentada y silenciosa para no provocar una escena.

El corazón le golpeaba en el pecho, y los latidos se hicieron más fuertes hasta que sintió que todo su cuerpo pulsaba como un tambor. Volvió a sobresaltarse cuando los dedos de él iniciaron un trayecto tranquilizador sobre las venas pulsantes de su muñeca.

Leanne se volvió hacia él, con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas; luego concentró su atención en los cantantes en el escenario.

Fue un alivio ver que el acto tercero terminaba y ella se puso de pie de inmediato, pero él se enderezó y dio a entender que la acompañaría al vestíbulo.

Tan pronto como llegaron al pasillo, ella trató de soltar su mano y casi no resistió la tentación de patalear de frustración porque él no le permitía soltarse.

-¿Te molestaría? --musitó con los dientes apretados-. No se permite la entrada a los señores en el sitio al cual quiero ir.

Él la observó antes de soltarla, y ella caminó deprisa hacia el tocador. Después se acercó al espejo, se retocó los labios y respiró profundamente para calmarse antes de salir al vestíbulo.

Era tarde cuando llegaron al coche, y Leanne guar dó silencio mientras su marido conducía para salir del aparcamiento e incorporarse al tráfico.

Casi no hablaron durante el corto trayecto a casa, y al entrar, ella se dirigió a la escalera, pero se detuvo bruscamente porque él le ciñó un brazo con fuerza y la volvió para que lo mirara.

Ella no habló; se limitó a mirarlo con frialdad antes de bajar la vista a la mano que le apretaba el brazo.

-La relación que tuve con Shanna terminó hace bastante tiempo -declaró con expresión ruda y mirándola a los ojos.

-Eso no me interesa en lo más mínimo -tuvo frío a pesar de la calidez de la noche de verano. Le sostuvo la mirada y parecieron dos personas en guerra silenciosa.

-¿De verdad? -preguntó con una suavidad mortal.

Leanne estaba muy nerviosa a causa de la actitud despiadada de él, y era consciente de que el pulso se le había acelerado en la base del cuello. Era una señal involuntaria que desmentía su aparente control.

-¿Deseas dedicar un discurso fúnebre a tu relación con Shanna? -exigió, consciente de que él parecía cauteloso detrás de su fachada inescrutable-. ¿Con qué propósito? No cambiará nada.

-No fue mi intención hacerte daño.

-Para que a una le hagan daño es necesario amar -dijo muy seria, pero trató de aligerar sus palabras con una sonrisa que no le salió como quiso.

-¿Y tú no me amas?

El leve cinismo la aguijoneó, y sus mejillas se tiñeron de rojo porque volvió a enfadarse al sentirse desvalida.

-No me interesa lo que hayas hecho ni con quién, antes de nuestro

matrimonio.

-Has contestado a la perfección -se burló mirando el pulso agitado en la base del cuello femenino.

Ella no era consciente de la profundidad de su mirada ni de la dilatación de sus pupilas; ignoraba que su boca se estremecía. Sólo sabía que el dolor era inútil y que ese hombre poseía el poder de infligírselo.

Si no escapaba en ese momento, se pondría rabiosa y lloraría vergonzosamente; no había dignidad en los ojos hinchados ni en una emoción incontrolable. La rabia inevitablemente recibiría su merecido y sabía que no podría soportar esa situación.

-Es tarde y me gustaría acostarme -logró decir en tono tranquilo. Hubo un silencio que se intensificó cuando ella tomó conciencia de lo agitado de su respiración.

Los ojos de Dimitri se ensombrecieron notablemente durante varios segundos; luego aflojó los dedos y ella se volvió para subir la escalera.

Dentro del dormitorio que compartían, ella se desnudó con rapidez, se quitó las horquillas del pelo, se desmaquilló y se metió entre las sábanas, después de ponerse un camisón.

Dimitri entró en la alcoba cuando Leanne estaba a punto de conciliar el sueño, y ella oyó el murmullo de la tela y a los pocos minutos sintió el movimiento del colchón cuando él se acostó a su lado.

Si él extendía los brazos, ella reaccionaría como una gata enfadada, y todo su cuerpo se tensó mientras esperaba que él hiciera ese movimiento. Como él no lo hizo, ella se sintió un poco molesta y deseó que él comenzara algo que le diera a ella la oportunidad de soltar parte del enfado contenido.

No tardó en oír la respiración tranquila de Dimitri y eso la irritó sobremanera, porque él se había dormido sin el menor esfuerzo.

Por lo tanto, pasó bastante tiempo antes de que ella se relajara lo suficiente para imitarlo, y cuando despertó eran pasadas las siete y estaba sola.

Capítulo 9

LEANNE no estaba segura de qué la había animado a mostrarse rebelde. Quizá no se debiera sólo a una cosa, podía ser la combinación de varias. El asunto se inició durante el desayuno, cuando Eleni le dio el mensaje de Dimitri en el cual le pedía que se reuniera con él esa noche para cenar con un cliente.

-No creo que pueda ir -declaró Leanne, deseosa de no ceder ante cualquier capricho de él.

-¿No? --preguntó Eleni, mostrando sorpresa e incredulidad en una sola palabra-. ¿Vas a trabajar hasta tarde?

-Ya he quedado para cenar con unos amigos -hasta ese momento, no había pensado en nada semejante.

-Quizá puedas cambiarlo para otra noche -sugirió Eleni, y Leanne fingió tomarlo en cuenta antes de mover la cabeza, dando a entender que dudaba de que fuera posible.

-Quizá -se obligó a sonreír con dulzura para fingir inocencia-. ¿Te molestaría llamar a Dimitri? Tendré un día muy ocupado y es posible que no tenga tiempo para llamarlo yo.

«Soy una tonta», se amonestó una hora después, mientras acompañaba a la primera clienta del día a la cabina de tratamiento.

A media mañana quedó convencida de que era una tonta, y creía que cada llamada que se oía en recepción anunciaría a Dimitri y que éste le exigiría que cancelara cualquier compromiso previo.

Al mediodía, cuando la recepcionista le dijo que la llamaban, Leanne no podía más.

-Hazme el favor de pedirle su nombre y su número de teléfono -le dijo a la recepcionista-. Haré la llamada cuando haya terminado con mi clienta.

Para cuando marcó el número de teléfono, estaba sumamente nerviosa, y sus dedos se aferraron al auricular al mismo tiempo que Dimitri descolgaba el teléfono.

-Eleni me ha dicho que piensas cenar fuera esta noche -dijo sin preámbulos, y Leanne de inmediato imaginó las rudas facciones de su marido. Parecía que su fuerza reprimida emanaba a través de la línea y ella no pudo evitar estremecerse de temor.

-Sí -respondió muy cortésmente.

-Tengo entendido que con unos amigos.

-Tengo amigos, Dimitri -dijo a secas-. ¿Tanto te sorprende que me apetezca compartir una comida y unas horas con ellos?

-No me sorprende. Invítalos a cenar con nosotros otra noche.

-¿Por qué estás tan seguro de que a mis amigos les apetecerá cenar contigo? -preguntó sin poderlo evitar.

-¿Es una pelea, Leanne? -preguntó él con amabilidad peligrosa, y ella apretó el auricular con más fuerza para dominar su enfado-. Estoy seguro de que tus amigos comprenderán si se lo explicas.

-¿Tratas de decir que mis planes no son importantes? -estaba furiosa y no podía dominarse.

-No trates de jugar -la amonestó en tono suave y ella le correspondió de inmediato

-¿Por qué no lo atiendes tú solo, Dimitri? No comprendo por qué me necesitas... a menos que hayas planeado que lo desarme con mis encantos. ¿El trato depende de que proporciones entretenimiento femenino? -calló para disponerse a dar un zarpazo mortal-. ¿Solía Shanna hacer ese papel?

Más que oír, presintió las maldiciones de él, porque su voz fue apenas audible.

-Te agradecería que pospusieras tu compromiso.

Era una suerte que no estuviera en la misma habitación, porque ella sabía que de lo contrario él se vengaría y demostraría el hecho de que era una tontería contrariarlo. La distancia que los separaba le dio ánimos para contestar:

-Lo pensaré.

-¿Serías lo bastante considerada como para avisarme cuando hayas tomado una decisión?

Él estaba enfadado, más bien furioso, se dijo Leanne. Y ella estaba en manos de algún tipo de locura temporal.

-Me espera una clienta -le informó, y era verdad. Tenía citas una después de otra durante todo el día-. Y es difícil hacer llamadas personales -con suavidad colgó el auricular y sintió una mezcla de temor y emoción que le duró toda la tarde.

A las cinco llamó a Eleni y le dijo que llegaría a casa una hora más tarde; acababan de dar las seis cuando el Mercedes se detuvo en el garaje.

La euforia de Leanne había desaparecido, y en su ugar se le formó un nudo de temor antes de entrar en a casa y subir la escalera.

Dios mío, ¿en qué había estado pensando? Desafiar.o así había sido una completa locura.

La alcoba estaba vacía y ella soltó el aire que sin larse cuenta había contenido, pero volvió a contenerlo al oír que los grifos de la ducha estaban abiertos en el baño contiguo.

No hubo tiempo para titubear, de modo que caminó hacia el armario. Con dedos temblorosos se quitó la ropa y se puso una bata de seda, sacó ropa interior limpia y unas medias y arrojó todo sobre la cama.

Estaba a punto de regresar al armario para elegir algo adecuado que ponerse cuando Dimitri salió del baño, con una toalla en torno a la cintura.

Los ojos de Leanne volaron a los de él, y su estómago dio un vuelco debido a la dureza implacable que vio en esas profundidades oscuras.

-Me iré dentro de treinta minutos. Contigo o solo -declaró duramente mientras caminaba por la habitación para sacar ropa interior y calcetines de un cajón.

Leanne desvió la mirada cuando él aflojó la toalla y la dejó caer al suelo, y ella se llevó la imagen mental del musculoso cuerpo masculino mientras huía al baño.

Estuvo lista justo a tiempo; llevaba un vestido de brocado de seda verde, zapatos del mismo color y un colgante pequeño de esmeraldas en el cuello. Se habíadejado el pelo suelto porque le era más fácil cepillárse lo que hacerse un moño. Se fue poniendo los pendientes mientras bajaba la escalera para reunirse con Dimitri.

Guardó silencio dentro del coche y odió la brecha helada que parecía ensancharse entre los dos a cada kilómetro que recorrían.

-¿Declaramos una tregua? -preguntó Dimitri con una calma mortal minutos después, y ella se volvió hacia él.

Él se dignó a mirarla cuando el tráfico se hizo lento, pero de inmediato fijó la vista al frente.

Minutos después, condujo el vehiculo a un hotel de la ciudad, pidió que le aparcaran el vehiculo y regresó al lado de Leanne para entrar en el restaurante.

-Su invitado ya ha llegado -le informó el maitre mientras los conducía a su mesa.

Un hombre alto y muy atractivo se puso de pie cuando Dimitri hizo las presentaciones antes de ayudar a Leanne a sentarse.

León André murmuró algo en francés antes de reír suavemente porque vio que ella se había ruborizado.

-Por lo visto comprendes -sonrió sin mostrarse arrepentido por el atrevido cumplido y sus ojos brillaron de diversión mientras la recorría con la mirada-. Si fueras mi mujer no te dejaría languidecer sola en casa.

Él era agradable y tenía un cierto parecido con Dimitri. Era evidente que eran amigos desde hacía muchos años y era fácil adivinar por qué.

-¿No estás casado? -preguntó Leanne cortésmente, y vio que él sonreía con tristeza.

-Lo estuve, hace varios años, cuando era lo bastante joven para creer que podía conquistar todo lo que veía. Desafortunadamente, por

hacerlo, descuidé mucho a la única persona que era más importante para mí que todos los negocios favorables. Estaba ciego y no veía lo que sucedía, de modo que ella me dejó.

-Lo siento -dijo ella con sinceridad.

-Te creo -murmuró León, y miró a Dimitri-. Ten cuidado, amigo mío -le advirtió con premeditada ambigüedad.

-Valoro lo que tengo -declaró Dimitri con énfasis, y el otro hombre rió.

-En efecto, creo que lo haces -miró a Leanne y le ofreció una sonrisa pensativa-. Permitiré que tú elijas el vino.

-Ah, no -rechazó Leanne, esbozando una sonrisa-. No vas a hacerme cargar con esa responsabilidad. Es posible que no te agrade lo que yo elija.

-Sorpréndeme.

Ella observó a Dimitri y la expresión de él no le dio ninguna pista.

-¿Un Chardonnay Pinot? -sugirió, sus ojos se abrieron un poco más cuando León pidió ese vino importado.

-Dime... -comenzó León con encanto indolente-. ¿Cuánto hace que conoces a este adversario mío?

-Diez años -reveló sin titubear.

-Ah -León suspiró-. Eras demasiado joven para caer rendida a sus pies, de modo que él se ausentó y permitió que maduraras.

-Los personajes son los correctos, pero el libreto es el equivocado -la boca de Leanne se movió

con una sonrisa contagiosa-. Yo me ausenté y maduré.

-¿No te persiguió?

El camarero de los vinos apareció, mostró la botella y, ante la aprobación de León, procedió a abrirla. -No lo hizo hasta hace poco -Leanne levantó su copa y le dio un sorbo.

-¿Pedimos la cena? -preguntó Dimitri con una calma imperturbable. Cada plato fue una obra de arte de sabor y deliciosa, presentación. Leanne no recordaba haberse divertido tanto en mucho tiempo. Quizá fueron el vino y la conversación ligera y amena que León propició, pero ella quedó atrapada en un coqueteo ligero. Sus ojos brillaron de diversión y su boca curvó con su risa.

-Creí que sería una cena de negocios -dijo ella cuando el camarero les sirvió el café.

-Los negocios se realizaron esta tarde -le informó León. sonriendo de manera perezosa-. Esta noche es sólo un asunto social. Dimitri y yo nos conocemos desde que éramos estudiantes. Yo quería conocer a la mujer que había logrado ponerlo de rodillas -sus facciones se suavizaron de manera marcada y en su sonrisa no había señales de

cinismo-. Su elección es estimable. Eres encantadora.

Ella esbozó una sonrisa y León ahogó la risa grave que emergía de su pecho.

León se bebió lo que quedaba de café en su taza, consultó su reloj y llamó al camarero para que le trajera la cuenta.

-¿Vamos al cabaret del piso superior?

-¿Leanne? -la voz de Dimitri fue casi un murmullo, y ella no pudo adivinar nada en la expresión de su marido.

Apenas eran las diez y ella no se sentía cansada. -¿Quizá durante una hora?

-¿Por qué no hasta medianoche? -preguntó León-. Así podrás escapar antes de que el Jaguar de Dimitri se convierta en calabaza.

Había gente agradable en el cabaret, la orquesta era excelente y Leanne pensó que hacia mucho que no se sentía tan animada.

-¿Te gustaría bailar?

-¿Contigo? -llevaban sentados más de diez minutos y el ritmo de la música los envolvía.

-Por supuesto que contigo -León rió suavemente. -¿Dimitri? -tuvo que preguntarle, y la aceptación de él pareció levemente divertida.

León era muy ligero de pies para ser tan alto y se movía con facilidad.

-No bailo muy bien -se disculpó Leanne, y él le sonrió.

-¿No frecuentas este tipo de lugar?

-Casi nunca -aceptó-. Prefiero el cine, el teatro y el ballet.

-¿O te quedas en casa y ves la televisión o lees un buen libro? Dimitri es un hombre con suerte -comentó, al ver que ella asentía.

-Quizá debamos volver a la mesa -dijo Leanne porque en su desesperación no supo qué otra cosa decir.

La orquesta se tomo otro pequeño descanso, y cuando volvieron a tocar, Dimitri le ciñó la mano y la condujo a la pista de baile.

Bailar con León fue divertido, pero con Dimitri se ponía de manifiesto la atracción que los unía, y Leanne no protestó cuando él la abrazó más fuerte. Fue muy fácil levantar los brazos y derretirse junto a él mientras seguían la música.

Ahí era donde ella quería estar, y se sintió abandonada cuando él le bajó los brazos y la condujo de regreso a la mesa.

León estaba concentrado en una conversación con una atractiva pelirroja. La presentó y no se mostró sorprendido cuando Dimitri declaró que ya se iban.

-Au revoir, Leanne -le dijo León amablemente-. Te veré la próxima vez que venga.

-Ven a cenar a casa -la invitación se le deslizó de los labios y él

sonrió.

-Gracias -se volvió hacia Dimitri-. Cuídala muy bien.

-No dudes de que lo haré.

En el coche, ella permaneció callada y se reclinó en el respaldo cuando el vehículo emprendió camino hacia Toorak.

-¿Una copa antes de dormir? -preguntó Dimitri después de entrar en la casa, y Leanne la rechazó.

Quería decirle lo mucho que había disfrutado de la velada, pero no se animó a revelar que le había gustado estar en compañía de otro hombre. Además, en los ojos de Dimitri había cierto recelo que ella no comprendió.

-¿Se han decepcionado tus amigos porque has tenido que cambiar de planes?

Su tono suave parecía entrañar una amenaza, pero Leanne levantó la cabeza un poco para mirarlo de frente, decidida y sin temor.

-No tenía ningún compromiso previo para esta noche -le informó con calma fingida-. Me molestó tu altivez y no quise hacer el papel de la esclava sumisa que obedece todas tus órdenes.

-¿A manera de desafío? -sus ojos se endurecieron un momento y su boca esbozó una sonrisa burlona.

Ella lo observó detenidamente y se negó a que la intimidara.

-Sí.

Él dio unos pasos hacia delante hasta quedar a una distancia desde donde podía tocarla, y ella dominó el deseo de volverse y correr escaleras arriba.

-¿No te asustó pensar que ese tipo de comportamiento podría enfadarme? -preguntó con una suavidad peligrosa, y ella levantó un poco la barbilla.

-En aquel momento, no.

-¿Y ahora? -los labios de Dimitri se curvaron un poco cuando levantó una mano al pelo de ella para acomodar unos mechones detrás de su oreja.

Desvalida, ella se encogió de hombros y no pudo evitar que su cuerpo traicionero se acercara al de él. Era como si algún poder celestial hubiera predestinado que fueran dos mitades de un entero y un magnetismo poderoso insistiera en juntarlos.

-¿De qué me servirá luchar contra ti?

Él notó el gesto de cautela en la boca femenina y la decisión aparente en los bellos ojos azules.

-Sin embargo, eso te gustaría hacer.

-Tiendes a causarme ese efecto.

Él sonrió.

-¿Alguna vez has intentado analizar el motivo?

-Lo hice hace cuatro años -la franqueza innata en ella le dio el valor para decirlo con tristeza. Se obligó a sostenerle la mirada, pero no pudo evitar que sus labios temblaran un poco. Abrió mas los ojos cuando el levanto una mano y le delineo el labio inferior conel pulgar.

Ella permaneció inmóvil cuando él bajó la cabeza, y cerró los ojos cuando la boca masculina tocó la de ella.

Los labios de Dimitri eran firmes y cálidos, y la acariciaron con una habilidad tan sensual que el corazón comenzó a latirle aceleradamente. Leanne quedó perdida, fue una presa fácil para sus propias emociones traicioneras mientras él profundizaba el beso, la abrazaba con más fuerza y ella notaba la excitación masculina.

Minutos después, él alejó la boca y con un movimiento fácil pasó un brazo debajo de las rodillas de ella y la subió escaleras arriba.

«No me importa», se dijo Leanne como en una bruma. «En este momento, sólo quiero que me posea y compartir algo tan especial y mágico que trasciende cualquier pensamiento racional».

En el alcoba, la ropa les estorbó y se la quitaron deprisa; había deseo en la pasión de él, algo urgente que no toleraría las caricias preliminares y lentas. Había una necesidad inmediata y ella se regocijó con el saqueo erótico, aferrada a él en un abandono ensoñador mientras Dimitri la hacía estremecerse de placer.

Bastante después, ella sintió que los labios de él le rozaban la curva de un hombro antes de deslizarlos hacia un seno para acariciárselo con lenta sensualidad. Ella le rodeó el cuello, lo abrazó fuerte mientras él iniciaba la unión de nuevo con mucha ternura. Leanne termino sintiéndose cálida y muy querida.

«Querida no», protestó una voz interior cuando ella conciliaba el sueño. «Eso significa amor, y Dimitri sólo te desea físicamente, aunque de manera agradable y sana».

Capítulo 10

LEANNE entró en la clínica de belleza el sábado temprano con un vago sentimiento de tristeza. Ése sería el último día de trabajo temporal porque habían conseguido una sustituta que comenzaría el lunes.

En cierto modo se sentía triste porque realmente disfrutaba del trabajo en la clínica, el contacto con las clientas y el placer que le causaba cuando quedaban satisfechas. Eso le hizo pensar en lo mucho que echaba de menos su propia clínica en la Costa Dorada. Eso, a pesar de que Melbourne siempre sería su hogar.

-Tienes citas todo el día -le informó la recepcionista con una sonrisa triste cuando Leanne se detuvo para ver qué compromisos tenía.

La letra era clara y el corazón de Leanne dio un vuelco al ver que Shanna había pedido otra sesión de aromaterapia, bien entrada la mañana.

No era probable que la modelo valorara la terapia de Leanne hasta el punto de tener el impulso de pedir otra cita pocos días después de la anterior. Eso significaba que Shanna debía de tener un motivo oculto. Y no cabía la menor duda de que ese motivo se centraba en Dimitri.

Al consultar el reloj, unas horas más tarde, Leanne se preguntó si esa mujer vendría a burlarse de ella otra vez. Shanna llevaba un retraso de diez minutos. ¿Era na táctica premeditada para desequilibrarla?

«Maldición», se amonestó Leanne en silencio. Traindose de Shanna, era un hecho que ella se convertía en una paranoica.

-Leanne. La señorita Delahunty ya ha llegado.

Le dio las gracias a la recepcionista y caminó con decisión al vestíbulo.

-Shanna. ¿Cómo estás? -saludó amablemente.

La modelo le lanzó una sonrisa estudiada mientras ravesaba la clínica para llegar al salón de tratamien

Con mucho cuidado, Leanne inició el trabajo; estaba agradecida de que la otra pareciera no querer conversar.

Pero su gratitud duró poco tiempo, porque el terminar la sesión, Shanna la detuvo del brazo. -¿Me harías un favor?

-Si puedo -respondió con cautela y buenos modales. Notó el brillo de satisfacción en los ojos oscuros de la modelo.

-Se trata de un asunto bastante delicado -murmuró Shanna haciendo una mueca. Arqueó una ceja y su expresión se tornó compasiva-. Pensaba enviar a un mensajero especial -declaró-... pero

he cambiado de opinión porque no estoy segura de que la secretaria de Dimitri no vaya a abrir el paquete.

Leanne quiso gritarle que hablara claro; se sentía como un ratoncito acorralado por un gato decidido a prolongar la agonía del inminente ataque.

-Después de pensarlo bien, creo que lo mejor es que te lo dé a ti.

La modelo no se movió para sacar algo de su bolso, y Leanne permaneció de pie muy quieta, sin dejar de sonreír con cortesía. El esfuerzo casi la mató, pero por nada en el mundo permitiría que Shanna se diera cuenta de su congoja.

-Ayer estuve con Dimitri -continuó Shanna, supuestamente dispuesta a dar el zarpazo-. Y calló para causar efecto-... una cosa condujo a la otra. ¿Sabes lo que quiero decir? -terminó con un leve encogimiento de hombros.

Las venas de Leanne parecieron llenarse de hielo y ella se estremeció, consciente, por el brillo de satisfacción en los ojos de Shanna, de que ésta había notado su temblor.

Con una precisión casi teatral, la modelo metió una mano en su bolso y sacó dos llaves.

-Dimitri querrá que se las devuelva.

Leanne las tomó de la mano extendida de Shanna y las metió de inmediato en su bolsillo. Incluso logró sonreír cuando la cita se terminó.

-La gerencia ya ha encontrado una sustituta para la aromaterapia -le informó cortésmente-. Suzanne comenzará el lunes -sin esperar a que Shanna hiciera un comentario, se volvió y salió del salón de terapia.

Poco después, Shanna salió y Leanne verificó las citas en el libro antes de tomarse el descanso para comer. Mordisqueó el sandwich de ensalada de pollo, pero se bebió dos cafés. Sostuvo el vaso entre las dos manos como si el calor que le transmitía el café con leche la calmara.

La revista que había comprado no le interesó mucho, y sólo pasó las páginas, porque no conseguía ver otra cosa que las facciones clásicas de Dimitri y las de Shanna, entremezcladas, lo que le hizo arder de celos.

De alguna manera logró pasar la tarde y se enterneció cuando la gerente le entregó un regalo al final del día.

Se dijo que no deseaba salir a cenar esa noche cuando encendió el motor del Mercedes.

El acontecimiento de esa noche se llevaría a cabo en el salón de baile de un hotel moderno de la ciudad. Toda la gente importante

estaría presente, luciendo sus mejores galas, y ella tendría que fingir una sonrisa en los labios mientras saludaba a los demás invitados, al lado de Dimitri.

«¿Cómo reaccionará él si le digo que estoy cansada y que tengo dolor de cabeza?», se preguntó durante el corto trayecto a casa.

Leanne dio la vuelta en la calle de la casa unos segundos antes que el Jaguar de Dimitri, y después de pasar entre las rejas electrónicas tuvo unas ganas locas de acelerar en el caminito privado para detenerse de pronto con un chirrido de neumáticos. Se dijo que era infantil y decidió no hacerlo.

Condujo el Mercedes con el cuidado acostumbrado y lo metió en el garaje.

Dimitri la esperaba cuando ella llegó a la puerta principal y ella notó que él llevaba una camiseta y un pantalón corto. Él tenía un cuerpo soberbio, todo musculoso y carne muy bronceada. En silencio aceptó que poseía una fuerza sobrecogedora. Con razón Shanna no estaba dispuesta a soltarlo.

-¿Cómo te ha ido hoy?

La pregunta fue acompañada por una sonrisa, y ella le correspondió antes de contestar, dándose ánimos para valerse de su habilidad para actuar.

-Interesante. ¿Y a ti?

Él entornó los ojos porque detectó el matiz de cinismo y la sometió a un escrutinio detenido.

-Cansado -le informó-. Un poco de golf antes de comer y tres juegos de tenis esta tarde.

Entraron juntos al vestíbulo y. Leanne se dirigió hacia la escalera.

-¿A qué hora quieres salir? -de manera automática llevó la mano a la barandilla cuando subió el primer escalón, pero tuvo que detenerse porque los dedos de Dimitri le ciñeron la muñeca.

-¿Qué ha sucedido hoy? -exigió en una voz que sonó engañosamente suave, y ella se volvió para mirarlo. Eso fue un error, porque estaba demasiado cerca para que ella se sintiera cómoda.

-¿Qué te hace pensar que ha sucedido algo? -preguntó a su vez, y toleró el escrutinio de que era objeto.

-Olvidas que puedo adivinar tus pensamientos como si los leyera en un libro abierto.

-¡Eso es inútil, porque yo no tengo ningún secreto! -exclamó en tono burlón.

-¿Insinúas que yo sí los tengo?

Ella le sostuvo la mirada sin parpadear durante unos largos segundos.

-No revelas nada, Dimitri, nada que no quieras que se sepa.

-Explícate, Leanne.

-Suéltame -ordenó en un susurro, y lo odió por ser tan astuto. Ella nunca pudo ocultar sus sentimientos y ella le envidiaba su habilidad para presentar una fachada impenetrable.

-¿Cuándo me dirás qué te tiene molesta?

Los ojos femeninos lanzaron llamaradas azules.

-No eres mi guardián.

-Pero soy tu marido -dijo Dimitri, y con mucha dificultad, ella dominó su mal humor.

-Harías bien en no olvidarlo -respondió con dureza, y vio que la mirada de él se endurecía.

-Te exijo una explicación.

No tenía sentido ocultarle lo sucedido porque sería como golpearle la cabeza contra un muro de ladrillos; inútil y doloroso.

-Los rumores circulan -comenzó después de un momento de silencio-. Shanna concertó una cita para una sesión de aromaterapia a principios de esta semana y la ha repetido esta mañana.

-¿Es eso extraño? -preguntó sin inmutarse.

-La recepcionista me dijo que no es una clienta que frecuente la clínica —cerró los ojos y con lentitud volvió a abrirlos.

-Sigue, Leanne.

-Shanna me pidió que te devolviera algo -era sorprendente que su voz sonara tan tranquila cuando por dentro bullía de furia.

-Sea lo que sea, sugiero que me lo des -dijo suavemente.

Sin decir nada más, Leanne sacó las llaves de su bolso y con solemnidad se las entregó.

-Dijo que había olvidado dártelas ayer -agregó a secas.

-Y, naturalmente, Shanna no te explicó para qué son.

No fue una pregunta, simplemente fue una declaración, y el estómago de Leanne se hizo un nudo por la crueldad en la voz masculina.

-Dime, ¿qué imaginas que abren estas llaves? -volvió a preguntar Dimitri con una calma peligrosa.

Ella no contestó, y los ojos de Dimitri cobraron una intensidad tan despiadada que fue casi aterradora.

-¿Mi apartamento? -preguntó él.

Había un nudo doloroso en la garganta de Leanne que le impidió hablar; abrió los labios, pero los cerró de nuevo y se encogió de hombros. Contuvo el aliento cuando los dedos de Dimitri le ciñeron con fuerza una muñeca.

-¿Qué diablos haces? -gritó Leanne mientras él ejercía la fuerza

suficiente para llevarla al coche.

-Entra -ordenó con brusquedad-. De lo contrario te sentaré en el asiento y te pondré el cinturón de

seguridad.

-Dimitri...

Él apoyó las manos sobre su hombro cuando abrió la puerta del pasajero.

-Está bien -capituló con exasperación, y sus dedos temblaron mientras se abrochaba el cinturón y él cerraba la puerta.

Segundos después, él se acomodó frente al volante y encendió el motor. Se dirigió hacia la verja con un rugido sordo.

Tardaron cinco minutos en llegar al edificio donde estaba el apartamento de él y otros cinco en aparcar el coche y subir en el ascensor hasta la suite en el último piso.

-Toma las llaves -dijo Dimitri con una calma engañosa, y se las ofreció en una mano-. Abre la puerta.

Leanne se lo quedó mirando, notó su decisión inquebrantable y tomó las llaves.

La primera no entró en la cerradura, tampoco la segunda. En vez de eso se disparó la alarma de seguridad, muy fuerte e identificable. No se detuvo hasta que él insertó un disco de plástico con un código y pulsó una serie de números.

El corazón de Leanne latía de manera alocada y le golpeaba las costillas. Casi gritó cuando él la

La puerta se cerró de golpe y ella vio que él se dirigía al teléfono intercomunicador del edificio, descolgó el auricular y pulsó unos números. Se identificó con claridad y le aseguró al hombre de seguridad que no habían tratado de robar.

-Inspecciona el apartamento, Leanne -se volvió y la observó con diversión y frialdad.

-No -se negó: lo odió y se odió. Pero más que nada odió a Shanna por haber sido la causante de esa escena.

-Entonces lo haremos juntos.

Dicho y hecho, la condujo primero a una alcoba, luego a la otra, abrió cajones, puertas de armarios e insistió en que ella los inspeccionara.

No había nada que se pareciera a ropa femenina. Sólo vio ropa masculina y sin duda toda era de Dimitri.

Los ojos comenzaron a dolerle y Leanne parpadeó para disminuir la tensión emocional.

-Cuando quise llevar a una mujer a la cama, nunca la traje aquí -le informó Dimitri de manera inflexible-. Shanna te dio las llaves de un

apartamento alquilado y del aparcamiento subterráneo -calló un instante-. Uno de los muchos apartamentos en un edificio de una compañía subsidiaria de la empresa Kostakidas -la observó con dureza y de manera implacable-. ¿Quieres que llame a mi secretaria para que te lo confirme?

-No -logró contestar, temblorosa y moviendo la cabeza. Parecía no poder despegar los ojos de los de él.

No se dio cuenta del transcurso del tiempo, pudieron haber sido sólo segundos o minutos, antes de que agregara en un susurro:

-Llegué a la conclusión equivocada.

Dimitri se acercó más y colocó un pulgar y un indice debajo de la barbilla femenina para levantarla y obligar a Leanne a mirarlo.

-No dudo de que esa fue la intención de Shanna.

Leanne se sentía nerviosa porque no estaba segura de saber en qué estado de ánimo estaba Dimitri, y sin darse cuenta, se humedeció la curva del labio inferior con la lengua.

-¿Crees que yo tendría una amante después de casarme? -preguntó él.

-En circunstancias normales... no --contestó con franqueza, y notó que él esbozaba una sonrisa.

-¿Nuestra relación no es normal?

Lo triste del asunto era que ella ignoraba si él compartía el éxtasis sobrecogedor que ella experimentaba en brazos de él.

-¿Te es difícil tolerar los términos de nuestro matrimonio?

¿Cómo contestar? «Con mucha cautela», le aconsejó una voz interior. «O mejor, no contestes».

-Si no nos vamos pronto llegaremos tarde -le recordó, y él sonrió con burla.

-¿Te sales por la tangente, Leanne?

-Quizá -se encogió de hombros y se obligó a sonreír. Sabía que no deseaba hablar de ese asunto en ese momento. Quizá nunca. Pero ésa era una idea falsa, porque tarde o temprano ella no tendría elección.

Lo miró con cautela y vio la fuerza en la profundidad de esos ojos oscuros, la sensualidad que reflejaban, y se preguntó cómo podría vivir sin él.

Él levantó una mano para deslizar los dedos por una mejilla femenina, y los labios de Leanne se estremecieron cuando él bajó la cabeza hacia la de ella.

La boca de Dimitri buscaba una posesión que era descaradamente seductora, y cualquier protesta que ella hubiera podido hacer murió debajo de la habilidad del contacto masculino mientras Dimitri profundizaba el beso. Sin darse cuenta, Leanne levantó los brazos para

rodearle el cuello y arqueó el cuerpo a manera de

invitación silenciosa. Correspondía a la pasión de él.

Dimitri deslizó las manos por la espalda de Leanne y ésta contuvo el aliento mientras él la levantaba hacia él.

Pareció una eternidad antes de que él la soltara despacio hacia el suelo. La boca de Dimitri se volvió más tierna e incitante mientras saboreaba la Ilenura del labio inferior de ella. Libó su dulzura unos segundos antes de deslizar la boca hacia la sien.

-Supongo que debemos asistir a la función de ballet -comentó Dimitri con voz ronca, y ella respiró profundamente para recobrar el equilibrio.

-Krissie Van Hahme se decepcionaría si no vamos.

-Podría compensar su decepción con un donativo importante -sugirió, y sonrió al ver que ella movía la cabeza-. ¿No?

-A Paige le encantaba el ballet y creo que nunca faltó a una representación de gala -respondió Leanne con añoranza.

-Y te agradaría que fuéramos.

No negó esa declaración, y sin decir nada más él le ciñó una mano y la condujo hacia el coche para regresar a casa.

Dos horas más tarde estaban sentados en el auditorio viendo la primera escena de Cascanueces. La bella música sonaba clara debido a la buena dirección y acústica, y Leanne estaba encantada con la excelente coreografía, la belleza, color y diseño del escenario.

Era una noche mágica, y era especial porque Leanne sabía cómo terminaría. Tuvo una sensación de alegría por lo que sucedería al sentir que él entrelazaba los dedos en los de ella y no le soltaba la mano. De vez en cuando, él le acariciaba la muñeca con el pulgar y sonreía con tanta calidez que llegaba hasta el fondo del alma de Leanne.

Por acuerdo tácito, decidieron no entretenerse y rechazaron con cortesía la invitación de Krissie para que fueran a tomar café con un grupo selecto de invitados.

-Será en otra ocasión -prometió Dimitri, y la dama de sociedad le ofreció una sonrisa generosa a Leanne.

-Yo tampoco querría desperdiciar un momento si tuviera un hombre atractivo como el tuyo que me acompañara a casa.

Él rió; fue un sonido ronco, y eso hizo brillar los ojos de Krissie antes de que se inclinara para darle un beso afectuoso en la mejilla a Leanne.

-Escápate. querida.

No hubo necesidad de hablar mientras el Jaguar se desplazaba entre el tráfico de la noche, y pareció transcurrir poco tiempo antes de

que el elegante vehículo se detuviera frente a la entrada principal de la mansión en Toorak.

Dentro, subieron la escalera, y al llegar al dormitorio, Leanne se soltó el pelo y entrelazó los dedos con él antes de quitarse los zapatos.

Dimitri estaba en el proceso de quitarse la camisa y ella lo observó un buen rato.

Dimitri levantó la cabeza, como si hubiera presentido que ella lo observaba, y sus ojos somnolientos se posaron en los de ella.

Ella quedó transfigurada cuando él comenzó a acercarse y se estremeció levemente cuando la abrazó.

-Ha sido una velada maravillosa -dijo ella con sinceridad, y los labios de Dimitri se curvaron para formar una sonrisa cálida.

-Aún no ha terminado -prometió suavemente al mismo tiempo que bajaba la cabeza. Ella casi gritó al ver la profundidad de la emoción en él cuando apoyó su boca sobre la de ella para darle un beso que le debilitó las rodillas y le tornó maleable el cuerpo.

Su vestido cayó sobre la alfombra. Lo siguió la ropa interior, antes de que él la acostara sobre la cama.

Se amaron con lentitud y ternura, y fue casi una sublimación de todos los sentidos, porque buscaron darle al otro la más completa satisfacción erótica.

Después, se quedaron dormidos, abrazados, y en la madrugada volvieron a amarse. Se levantaron y bañaron antes de conducir a Geelong para comer en el campo.

Llegaron a casa bien entrada la tarde y Leanne salió

del coche y se volvió hacia su marido.

-¿Sabes qué tengo ganas de hacer?

-¿Debo preguntar? --preguntó Dimitri, pensativo. -¿Qué me dices si propongo que cenemos fuera

esta noche?

-¿Eso es? -inclinó una ceja para fingir diversión y sorpresa.

-¿No me preguntarás dónde?

-Está bien. ¿Dónde? -rodeó el coche por delante y le ciñó la mano.

-Un restaurante que conozco -declaró, mirándolo con malicia cuando comenzaron a caminar hacia la casa-. La especialidad del chef es carne asada, ensalada griega, pan fresco y fruta fresca con queso.

-¿Debemos llamar para reservar mesa? -preguntó él, siguiéndole el juego.

-No aceptan reservas -declaró Leanne cuando entraron en el vestíbulo por la entrada principal.

-Deja que adivine -comentó indolentemente-. Planeas asar la carne aquí en la terraza. ¿Quién co-inará?

-Tú. Yo organizo la ensalada, el pan y el queso.

-Hecho -aceptó él, y sus labios esbozaron una ;omisa-. Ve a mirar qué hay en la cocina mientras yo ioy a ver si hay mensajes.

Inspeccionó el gran frigorífico, sacó la carne y los ingredientes para la ensalada. Estaba sacando una hogaza -Eloise ha congelador la Costa entró Dorada la Dimitri-. Dice que es urgente.

Cerró la puerta del congelador y con la frente fruncida se volvió hacia él.

-Eloise trabaja en la clínica. ¿Para qué diablos querría hablar conmigo en domingo?

-Quizá debas llamar para averiguarlo.

-Tendré que ir por mi agenda, porque no me sé de memoria su número -contestó con los ojos sombríos y expresión pensativa.

-Yo voy preparando las cosas aquí mientras tú haces la llamada -dijo Dimitri, y ella le dio las gracias antes de subir a la alcoba.

Quince minutos después, ella regresó a la cocina y le dijo a Dimitri que la chica a la que había dejado encargada de la clínica había tenido un accidente y estaba en el hospital. Otra empleada iba con ella y también había resultado herida.

-Tengo que regresar -declaró, y notó que él la miraba con detenimiento.

-¿No puedes delegar responsabilidades?

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-Faltan dos empleadas en la clínica. Tendré que entrevistar a las solicitantes y elegir a alguien que pueda dirigir el negocio -lo miró y con los ojos le rogó que comprendiera-. Es un buen negocio y no puedo permitir que se hunda. Se lo debo a las empleadas y a la clientela.

-¿Cuánto tiempo crees que estarás allí?

-Por lo menos, una semana. Quizá más tiempo -dijo, encogiéndose de hombros.

-¿Quieres que te reserve billete?

-Por favor -estaba agradecida, pero al recordarlo se mordió el labio-. Alquilé mi apartamento, de ido que necesitaré un sitio dónde alojarme. -Vamos al despacho para hacer todo lo necesario una vez. Luego comeremos.

Tomo el primer vuelo de la mañana a Coolangatta, tomó un taxi al hotel y luego otro a la clínica.

La Costa Dorada era un paraíso tropical, conocido por sus playas, ríos costeros y numerosas casas lujosas.

El aire estaba fresco y limpio, sin contaminación, y Leanne respiró profundamente, consciente de haber echado de menos el modo de

vida formal y más lento, tan diferente del ajetreo de la gran ciudad.

Dedicó el lunes a hacer llamadas por teléfono, se puso en contacto con agencias de colocaciones y trató de mantener contentas a sus dientas. Tal como prometió, llamó a Dimitri al regresar al hotel, y después de cenar se puso en contacto con algunas amigas cercanas. Luego se dio una ducha y cayó en la cama para no despertar hasta la mañana siguiente.

El martes fue casi una repetición del día anterior, con excepción de que entrevistó a una docena de posibles empleadas para valorar sus calificaciones, habilidad y apariencia.

Debería haber sido fácil, pero era consciente de que era muy importante para las empleadas de antes llevarse bien con las que ella contratara. Si alguien tenía un problema personal con otra empleada se creaba tensión y a menudo la clientela se daba cuenta de ello.

Para ser escrupulosamente justa, le dio un periodo de prueba a cada solicitante adecuada, y todos los días, antes de cerrar la clínica, se reunía con el personal de antes.

Para el fin de semana había contratado a dos empleadas; una que comenzaría de inmediato y otra que llegaría el jueves. Seguía indecisa en cuanto a quién pondría de gerente. Colecte seria ideal, pero el problema era de que pedía más sueldo y una parte pequeña de las ganancias.

-¿Qué me dices? -le preguntó por teléfono a Dimitri.

-¿Por qué titubeas? Dices que ella es muy capaz. Parte de las ganancias es un incentivo para que el negocio siga prosperando sin tropiezos. Dale el puesto -murmuró. Y regresa a casa.

«Regresa a casa». Sonaba bien. Definitivamente era el sitio donde ella deseaba estar, porque aunque fue emocionante ver a sus pocas amistades, no le agradaba meterse en una habitación vacía de hotel al final del día. Además, odiaba las largas noches solitarias.

Llamó a Colecte, pidió que se redactara un contrato y aceptó citas para el viernes y el sábado de algunas de sus dientas personales.

El domingo se levantó temprano y fue a la playa para nadar un poco: luego desayunó en uno de los muchos cafés a lo largo de la esplanada. Regresó al hotel para bañarse y cambiarse de ropa antes de ir por su coche y dirigirse a Sanctuary Cove para explorar las muchas tiendas a lo largo de la costa.

Fue un día sin preocupaciones, y eran casi las cinco cuando llegó al hotel y subió a su piso en el ascensor.

Se sentía muy inquieta, estudió la carta del servicio de restaurante en la habitación, descolgó el teléfono y pidió su cena, que le llevarían a las seis. Luego se desnudó, se metió en la ducha y disfrutó del agua

más tiempo de lo necesario. Se lavó el pelo con champú y se aplicó acondicionador.

No tenía sentido vestirse, de modo que se puso un albornoz antes de encender la televisión.

Acababa de terminar de cenar cuando oyó una llamada urgente en la puerta. Dominó un sentimiento de temor mientras cruzaba la habitación para abrir.

Capítulo 11

¡DIMITRI! -la sorpresa de Leanne fue auténtica, porque él era la última persona a la que esperaba ver.

Sus ojos observaron el cuerpo fuerte con un poco de deseo, pero bajó las pestañas a manera de velo protector. Más que nada deseaba correr a sus brazos para sentir su calidez y entregarse a la magia que él despertaba en ella cuando la besaba.

Pero se sintió vagamente indecisa, temerosa de que si permitía liberar sus sentimientos estaría divulgando demasiado.

-¿No me das un beso de bienvenida? -preguntó él, divertido, y ella sonrió con los párpados bien abiertos e inocentes al dar un paso adelante.

-Por supuesto. ¿Cómo estás?

-¿Piensas mostrarte sólo cortés? -sus ojos brillaron de burla al ceñirle los hombros.

Ella quiso gritar ante la voz tentadora, pero las palabras no salieron de su garganta y se llenó de un conocido sentimiento de desvalimiento cuando él la abrazó.

Por instinto levantó el rostro al de él, y su boca fue suave y generosa cuando él la besó con tanto deseo primitivo que poco faltó para que sus emociones quedaran hechas jirones.

Sin embargo, había algo de regocijo en el control de él, y ella coqueteó con la lengua masculina tentadora y aceptó la exploración que ésta le hacía antes de imitarlo.

Pareció una eternidad hasta que la boca de él se suavizó y ella sintió que el cuerpo masculino se estremecía mientras Dimitri bajaba las manos por su espalda para dejarlas descansar, de manera posesiva, en la curva de su trasero.

Él le rozó los labios con los suyos, con sensualidad se los acarició al sentir que se estremecía, y ella oyó su gemido ronco mientras él bajaba la boca por la curva sensible de su cuello para saborear el pulso que latía locamente antes de seguir bajando por el escote del albornoz.

Los senos de Leanne se endurecieron, incitados por el deseo de que él la tocara, y no protestó cuando él se dirigió al cinturón para desatarlo y luego le quitó el albornoz de los hombros.

Los ojos de Dimitri estaban sombríos mientras observaba las delicadas curvas, y ella se tambaleó un poco cuando él levantó una mano para delinear la forma de un seno antes de hacer lo mismo con el otro.

-Eres muy bella -murmuró él al deslizar la mano a su cintura, al

ombligo y más abajo-. Muy dulce, cálida y generosa -agregó, ronco-. Te he echado mucho de menos.

El sentimiento era mutuo, pero ella no pudo decirlo. En vez de eso subió las manos a la chaqueta de él para quitársela de los hombros, y luego le quitó la corbata. Sus dedos se deslizaron a la camisa, y la desabrochó antes de tirar de ella para quitársela. Luego, extendió la mano hacia la hebilla del cinturón y la desabrochó antes de descorrer la cremallera del pantalón.

Él se mantuvo callado y quieto y cuando ella titu

beó, él le cubrió las manos con las propias para que no las moviera.

-No te detengas.

Ella lo miró con cuidado, con los ojos abiertos y levemente luminosos, insegura de poseer el valor necesario para continuar. Se le hizo un nudo en la garganta y tragó en seco.

-Ayúdame --rogó en un susurro, sin poder despegar los ojos de los de él.

La columna femenina se estremeció cuando el levantó una mano para moldearle una mejilla y acariciársela con el pulgar.

-Ya has llegado hasta aquí, ¿por qué no continúas?

La punta de la lengua de Leanne emergió y se deslizó nerviosamente por su labio inferior. Los ojos de él brillaron al ver el movimiento y ella contuvo el aliento, sin poder expeler el aire durante unos largos segundos mientras seguía prisionera en la oscuridad de la mirada masculina.

Despacio se puso de rodillas, sobre la alfombra, y con mucho cuidado desató los cordones de los zapatos, le quitó uno y luego el otro, después le siguieron los calcetines.

Luego tiró de su pantalón para quitárselo poco antes de acariciar la prenda negra que ebullia de excitación. Sus dedos se deslizaron debajo del dobladillo de la prenda para bajarla despacio por los muslos musculosos, que se flexionaron y tensaron con el menor roce.

Había una belleza tremenda en la excitación masculina; era una fuerza viril sobrecogedora, y el deseo de explorar los delicados contornos fue difícil de ignoras.

Su contacto fue suave y leve como el roce del ala de una mariposa, mientras deslizaba la yema de un deo a lo largo de la piel, antes de bajarla al nido de vello izado donde los muslos poderosos se unían.

Con fascinación, ella delineó la forma del vello donle subía por el vientre plano; luego levantó la otra nano y completó la exploración antes de inclinarse 'acia adelante para darle un beso fugaz y ligero al niembro masculino.

El deseo de saborearlo, tal como él lo había hecho ion frecuencia con ella, le fue quitando sus inhibiciones, y él gruñó a manera de aprobación mientras ella eguía el dictado de sus instintos. Lo hizo con tanta uavidad que él no tardó en gemir fuerte al levantarla le manera que ella quedara a horcajadas en su cintura

el pudiera enterrar la cabeza entre los dos senos.

Ella gritó cuando el comenzó a acariciarle un pezón ndurecido con la boca hasta que le rogó que se deuviera.

-Abrázame el cuello -le pidió moviéndose un poco, y ella lo obedeció. Abrió los ojos al darse cuenta le que él la penetraba con un solo movimiento antes le sostenerle la cadera mientras comenzaba un movimiento que la hizo contener el aliento por la sensación ue él causaba en ella.

Dimitri la besó, con ternura primero, luego con anta exigencia pasional que ella no tomó conciencia de ada más que el torbellino sensual y profundo al cual t llevaba.

En algún momento ella comenzó a emerger, y al acerlo descubrió que yacía en la cama, saciada y somolienta después del acto de amor.

A Leanne le fue fácil cerrar los ojos y permitir que sus pensamientos se remontaran a los recuerdos que tenia de Paige y Yanis y la razón de su extraño matrimonio.

El amor que le profería a ese hombre aue vacía

descansando y dormido a su lado era primitivo y arrasador. ¿Iba el compromiso emocional de él más allá de la conveniencia de tener a una compañera dispuesta en la cama? Peor aún, ¿se cansaría él de ella pasado un tiempo?

No pudo dormirse y finalmente dejó de contar cada cambio digital en los números del reloj sobre la mesilla de noche con la esperanza de que eso la ayudaría a escapar del estado consciente.

Se levantó con cuidado y, descalza, caminó a la ventana distante, donde las cortinas, levemente abiertas, dejaban pasar un haz de luz de luna que proporcionaba una iluminación fantasmagórica.

Con cuidado descorrió parte de la pesada tela de la cortina y miró el océano oscuro, cuya superficie lisa tenía un brillo plateado bajo el brillo de la luna.

La vista era impresionante; veía el lago de arena, las olas suaves con sus crestas espumosas, que esa noche parecían inofensivas. Éstas podían crecer desmesuradamente para romper de manera peligrosa en la playa.

En cierto modo, había un paralelismo con los sentimientos que ella tenía por Dimitri. Ternura y dulce violencia. Posesión que rayaba en la obsesión.

Había luces a lo largo de la playa, un sendero de hadas que parecía salir del mar para seguir por la carretera hasta la punta norte de La Nueva Gales del Sur.

Oyó un leve movimiento a su espalda y se tensó un poco cuando sintió que le ceñían la cintura y la apoyaban contra un cuerpo cálido y musculoso.

-¿No puedes dormir? -preguntó Dimitri en un susurro, y ella sintió que el aliento de él le movía el pelo porque se había inclinado para colocar la boca sobre el pulso que latía en un lado de su cuello.

No tuvo confianza para hablar porque una espiral de sensaciones se desató dentro de ella y comenzó a nvadirle todo el cuerpo. Activó cada terminal nervioa, cada célula, hasta que cobró una vivacidad dolo

-Dimitri...

-Ven a la cama -susurró él, y ella se alejó de él porque él le mordisqueó los huecos en la base del cuello.

Desesperada, ella gimió en silencio; odiaba cómo su cuerpo reaccionaba a las caricias peligrosas de él antes de la unión. Bastaba con que él la tocara para que ella se incendiara.

Él bajó las manos a los hombros de ella para volverla hacia él, y ella no pudo evitar que él le escudriñara el rostro, después de alzarle la barbilla.

Sus ojos estaban oscuros y lánguidos a la luz de la luna, y su boca era una curva sensual que descendió con lentitud para capturar la de ella. Entreabrió los labios para seguir protestando, pero no emitió ninguna palabra mientras él la besaba; ella tuvo que corresponderle.

Se equilibró apoyando las manos en el pecho masculino cuando él alejó la boca y no pudo dominar el suspiro en el momento en que él volvió a abrazarla contra la fuerza de su excitación.

-No... -rogó-. Por favor -él se detuvo y ella se estremeció un poco mientras una mano de él se deslizaba hacia la nuca de ella-. Tenemos que hablar.

Era difícil saber en qué estado de ánimo estaba él, pero ella no se detuvo, porque sabía que si no continuaba en ese momento quizá nunca más hallarla el valor para hablar.

-Nuestro matrimonio -logró decir por fin, y cada palabra fue más dolorosa que la anterior-... fue un arreglo al cual nos vimos obligados, y estoy segura que tú lo quisiste menos que yo.

Él estaba tan quieto que, de no estar deteniéndola como prisionera, ella casi habría pensado que la situación era producto de su imaginación.

-Recuerdo muy bien que el matrimonio fue sugerencia mía -dijo en una voz suave y engañosa-. Seguramente recuerdas que fui especialmente insistente.

-Todos saben por qué lo hiciste... -el la interrumpió.

-¿Quién lo sabe?

Guardó silencio y recordó cada una de las pullas que la habían herido.

-No me has contestado -insistió, y ella se encogió de hombros.

-Decir nombres no servirá para nada.

-Entonces, dime qué se dijo -ordenó, y ella tragó en seco para desalojar el nudo que se le había formado en la garganta.

-Eres un hombre muy astuto, Dimitri -aceptó-. Estoy segura de que podrás adivinarlo.

Él calló unos segundos, con los ojos oscuros y vagamente analíticos, mientras observaba las señas visibles de la congoja de ella.

-¿Es conveniente mantener una tajada importante de la fortuna de Yanis «dentro de la familia»? -preguntó con una calma engañosa.

-Varios de los llamados amigos me dijeron que ése fue tu objeto principal -respondió con tono de tristeza.

-Son amistades sociales que seguramente no tienen nada mejor que hacer que inventar chismes y transmitirlos con insinuaciones -sus ojos se endurecieron un poco.

-Quizá -respiró profundamente y soltó el aire con lentitud-. De cualquier manera, existe la base en la que sustentan sus insinuaciones, ya que de no ser por la enfermedad de Paige nunca habrías pensado en casarte conmigo.

-¿Estás segura de eso? -la observó con detenimiento y ella le sostuvo la mirada sin inmutarse.

-Pudiste haber conseguido a cualquier mujer que hubieras querido.

-¿Te parece inconcebible que yo pudiera quererte a ti? -preguntó con una suavidad mortal.

-Creo que los dos tenemos derecho a la felicidad -dijo, temblorosa, después de volver a respirar profundamente.

-¿Eres infeliz? -preguntó suavemente, demasiado suavemente, porque ella vio la evidencia del enfado velado en sus ojos y se estremeció al darse cuenta de que había ido demasiado lejos como para retractarse.

Él extendió un brazo y encendió una lámpara de pared para poder verle la expresión y notó que los ojos femeninos se dilataron con la invasión de la luz.

Cerró los párpados al verlo y en ese momento, se odió tanto como lo odiaba a él.

-Es más que eso.

-Explícate -sugirió después de unos segundos de silencio.

Dios santo, eso era mucho peor que una pesadilla, porque no iba a despertarse.

-Creo que ya no podré vivir contigo -reveló. No pudo evitar que los ojos le dolieran por las lágrimas ni que éstas se deslizaran despacio por cada mejilla.

-¿Es porque me amas? -exigió Dimitri con amabilidad.

No tuvo el valor para pronunciar una palabra más. Deseó dejar de llorar, pero permaneció quieta, sin poder moverse aunque su vida dependiera de eso.

-Cualquie sentimiento que me tengas se debe a una responsabilidad cariñosa y al sentido de lealtad hacia tu padre y a Paige -dijo temblorosa.

Él subió las manos al rostro de ella y sus ojos se ensombrecieron al verle las mejillas llenas de lágrimas y la desolación evidente en su expresión.

-¿Sientes que es una «responsabilidad cariñosa» cada vez que te hago el amor? -movió los pulgares y le secó las lágrimas-. Contesta -exigió.

Fue como estar en el paraíso y él tuvo que inclinarse bastante para captar la negativa de ella.

-Paige y tú -reveló-, trajiste mucha calidez y amor a la vida de mi padre y a la mía. Quise atraparte para no soltarte nunca.

-Pero me dejaste ir --sus labios temblaron porque le dolió mucho decirlo--. Yo te adoraba.

-Me convertiste en tu héroe -la corrigió amablemente-. Pero los héroes sólo existen en los cuentos de hadas y tú eres una bella jovencita que merecía forjarse su propia trayectoria y probar la vida antes de comprometerse de por vida con un solo hombre. Yo pensaba darte un año, quizá dos de independencia esbozó una sonrisa; luego le rozó la sien con los labios-. Pero me echaste de tu vida y fuiste muy astuta al evitarme hasta el punto de que planeabas tus'visitas a Melbourne cuando yo no estaba aquí. En las pocas ocasiones en que logré sorprenderte, me trataste con tanta distancia y cortesía que tuve que obligarme a no zarandearte para que entraras en razón -terminó con una suavidad peligrosa, y ella se estremeció levemente.

-Shanna -sugirió despacio, porque el tema le hacía daño-, parecía pensar que...

-Nunca le di motivos para que creyera que era algo más que...

-¿Una compañera de cama dispuesta?

-Una compañera agradable corrigió, y ella se preguntó si sería

sensato seguir hablando de ese tema. -Comprendo -respondió, mirándolo con cuidado.

-¿De verdad? -bajó las manos a los hombros de Leanne y la zarandeó un poco. -Creo que sí.

-El día de nuestra boda te prometí mi amor y fidelidad -le recordó, al mismo tiempo que le pasaba un brazo por la espalda y la acercaba a su cuerpo.

-Fueron sólo palabras -declaró temblorosa, tentada por el deseo de creerle.

Él bajó la cabeza y acercó sus labios a los de ella para darle un beso tierno antes de convertirlo en una caricia pasional, pero la unión de sus bocas no les bastó.

Leanne gimió a manera de aceptación cuando él deslizó un brazo debajo de sus rodillas y la llevó a la cama, donde ella se entregó a la delicia de las caricias de Dimitri.

Había una dulzura penetrante, una alegría que trascendía lo físico, y ella se aferró a él, sin la menor vergüenza, mientras Dimitri la conducía a las cimas del placer.

Después permaneció acostada en brazos de Dimitri, contenta y tranquila, y habló tan suavemente que las palabras fueron apenas un poco más que caricias leves.

-Te amo.

Él deslizó los dedos con ternura sobre su hombro y la curva sensible de su cuello; fue un movimiento tan tierno que ella quiso presionar los labios contra la cálida y vibrante piel masculina. Oyó el latir de su corazón debajo de la mejilla. Era un ritmo que se había acelerado de manera dramática poco antes cuando él la había conducido a un clímax sobrecogedor unos segundos antes del de él.

-Eres mi vida -murmuró Dimitri-. Mi más querido amor. Nunca lo dudes.

Las palabras se repitieron dentro de su cabeza mientras ella se dejaba vencer por un sueño tranquilo del cual despertó por el suave contacto de una mano y el roce de unos labios cálidos en su mejilla.

-Mmm -murmuró al volverse sin titubear a los brazos de él-. ¿Ya es por la mañana?

Ella oyó su risa suave y ronca mientras tiraba de ella para acercarla. Le dio un beso largo y sensual que le hizo desear más, y ella suspiró contenta cuando los labios de él siguieron la línea de su cuello en su camino hacia el valle entre sus senos.

El despertar sensual fue exquisito, porque su cuerpo se rindió a la habilidad de las caricias de Dimitri. Cada célula nerviosa floreció a una vida renovada, cálida y bellamente sensible, mientras él

mordisqueaba suavemente la tierna carne de cada seno.

La sensación la hizo gemir roncamente mientras él incitaba cada punto de placer al máximo, y el cuerpo femenino parecía un instrumento muy bien afinado que esperaba la caricia del maestro.

Tenía tanta necesidad de la satisfacción que comenzó a rogarle en tanto deslizaba los dedos por la espalda de él e incrustaba las uñas en los duros músculos del trasero para acercarlo más a ella.

Segundos después, gritó de alivio porque los dedos de él buscaron la cavidad húmeda entre sus muslos para acariciarle con suavidad hasta que las pulsaciones la alocaron con un deseo que él no titubeó en calmar.

Bastante tiempo después se levantaron y se dieron una ducha, luego se pusieron albornoces antes de que les trajeran el desayuno a la habitación.

Tomó un vaso de zumo de naranja y se sentó en una silla para comenzar a verter los cereales en dos platos hondos.

-Nos queda una hora antes de irnos al aeropuerto -le informó Dimitri pensativo al sentarse frente a ella.

Las manos de Leanne se detuvieron donde estaban y lo observó acongojada porque recordó de manera caótica varias cosas, la más importante eran sus citas en la clínica para el día siguiente y la cita para comer con algunas amistades cercanas.

-No puedo -comenzó y levantó una mano para colocarse un mechón rebelde detrás de la oreja-. Al menos, no hoy -explicó y vio que él entrecerraba un poco los párpados-. Le prometí a Colette quedarme otro día más antes de que ella tome las riendas -siguió explicando-. Además, se lo debo al personal y a la clientela. No puedo irme antes de que todo esté organizado de manera satisfactoria.

-Tengo una cita en Melbourne a las once -declaró Dimitri al cortar en cuatro una manzana, antes de quitarle el hueso a un durazno-. No puedo posponerla.

-Dimitri...

-Llámame para decirme en qué vuelo llegarás -dijo amablemente, y con destreza levantó la humeante cafetera de plata-. ¿Café?

-Por favor -murmuró, agradecida, y unos segundos después tomaba la taza y plato de manos de él-. Gracias.

-¿Por haber volado pocos miles de kilómetros para pasar la noche contigo? -sus ojos cintilaron de diversión y ella parpadeó al notar la calidez evidente en la mirada de él.

-No, por el café -dijo sonriendo con malicia. -Hmmm -murmuró al acariciarle la mejilla con los

dedos-. Debería hacerte pagar por eso... malló de manera sugestiva

y sonrió con malicia.

-Recuerda que tienes que tomar un avión.

-Lo cual es una pena -se puso de pie con un movimiento ágil y con indolencia rodeó la mesita para acercarse a Leanne. Le moldeó la barbilla, se inclinó y la besó con tanta intensidad pasional que ella perdió la habilidad de idear tan siquiera un pensamiento racional. Luego él se enderezó y le ofreció una sonrisa devastadora-. No tardes mucho en seguirme.

No tuvo confianza para hablar y se limitó a mover la cabeza a manera de asentimiento. Lo observó volverse y salir de la suite. Luego ella se deslizó de la cama y se dirigió a la ducha.

El día transcurrió con rapidez y ella caminó con agilidad, sonrió con una profundidad oculta que notaron las dos amigas con quienes comió en uno de los hoteles más nuevos a lo largo de la sección turística.

-¿Cuándo regresarás a Melbourne?

-Mañana -les informó y sus dos amigas protestaron de manera genuina.

-Planeamos cenar esta noche en el Casino y Renée tiene entradas para una representación mañana por la noche. Tienes que quedarte. Ese hermanastro apuesto que tienes no volverá a permitir que te escapes sola. Vamos -rogó Tricia-. ¿Qué es una noche más?

-Lo pensaré -prometió y lo hizo. Se dijo que no le haría ningún daño a Dimitri esperarla un día más. Ella había esperado años y tenía cierto grado de orgullo innato que le prohibió regresar corriendo por más que necesitaba estar a su lado.

Así que asistió a la cena y a la representación. Regresó a su suite y durmió mal hasta que la despertaron con el desayuno que le llevaron a la habitación. Luego llamó a las líneas aéreas, reservó el vuelo de la tarde y llamo a Eleni para decirle a qué hora llegaría.

El avión aterrizó y se deslizó por la pista antes de detenerse en la terminal que le asignaron y después de desembarcar, se dirigió a la sala de llegada.

-Leanne.

La voz conocida de Dimitri la llenó de una debilidad traicionera al volverse para mirarlo de frente.

Tuvo una sensación de haber vivido ya aquella escena; era la misma terminal aérea, pero el vuelo había sido diferente. Sin embargo, en esa ocasión no hubo reserva ni incertidumbre en el saludo. Sólo hubo amor y la necesidad de sentir la calidez del abrazo

de Dimitri.

-¿Por qué has tardado tanto? -exigió él con voz ronca varios minutos después.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró con tanta adoración que él tuvo que contener el aliento.

-Quise castigarte un poco -declaró sin titubear, y después de la aceptación le ofreció una sonrisa traviesa.

Él rió, y fue un sonido cálido y profundo al que ella correspondió con un brillo especial en los ojos azules. -¿De verdad?

-Pero pienso compensarte por ello - prometió con solemnidad con la cabeza ladeada, y él la miró pensaivo. El corazón femenino latió contra su pecho.

-Suena interesante.

-Lo será -aseguró-. Tuve una hora en el avión para idear varias posibilidades ingeniosas.

-Yo pensaba llevarte a cenar a un restaurante -se rurló él.

Leanne se puso de puntillas para darle un beso en

la barbilla, luego se alejó y metió la mano en la curva del brazo de él para seguir caminando hacia la banda con el equipaje.

-¿Tienes hambre? -preguntó ella.

-¿De comida? ¿O de ti?

Ella se deslizó al asiento del pasajero y se abrochó el cinturón de seguridad, esperó hasta que él se sentó frente al volante y habló con una dulzura incitadora.

-Sería agradable ir a un restaurante.

Él eligió una taberna pequeña e íntima especializada en comida griega y pidió su plato favorito, moussaka. Dimitri prefirió bolitas de carne y arroz, bañadas con una salsa de delicado sabor y pan recién horneado. Bebieron vino, saborearon la comida y con toda calma se bebieron el café antes de caminar abrazados al coche para dirigirse a casa.

Después de entrar, subieron por la escalera a la suite que compartían, y dentro. Dimitri sacó un sobre largo del bolsillo interior de su chaqueta para entregárselo a Leanne en silencio.

-¿Es para mí? -preguntó, sinceramente intrigada, y él sonrió.

-Ábrelo y míralo.

Ella abrió el sello con lentitud y sacó dos billetes de avión... para Atenas, saldrían dentro de dos días.

-Dimitri... -el placer le impidió decir más.

-Una luna de miel retrasada -le confesó suavemente mientras la abrazaba-. En una isla remota en el Mediterráneo. Lejos de todos.

-¿Te he dicho cuánto te amo? -murmuró ella cuan

do él bajó la cabeza hacia la de ella.

-Espero oírtelo decir todos los días del resto de mi vida.

Ella sonrió; fue una sonrisa maravillosa y dulce que emergió desde el fondo-de su ser y le iluminó los ojos hasta el punto de que éstos parecieron convertirse en zafiros.

-Creo que podré hacerlo -soltó una risa suave mientras levantaba un poco la cabeza-. Pero, desde luego, debes saber que es recíproco.

-Sin la menor duda -contestó Dimitri solemnemente un instante antes de que se apoderara de la boca femenina y de que su asalto erótico detectara el uso superfluo de las palabras.